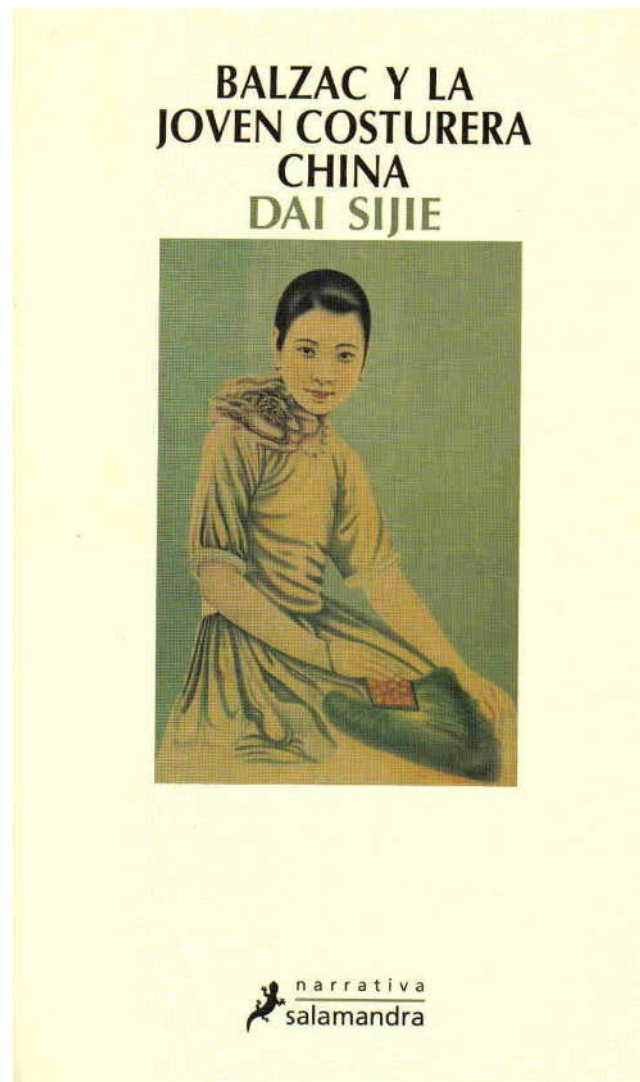


DAI SIJIE

BALZAC Y LA JOVEN COSTURERA CHINA



TTULO ORIGINAL: *BALZAC ET LA PETITE TAILLEUSE CHINOISE*

TRADUCCIÓN: MANUEL SERRAT CRESPO

PUBLICACIONES Y EDICIONES SALAMANDRA, S.A. – NARRATIVA

ISBN: 84—7888—650—8

1A EDICIÓN, FEBRERO DE 2001 12A EDICIÓN, NOVIEMBRE DE 2005

BARCELONA—ESPAÑA

ESCANEADO POR SRP

CONTRATAPA

Dos adolescentes chinos son enviados a una aldea perdida en las montañas del Fénix del Cielo, cerca de la frontera con el Tíbet, para cumplir con el proceso de «reeducación» implantado por Mao Zedong a finales de los años sesenta. Soportando unas condiciones de vida infrahumanas, con unas perspectivas casi nulas de regresar algún día a su ciudad natal, todo cambia con la aparición de una maleta clandestina llena de obras emblemáticas de la literatura occidental. Así pues, gracias a la lectura de Balzac, Dumas, Stendhal o Romain Roland, los dos jóvenes descubrirán un mundo repleto de poesía, sentimientos y pasiones desconocidas, y aprenderán que un libro puede ser un instrumento valiosísimo a la hora de conquistar a la atractiva Sastrecilla, la joven hija del sastre del pueblo vecino.

Con la cruda sinceridad de quien ha sobrevivido a una situación límite, Dai Sijie ha escrito este relato autobiográfico que sorprenderá al lector por la ligereza de su tono narrativo, casi de fábula, capaz de hacernos sonreír a pesar de la dureza de los hechos narrados. Además de valioso testimonio histórico, *Balzac y la joven costurera china* es un conmovedor homenaje al poder de la palabra escrita y al deseo innato de libertad, lo que sin duda explica el fenomenal éxito de ventas que obtuvo en Francia el año pasado, con más de cien mil ejemplares vendidos apenas dos meses después de su publicación.

«Estamos ante un verdadero regalo [...] Novela sutil, impregnada de una extraña belleza, que ningún amante de la buena literatura se debería perder.» *Territorios* «Un exquisito texto que les recomiendo [...] lo que Dai Sijie propone es recobrar el recuerdo de esa embriaguez sin resaca que proporcionan las buenas historias.» *El País* «... una simplicidad y una eficacia narrativas que hacen de *Balzac y la joven...* un libro subyugante.» *Cultural* «Les recomiendo encarecidamente que lean *Balzac y la joven costurera china*, de Dai Sijie, donde se explica cómo el arte puede ser fuente de vida, de inteligencia y felicidad.» *La Vanguardia*

PRIMERA PARTE

El jefe del pueblo, un hombre de cincuenta años, estaba sentado con las piernas cruzadas en medio de la estancia, cerca del carbón que ardía en un hogar excavado en la propia tierra; inspeccionaba mi violín. En el equipaje de los dos «muchachos de ciudad» que éramos

para él Luo y yo, era el único objeto del que parecía emanar cierto sabor extranjero, un olor a civilización capaz de despertar las sospechas de los aldeanos.

Un campesino se acercó con una lámpara de petróleo para facilitar la identificación del objeto. El jefe levantó verticalmente el violín y examinó las negras eses de la caja, como un aduanero minucioso que buscara droga. Advertí tres gotas de sangre en su ojo izquierdo, una grande y dos pequeñas, todas del mismo color rojo vivo.

Luego, alzó el instrumento a la altura de sus ojos y lo sacudió con frenesí, como si aguardara que algo cayese del oscuro fondo de la caja de resonancia. Tuve la impresión de que las cuerdas iban a romperse de pronto y los puentes, a saltar en pedazos.

Casi toda la aldea estaba allí, bajo el tejado de aquella casa sobre pilotes perdida en la cima de la montaña.

Hombres, mujeres y niños rebullían en su interior, se agarraban a las ventanas, se apretujaban ante la puerta. Como nada caía del instrumento, el jefe aproximó la nariz al agujero negro y lo olisqueó un buen rato. Varios pelos gruesos, largos y sucios que sobresalían del orificio izquierdo comenzaron a temblequear. Y seguían sin aparecer nuevos indicios.

Hizo correr sus callosos dedos por una cuerda, luego por otra... La resonancia de un sonido desconocido dejó petrificada, de inmediato, a la multitud, como si aquella vibración la forzara a una actitud casi respetuosa.

—Es un juguete —dijo el jefe con solemnidad.

El veredicto nos dejó, a Luo y a mí, mudos. Intercambiamos una mirada furtiva, aunque inquieta. Me pregunté cómo iba a acabar aquello.

Un campesino tomó el «juguete» de las manos del jefe, martilleó con el puño el dorso de la caja y luego lo pasó a otro. Durante un rato, mi violín circuló entre la multitud. Nadie se ocupaba de nosotros, los dos muchachos de ciudad, frágiles, delgados, fatigados y ridículos. Habíamos caminado todo el día por la montaña y nuestras ropas, nuestros rostros y nuestros cabellos estaban cubiertos de barro. Parecíamos dos soldaditos reaccionarios de una película de propaganda, capturados por una horda de campesinos comunistas tras una batalla perdida.

—Un juguete de imbéciles —dijo una mujer con voz ronca.

—No —rectificó el jefe—, un juguete burgués, llegado de la ciudad.

Me invadió el frío pese a la gran hoguera en el centro de la estancia. Escuché al jefe añadir:

—¡Hay que quemarlo!

La orden provocó de inmediato una viva reacción en la muchedumbre. Todo el mundo hablaba, gritaba, se empujaba: cada cual intentaba apoderarse del «juguete», para tener el placer de arrojado al fuego con sus propias manos.

—Jefe, es un instrumento de música —explicó Luo con aire desenvuelto—. Mi amigo es un buen músico, no bromeo.

El jefe cogió el violín y lo inspeccionó de nuevo.

Luego me lo tendió:

—Lo siento, jefe —dije molesto—, no toco muy bien.

De pronto, vi a Luo guiñándome un ojo. Extrañado, tomé el violín y comencé a afinarlo.

—Escuchará usted una sonata de Mozart, jefe —anunció Luo, tan tranquilo como

antes.

Pasmado, creí que se había vuelto loco: desde hacía unos años, todas las obras de Mozart o de cualquier otro músico occidental estaban prohibidas en nuestro país. En los zapatos empapados, mis pies mojados estaban helados. Temblaba del frío que me invadía de nuevo.

—¿Qué es una sonata? —preguntó el jefe, desconfiado.

—No sé —comencé a farfullar—. Es algo occidental.

—¿Una canción?

—Más o menos —respondí, evasivo. Inmediatamente, una alarmada expresión de buen comunista reapareció en la mirada del jefe, y su voz se volvió hostil:

—¿Cómo se llama tu canción?

—Parece una canción, pero es una sonata.

—¡Te pregunto su nombre! —gritó, mirándome directamente a los ojos.

Las tres gotas de sangre de su ojo izquierdo me dieron miedo.

—Mozart... —vacilé.

—¿Mozart qué?

—*Mozart piensa en el presidente Mao* —prosiguió Luo en mi lugar.

¡Qué audacia! Pero fue eficaz: como si hubiera oído algo milagroso, el rostro amenazador del jefe se suavizó. Sus ojos se frunció con una amplia sonrisa de beatitud.

—Mozart siempre piensa en Mao —dijo.

—Sí, siempre —confirmó Luo.

Cuando tensé las crines de mi arco, unos cálidos aplausos resonaron de pronto a mi alrededor, y casi me intimidaron. Mis dedos entumecidos comenzaron a recorrer las cuerdas, y las notas de Mozart volvieron a mi memoria, como amigas fieles. Los rostros de los campesinos, tan duros hacía un momento, se ablandaron minuto a minuto ante el límpido gozo de Mozart, como el suelo seco bajo la lluvia; luego, a la luz danzarina de la lámpara de petróleo, fueron borrándose poco a poco sus contornos.

Toqué un buen rato mientras Luo encendía un cigarrillo y fumaba tranquilamente, como un hombre.

Fue nuestra primera jornada de reeducación. Luo tenía dieciocho años y yo, diecisiete.

Dos palabras sobre la reeducación: en la China roja, a finales del año 1968, el Gran Timonel de la Revolución, el presidente Mao, lanzó cierto día una campaña que iba a cambiar profundamente el país: las universidades fueron cerradas y los «jóvenes intelectuales», es decir, los que habían terminado sus estudios secundarios, fueron enviados al campo para ser «reeducados por los campesinos pobres». (Algunos años más tarde, esa idea sin precedentes inspiró a otro líder revolucionario asiático, un camboyano, que, más ambicioso y radical aún, mandó a toda la población de la capital, tanto a ancianos como a jóvenes, «al campo».)

La verdadera razón que impulsó a Mao Zedong a tomar semejante decisión sigue siendo oscura: ¿quería acabar con los guardias rojos, que comenzaban a escapar de su control? ¿O era la fantasía de un gran soñador revolucionario, deseoso de crear una nueva generación? Nadie supo nunca responder a esta pregunta. Por aquel entonces, Luo y yo lo discutíamos a menudo, a hurtadillas, como dos conspiradores. Nuestra conclusión fue la

siguiente: Mao odiaba a los intelectuales.

No éramos los primeros ni seríamos los últimos cobayas utilizados en este gran experimento humano. A comienzos del año 1971 llegamos a aquella casa sobre pilotes, perdida en lo más hondo de la montaña, y toqué el violín para el jefe de la aldea. Tampoco éramos los más desgraciados. Millones de jóvenes nos habían precedido, y millones iban a sucedernos. Sin embargo, ironías del destino, ni Luo ni yo éramos bachilleres. Nunca habíamos tenido la suerte de sentarnos en un aula de instituto. Simplemente, habíamos terminado nuestros tres años de escuela cuando nos enviaron a la montaña como si fuéramos «intelectuales».

Era difícil considerarnos, sin delito de impostura, dos intelectuales, tanto más cuanto que los conocimientos que habíamos adquirido en la escuela eran nulos: entre los doce y los catorce años esperamos a que la Revolución se calmara y nuestro colegio abriera de nuevo. Pero cuando por fin pudimos volver, todo fue decepción y amargura: las clases de matemáticas fueron suprimidas, al igual que las de física y química, pues los «conocimientos básicos» se limitarían, en adelante, a la industria y la agricultura. En las cubiertas de los manuales se veía un obrero, tocado con una gorra, que blandía un inmenso martillo, con brazos tan gruesos como los de Stallone. A su lado se hallaba una mujer comunista disfrazada de campesina, con un pañuelo rojo en la cabeza (según un chiste vulgar que por aquel entonces circulaba entre los alumnos, se había envuelto la cabeza con su propia compresa). Aquellos manuales y *El pequeño libro rojo* de Mao siguieron siendo, durante varios años, nuestra única fuente de conocimiento intelectual. Todos los demás libros estaban prohibidos.

Nos negaron la entrada en el instituto y nos obligaron a cargar con el papel de jóvenes intelectuales a causa de nuestros padres, considerados entonces enemigos del pueblo, aunque la gravedad de los crímenes imputados a unos y a otros no fuera exactamente la misma.

Mis padres ejercían la medicina. Mi padre era neumólogo y mi madre, especialista en enfermedades parasitarias. Ambos trabajaban en el hospital de Chengdu, una ciudad de cuatro millones de habitantes. Su crimen consistía en ser «hediondas autoridades sabias», que gozaban de una reputación de modestas dimensiones provinciales. Chengdu era la capital de Sichuan, una provincia poblada por cien millones de habitantes, alejada de Pequín pero muy cercana al Tíbet.

Comparado con el mío, el padre de Luo era una verdadera celebridad, un gran dentista conocido en toda China. Cierta día, antes de la Revolución cultural, había dicho a sus alumnos que había arreglado la dentadura de Mao Zedong, de la señora Mao y, también, de Jiang Jieshi, el presidente de la república antes de que los comunistas tomaran el poder. A decir verdad, a fuerza de contemplar cada día el retrato de Mao desde hacía años, algunos habían advertido ya que aquellos dientes estaban muy amarillos, casi sucios, pero todos callaban. Y ahora resultaba que un eminente dentista sugería, así, en público, que el Gran Timonel de la Revolución llevaba dentadura postiza; aquello superaba todas las audacias, era un crimen insensato e imperdonable, peor que la revelación de un secreto de defensa nacional. Su condena, desafortunadamente, fue tanto más dura cuanto que se había atrevido a poner los nombres de la pareja Mao al mismo nivel que la mayor de las basuras: Jiang Jieshi.

Durante largo tiempo, la familia Luo vivió en el mismo rellano que la mía, en el ter-

cer y último piso de un edificio de ladrillo. Luo era el quinto hijo de su padre, y el único de su madre.

No es exagerado decir que fue el mejor amigo que he tenido en mi vida. Nos criamos juntos y pasamos toda clase de pruebas, a veces muy duras. Nos peleábamos muy raramente.

Recordaré siempre la única vez que nos pegamos o, más bien, que me pegó: fue durante el verano de 1968. Él tenía unos quince años y yo, apenas catorce. Era por la tarde; una gran reunión política se celebraba en el hospital donde trabajaban nuestros padres, en una cancha de baloncesto al aire libre. Los dos sabíamos que el padre de Luo era el objeto de esta reunión y que le esperaba una nueva denuncia pública de sus crímenes. Hacia las cinco, nadie había regresado aún, y Luo me pidió que lo acompañara allí.

—Identificaremos a los que denuncian y pegan a mi padre —me dijo—, y nos vengaremos de ellos cuando seamos mayores.

La cancha de baloncesto, atestada, bullía de cabezas morenas. Hacía mucho calor. El altavoz aullaba. El padre de Luo estaba arrodillado en el centro de una tribuna. Un gran cartel de cemento, muy pesado, colgaba de su cuello por medio de un alambre que se hundía y casi desaparecía en su piel. En este cartel habían escrito su nombre y su crimen: REACCIONARIO.

Incluso a treinta metros de distancia, tuve la impresión de ver en el suelo, bajo la cabeza de su padre, una gran mancha negra formada por el sudor.

La voz amenazadora de un hombre gritó por el altavoz:

—¡Reconoce que te has acostado con esta enfermera!

El padre inclinó la cabeza, cada vez más abajo, tan abajo que hubiera podido creerse que el cuello había sido aplastado por el alambre del cartel de cemento. Un hombre le acercó un micrófono a la boca y se oyó un «sí» muy débil, casi tembloroso, escapando de ella.

—¿Cómo ocurrió? —aulló el inquisidor por el altavoz—. ¿La tocaste tú primero, o fue ella?

—Fui yo.

—¿Y luego?

Se hizo un silencio de algunos segundos. Después, la multitud, gritó como un solo hombre:

—¿Y luego?

Aquel grito, repetido por dos mil personas, resonó como un trueno y revoloteó por encima de nuestras cabezas.

—Seguí adelante... —dijo el criminal.

—¡Qué más! ¡Detalles!

—Pero, cuando la toqué —confesó el padre de Luo—, caí... entre nubes y niebla.

Nos marchamos mientras los gritos de aquella multitud de inquisidores fanáticos volvían a desencadenarse. Por el camino, sentí de pronto que las lágrimas corrían por mi rostro y advertí cuánto quería yo a aquel viejo vecino, el dentista.

Entonces, Luo me abofeteó sin decir palabra. El golpe fue tan sorprendente que estuvo a punto de enviarme al suelo.

En el año 1971, el hijo de un neumólogo y su compañero, hijo de un gran enemigo del pueblo que había tenido la suerte de tocar los dientes de Mao, eran sólo dos «jóvenes intelectuales» entre el centenar de muchachos y chicas enviados a aquella montaña, llamada «el Fénix del Cielo». Un nombre poético y un chusco modo de sugerir su terrible altura: los pobres gorriones y los pájaros ordinarios del llano nunca podrían elevarse hasta ella; sólo podía alcanzarla una especie vinculada con el cielo, potente, legendaria, profundamente solitaria.

Ninguna carretera accedía a ella, sólo un estrecho sendero que iba elevándose entre las enormes masas de rocas, los picos, montes y crestas de todos los tamaños y formas. Para distinguir la silueta de un coche, oír un bocinazo, signo de civilización, o para olfatear el aroma de un restaurante era preciso caminar durante dos días por la montaña. Un centenar de kilómetros más lejos, a orillas del río Ya, se extendía el pequeño burgo de Yong Jing; era la ciudad más cercana. El único occidental que había puesto los pies en ella era un misionero francés, el padre Michel, en los años cuarenta, cuando estaba buscando un nuevo paso para llegar al Tíbet.

«El distrito de Yong Jing no carece de interés, especialmente una de sus montañas, la que llaman el Fénix del Cielo —escribió ese jesuita en su cuaderno de viaje—. Una montaña conocida por su cobre amarillo, empleado en la fabricación de las antiguas monedas. Dicen que, en el siglo I, un emperador de la dinastía Han ofreció esta montaña a su amante, uno de los jefes eunucos de su palacio. Cuando posé mis ojos en sus picos, de vertiginosa altura, que se levantaban a mi alrededor, vi un estrecho sendero que ascendía por las sombrías fisuras de las rocas en desplome y parecía volatilizarse en la bruma. Algunos culíes, cargados como bestias de tiro, con grandes bultos de cobre sujetos a la espalda por correas de cuero, bajaban por aquel sendero. Pero me dijeron que la producción de este mineral estaba en declive desde hacía mucho tiempo, principalmente a causa de la falta de medios de transporte. Hoy, la particular geografía de esta montaña ha llevado a sus habitantes a cultivar opio. Por otra parte, me han aconsejado que no ponga los pies en ella: todos los que cultivan opio están armados. Tras la cosecha, pasan el tiempo asaltando a los transeúntes. Me limité, pues, a mirar de lejos aquel lugar salvaje y aislado, oscurecido por la exuberancia de gigantescos árboles, plantas trepadoras y vegetación lujuriente, que parecía el lugar ideal para que un bandido brotase de las sombras y saltara sobre los viajeros.»

El Fénix del Cielo comprendía unas veinte aldeas dispersas por los meandros del único sendero, u ocultas en los sombríos valles. Normalmente, cada aldea acogía a cinco o seis jóvenes procedentes de la ciudad, pero la nuestra, encaramada en la cima y la más pobre de todas, sólo podía encargarse de dos: Luo y yo. Nos instalaron precisamente en la casa sobre pilotes donde el jefe del poblado había inspeccionado mi violín.

El edificio, que pertenecía a la aldea, no había sido concebido como vivienda. Debajo de la casa, levantada del suelo por unas columnas de madera, estaba la pocilga donde vivía una gran cerda, también patrimonio común. La casa propiamente dicha era de madera vieja en bruto, sin pintura, y servía de almacén para el maíz, el arroz y las herramientas estropeadas; era también un lugar ideal para las citas secretas de los adúlteros.

Durante varios años, nuestra residencia de reeducación no tuvo muebles, ni siquiera una mesa o una silla, tan sólo dos camas improvisadas, colocadas contra una pared en una pequeña habitación sin ventanas.

Sin embargo, aquella casa se convirtió rápidamente en el centro de la aldea: todo el mundo acudía, incluso el jefe, con su ojo izquierdo manchado siempre por tres gotas de sangre.

Y todo ello gracias a otro «fénix», muy pequeño, casi minúsculo y más bien terrenal, cuyo dueño era mi amigo Luo.

En realidad, no era un verdadero fénix sino un gallo orgulloso con plumas de pavo real, de color verdoso estriado con rayas de azul oscuro. Bajo el cristal algo mugriento, bajaba rápidamente la cabeza, y su pico puntiagudo de ébano golpeaba un suelo invisible mientras la aguja de los segundos giraba lentamente por la esfera. Luego levantaba la cabeza, con el pico abierto, y sacudía su plumaje, visiblemente satisfecho, saciado de haber picoteado unos imaginarios granos de arroz. ¡Qué pequeño era el despertador de Luo, con su gallo moviéndose a cada segundo! Gracias a su tamaño, sin duda, había podido escapar a la inspección del jefe del poblado, cuando llegamos. Era apenas como la palma de una mano, pero con un timbre muy bonito, lleno de dulzura.

Antes de nuestra llegada, en la aldea nunca había habido un despertador, ni un reloj de pulsera, ni de pared. La gente había vivido siempre según la salida y la puesta del sol.

Nos sorprendió comprobar el poder, casi sagrado, que el despertador ejercía sobre los campesinos. Todo el mundo venía a consultarlo, como si nuestra casa sobre pilotes fuera un templo. Cada mañana el mismo ritual: el jefe iba de un lado a otro, a nuestro alrededor, fumando su pipa de bambú, larga como un viejo fusil. No apartaba los ojos de nuestro despertador. Y a las nueve en punto, daba un largo y ensordecedor silbido, para que todos los aldeanos fueran a los campos.

—¡Ya es hora! ¿Me oís? —gritaba ritualmente hacia las casas que se levantaban por todas partes—. Es la hora de ir al tajo, ¡pandilla de holgazanes! Pero ¿a qué estáis esperando?, ¡retoños de los cojones de un buey!...

Ni a Luo ni a mí nos gustaba demasiado ir a trabajar en aquella montaña de senderos abruptos y estrechos que subían y subían hasta desaparecer en las nubes, senderos por los que era imposible empujar un carrito y donde el cuerpo humano representaba el único medio de transporte.

Lo que más nos horrorizaba era llevar la mierda a la espalda, en cubos de madera semicilíndricos especialmente concebidos y fabricados para transportar toda clase de abono, humano o animal. Cada día debíamos llenar de excrementos mezclados con agua aquella especie de mochilas, cargarlas a nuestros lomos y trepar hasta campos situados, a menudo, a una altura vertiginosa. A cada paso oías cómo la mierda líquida chapoteaba en el cubo, justo junto a tus orejas; y el hediondo contenido escapaba poco a poco de la tapa y se vertía, chorreando a lo largo de tu torso. Queridos lectores, les ahorraré las escenas de caída pues, como pueden imaginar, cada paso en falso podía resultar fatal.

Cierto día, al amanecer, pensando en las «mochilas» que nos aguardaban, perdimos las ganas de levantarnos. Estábamos aún en la cama cuando oímos que se acercaban los pasos del jefe. Eran casi las nueve y el gallo picoteaba impasiblemente su comida, cuando, de pronto, Luo tuvo una idea genial: cogió la ruedecilla e hizo girar las agujas del despertador en sentido inverso, hasta retrasado una hora. Y seguimos durmiendo. Qué agradable fue dejar que se nos pegaran las sábanas, y más sabiendo que el jefe esperaba fuera, yendo de un lado a otro con su larga pipa de bambú en la boca. Aquel audaz y fabuloso hallazgo

casi hizo desaparecer nuestro rencor hacia aquellos ex cultivadores de opio, reconvertidos en «campesinos pobres» bajo el régimen comunista, que se estaban encargando de nuestra reeducación.

Tras aquella histórica mañana, modificamos a menudo las horas del despertador. Todo dependía de nuestro estado físico o de nuestro humor. A veces, en vez de hacer girar las agujas hacia atrás, las avanzábamos una hora o dos, para terminar antes el trabajo de la jornada. De aquel modo, al no saber ya verdaderamente qué hora era, acabamos perdiendo toda noción del tiempo.

Llovía a menudo en la montaña del Fénix del Cielo. Llovía casi dos días de cada tres. Pocas veces tempestades o diluvios, más bien lluvia fina, constante y solapada, lluvia de la que se hubiera dicho que nunca terminaría. Las formas de los picos y las rocas que había alrededor de nuestra casa desaparecían tras una espesa y siniestra niebla, y aquel paisaje blandamente irreal nos dejaba aplastados, tanto más cuanto que en el interior de la casa vivíamos en una permanente humedad, el moho lo corroía todo y nos rodeaba cada vez más. Era peor que vivir en el fondo de un sótano.

A veces, por la noche, Luo no conseguía dormir. Se levantaba, encendía la lámpara de petróleo y se deslizaba bajo la cama, a cuatro patas, en la semioscuridad, buscando las pocas colillas que había dejado caer. Cuando salía, se sentaba en la cama con las piernas cruzadas, reunía las colillas enmohecidas en un pedazo de papel (a menudo una valiosa carta de su familia) y las secaba a la llama de la lámpara de petróleo. Luego, sacudía las colillas y recogía las briznas de tabaco con una minuciosidad de relojero, sin perder ni una hebra. Una vez liado el cigarrillo, lo encendía y, luego, apagaba la lámpara. Fumaba en la oscuridad, sentado siempre, escuchando el silencio de la noche sobre el que destacaban los gruñidos de la cerda que, justo bajo nuestra habitación, hozaba en el montón de estiércol.

De vez en cuando, la lluvia duraba más que de costumbre, y la escasez de cigarrillos se prolongaba. Una vez, Luo me despertó en plena noche.

—Ya no encuentro colillas, ni debajo de la cama ni en ninguna parte.

—¿Y qué?

—Me siento deprimido —me dijo—. ¿Querías tocar una melodía con el violín?

Me apresuré a hacerlo. Al tocar, sin estar realmente lúcido, pensé de pronto en nuestros padres, en los suyos y en los míos: si el neumólogo o el gran dentista que tantas hazañas había logrado hubieran visto aquella noche el fulgor de la lámpara de petróleo oscilando en nuestra casa sobre pilotes; si hubieran oído aquella melodía de violín, mezclándose con los gruñidos de la cerda... Pero no había nadie. Ni siquiera los campesinos de la aldea. El vecino más próximo estaba, por lo menos, a un centenar de metros.

Fuera, llovía. Pero esta vez no era la lluvia fina habitual sino una lluvia pesada, brutal, cuyo golpeteo en las tejas oíamos por encima de nuestras cabezas. Sin duda aquello contribuía a deprimir aún más a Luo: estábamos condenados a pasar toda nuestra vida en reeducación. Normalmente, un joven nacido en una familia normal, obrera o intelectual revolucionaria, que no hacía tonterías, tenía, según los periódicos oficiales del Partido, el cien por cien de posibilidades de concluir su reeducación en dos años, antes de volver a la ciudad y reunirse con su familia. Pero, para los hijos de las familias catalogadas como

«enemigas del pueblo», la posibilidad del regreso era ínfima: tres sobre mil. Matemáticamente hablando, Luo y yo estábamos jodidos. Nos quedaba la ilusionante perspectiva de convertirnos en viejos y calvos, morir y acabar envueltos en el sudario blanco local, en la casa sobre pilotes.

Realmente había por qué sentirse deprimido, torturado, incapaz de cerrar los ojos.

Aquella noche, toqué primero. un fragmento de Mozart; luego, uno de Brahms y una sonata de Beethoven, pero ni siquiera éste consiguió levantarle la moral a mi amigo.

—Prueba con otro —me dijo.

—¿Qué quieres escuchar?

—¡Algo más alegre!

Reflexioné, busqué en mi pobre repertorio musical, pero no encontré nada.

Luo comenzó entonces a canturrear un estribillo revolucionario.

—¿Qué te parece esto? —me preguntó. —Genial.

Inmediatamente, lo acompañé al violín. Era una canción tibetana cuya letra se había modificado para convertirla en un elogio a la gloria del presidente Mao. A pesar de ello, el ritmo había conservado su alegría, su fuerza indomable. La adaptación no había llegado a destrozarla por completo. Cada vez más excitado, Luo se puso de pie en la cama y comenzó a danzar girando sobre sí mismo, mientras grandes gotas de lluvia caían en el interior de la casa por las descoyuntadas tejas del techo.

«Tres sobre mil —pensé de pronto—. Tengo tres oportunidades sobre mil, y nuestro melancólico fumador, disfrazado de bailarín, tiene menos aún. Tal vez algún día, cuando me haya perfeccionado en el violín, un grupito de propaganda local o regional, como por ejemplo el del distrito de Yong Jing, me abra las puertas y me contrate para tocar conciertos rojos. Pero Luo no sabe tocar el violín, ni siquiera jugar a baloncesto o a fútbol. No tiene ninguna baza para participar en la competencia, terriblemente dura, de los "tres sobre mil". Peor aún, ni siquiera puede soñarlo.»

Su único talento consistía en contar historias, un talento agradable, es cierto, aunque marginal, ¡ay!, y sin mucho porvenir. No estábamos ya en la época de las Mil y Una Noches. En nuestras sociedades contemporáneas, sean socialistas o capitalistas, ser narrador ya no es, por desgracia, un oficio. El único hombre del mundo que apreció realmente su talento, hasta remunerarlo con generosidad, fue el jefe de nuestra aldea, el último de los aficionados a las hermosas historias orales.

La montaña del Fénix del Cielo estaba tan alejada de la civilización que la mayoría de la gente no había tenido la posibilidad de ver una película en toda su vida, y ni siquiera sabía qué era el cine. De vez en cuando, Luo y yo contábamos algunas películas al jefe, que babeaba por oír más. Cierta día, se informó de la fecha de proyección mensual en la ciudad de Yong Jing, y decidió enviarnos, a Luo y a mí. Dos días para ir, dos para volver. Teníamos que ver la película la misma noche de nuestra llegada a la ciudad. Una vez de regreso a la aldea, teníamos que contar al jefe y a todos los aldeanos la película entera, de la A a la Z, de acuerdo con la exacta duración de la sesión.

Aceptamos el desafío pero, por prudencia, asistimos a dos proyecciones consecutivas en el campo de deportes del instituto de la ciudad, provisionalmente transformado en cine al aire libre. Las muchachas de la población eran encantadoras, pero permanecimos esencialmente concentrados en la pantalla, atentos a cada diálogo, a los trajes de los actores, a sus menores gestos, a los decorados de cada escena e, incluso, a la música.

Al regresar a la aldea, tuvo lugar ante nuestra casa sobre pilotes una sesión de cine oral sin precedentes. Naturalmente, asistieron todos los aldeanos. El jefe estaba sentado en primera fila, en el centro, con la larga pipa de bambú en una mano y nuestro despertador del «fénix terrenal» en la otra, para comprobar la duración del relato. La emoción del estreno se apoderó de mí, me vi reducido a exponer mecánicamente el decorado de cada escena. Pero Luo demostró ser un narrador genial: contaba poco, pero representaba sucesivamente cada personaje, cambiando de voz y de gestos. Dirigía el relato, cuidaba el suspense, planteaba preguntas, hacía reaccionar al público y corregía las respuestas. Lo hizo todo. Cuando hubimos o, mejor dicho, cuando hubo terminado la sesión, justo en el tiempo estipulado, nuestro público, feliz, excitado, no se lo creía.

—El mes que viene —declaró el jefe con una sonrisa autoritaria— os mandaré a otra proyección. Seréis pagados como si trabajarais en los campos.

Al principio, aquello nos pareció un juego divertido; nunca habiéramos imaginado que nuestra vida, la de Luo al menos, fuese a cambiar de tal forma.

La princesa de la montaña del Fénix del Cielo llevaba un par de zapatos rosa pálido, de tela flexible y sólida a la vez, a través de la cual se podían seguir los movimientos de sus dedos cada vez que pedaleaba en la máquina de coser. Era un calzado ordinario, barato, hecho a mano y, sin embargo, en aquella región donde casi todo el mundo iba descalzo, llamaba la atención, parecía refinado y precioso. Sus tobillos y sus pies tenían una hermosa forma, puesta de relieve por unos calcetines de nailon blanco.

Una larga trenza, de tres o cuatro centímetros de grueso, le caía sobre la nuca, seguía por la espalda, superaba las caderas y terminaba en una cinta roja, flamante, de satén y seda trenzados.

Se inclinaba hacia la máquina de coser, cuya base lisa reflejaba el cuello de su camisa blanca, su rostro oval y el fulgor de sus ojos, sin duda los más hermosos del distrito de Yong Jing, si no de toda la región.

Un inmenso valle separaba su aldea de la nuestra. Su padre, el único sastre de la montaña, no se quedaba muy a menudo en su casa, en aquella vieja y gran morada que les servía, a la vez, de tienda y vivienda. Era un sastre muy solicitado. Cuando una familia quería hacerse ropa nueva, iba primero a comprar tejido a un almacén de Yong Jing (la ciudad donde asistimos a la proyección de cine) y luego iba a su tienda para discutir con él la hechura, el precio y la fecha adecuados para la fabricación de los vestidos. El día fijado, iban a buscarlo al amanecer, respetuosamente, acompañados por varios hombres robustos que, por turnos, cargarían a la espalda la máquina de coser.

Tenía dos. La primera, que llevaba siempre con él de aldea en aldea, era una vieja máquina en la que ya no se leía ni la marca ni el nombre del fabricante. La otra era nueva, *made in Shanghai*, y la dejaba en casa, para su hija, «la Sastrecilla». Nunca llevaba a su hija con él durante esas giras, y aquella decisión, prudente pero implacable, hacía reventar de decepción a los numerosos jóvenes campesinos que aspiraban a conquistada.

Llevaba una vida de rey. Cuando llegaba a una aldea, la animación que provocaba nada tenía que envidiar a una fiesta folclórica. La casa de su cliente, donde resonaba el ruido de su máquina de coser, se convertía en el centro del pueblo y era la ocasión, para esta familia, de exhibir su riqueza. Se le ofrecían las mejores comidas y, a veces, si su visi-

ta era a finales de año y estaban preparando la fiesta de Año Nuevo, incluso mataban un cerdo. Alojándose, sucesivamente, en casa de sus distintos clientes, pasaba a menudo una o dos semanas seguidas en una aldea.

Cierto día, Luo y yo fuimos a ver al Cuatrojos, un amigo de nuestra ciudad, instalado en otra aldea. Llovía; avanzábamos a pequeños pasos por el sendero escarpado, resbaladizo, envuelto en una bruma lechosa. Pese a nuestra prudencia, caímos varias veces de bruces en el barro. De pronto, al volver un recodo, vimos venir hacia nosotros un cortejo, en fila india, con una silla de mano provista de varales, en la que se arrellanaba un hombre de unos cincuenta años. Tras aquella silla de señor caminaba otro hombre cargado con la máquina de coser, atada a la espalda con unas correas. El sastre se inclinó hacia los porteadores de su silla y pareció informarse de quiénes éramos.

Me pareció pequeño, flaco, arrugado, pero lleno de energía. Su silla, una especie de palanquín simplificado, estaba atada a dos grandes bambúes puestos en equilibrio sobre los hombros de dos porteadores, que caminaban uno delante y el otro detrás. Se oía rechinar la silla y los varales, al ritmo de los pasos lentos y fuertes de los porteadores.

De pronto, cuando la silla se cruzó con nosotros, el sastre se inclinó hacia mí, tanto que sentí su aliento:

—¡Vai—o—lin! —gritó en inglés, con todas sus fuerzas.

Soltó una carcajada al ver que el fulgurante trueno de su voz me hacía dar un respingo. Diríase que era un auténtico señor, caprichoso.

—¿Sabéis que en esta montaña nuestro sastre es el hombre que más lejos ha viajado? —nos preguntó uno de los porteadores.

—En mi juventud, incluso fui a Ya An, a doscientos kilómetros de Yong Jing —declaró el gran viajero, sin dejarnos contestar—. Mi maestro había colgado un instrumento de música como el vuestro, en la pared, para impresionar a los clientes.

Luego calló y su cortejo se alejó. Al acercarse a una curva, justo antes de desaparecer de nuestra vista, se volvió hacia nosotros y gritó de nuevo:

—¡Vai—o—lin!

Sus porteadores y los diez campesinos que le acompañaban levantaron lentamente la cabeza y lanzaron un largo grito, tan deforme que más pareció un doloroso suspiro que una palabra en inglés:

—¡Vai—o—lin!

Como una pandilla de chiquillos traviesos, rieron a carcajadas, como locos. Luego se inclinaron y se pusieron en marcha para proseguir su ruta. Muy pronto, la niebla devoró el cortejo.

Algunas semanas más tarde, penetrábamos en el patio de su casa. Un gran perro negro nos miró fijamente, sin ladrar, cuando entramos en la tienda. El viejo había salido de gira y pudimos conocer a su hija, la Sastrecilla, a la que pedimos que alargara cinco centímetros el pantalón de Luo, pues éste, aunque mal alimentado, presa de insomnios y angustiado con frecuencia por el porvenir, no podía evitar crecer.

Tras presentarse a la Sastrecilla, Luo le contó nuestro encuentro con su padre, entre niebla y lluvia, sin privarse de imitar, exagerándolo horriblemente, el mal acento del viejo. Ella soltó una carcajada jovial. En Luo, el talento de imitador era hereditario.

Advertí que, cuando reía, sus ojos revelaban una naturaleza primitiva, como la de las mujeres sencillas de nuestra aldea. Su mirada tenía el brillo de las piedras. preciosas en

bruto, del metal no pulido, y el efecto era acentuado más aún por sus largas pestañas y los rabillos finos y levantados de sus ojos.

—No os enojéis con él—nos dijo—, es un viejo chiquillo.

De pronto, su rostro se ensombreció y bajó los ojos. Frotó con la yema del dedo la base de su máquina de coser.

—Mi madre murió demasiado pronto. Por eso sólo hace lo que le divierte.

El contorno de su rostro bronceado era neto, casi noble. Había en sus rasgos una belleza sensual, imponente, que nos hacía incapaces de resistir el deseo de permanecer allí, viéndola pedalear en su máquina de Shanghai.

La estancia servía al mismo tiempo de tienda, taller y comedor. El suelo de madera estaba sucio; se veían, un poco por todas partes, las huellas amarillas o negras de escupitajos que habían dejado los clientes y se adivinaba que no lo lavaban cada día. Los vestidos terminados estaban puestos en colgadores, suspendidos en una larga cuerda que atravesaba la estancia por el medio. Había también rollos de tejidos y vestidos doblados, amontonados en las esquinas, asaltados por un ejército de hormigas. El desorden, la falta de preocupación estética y una relajación total reinaban en aquel lugar.

Advertí un libro abandonado en una mesa, y me pasmó aquel descubrimiento en una región poblada por analfabetos; hacía una eternidad que no tocaba las páginas de un libro. Me acerqué enseguida, pero el resultado fue más bien decepcionante: era un catálogo de colores de tejidos, editado por una fábrica de tintes.

—¿Lees? —le pregunté.

—No mucho —me respondió ella sin ningún complejo—. Pero no me toméis por idiota, me gusta mucho charlar con la gente que sabe leer y escribir, jóvenes de la ciudad. ¿No os habéis fijado? Mi perro no ha ladrado cuando habéis entrado, conoce mis gustos.

Parecía no desear que nos marcháramos enseguida. Se levantó de su taburete, encendió un fogón metálico instalado en el centro de la estancia, puso una marmita al fuego y la llenó de agua. Luo, que seguía con la mirada cada paso que daba, le preguntó:

—¿Qué nos ofreces, té o agua hirviendo?

—Más bien lo último.

Era señal de que le gustábamos. En esta montaña, si alguien te invitaba a beber agua quería decir que iba a cascar unos huevos en el líquido hirviendo y a añadir azúcar para hacer una sopa.

—¿Sabes, Sastrecilla? —le dijo Luo—, tú y yo tenemos un punto en común.

—¿Nosotros dos?

—Sí, ¿quieres que apostemos?

—¿Que apostemos qué?

—Lo que quieras. Estoy seguro de que puedo demostrarte que tenemos un punto en común.

Ella reflexionó un instante.

—Si pierdo, te alargaré el pantalón gratuitamente. .

—De acuerdo —le dijo Luo—. Ahora, quítate el zapato y el calcetín del pie izquierdo.

Tras un instante de vacilación, muy curiosa, lo hizo. Su pie, más tímido que ella, aunque muy sensual, nos reveló primero su línea bien recortada; luego, un hermoso tobillo y unas uñas relucientes. Un pie pequeño, bronceado, ligeramente diáfano, con venas azu-

ladas.

Cuando Luo puso su pie, sucio, ennegrecido y huesudo, junto al de la Sastrecilla vi, efectivamente, una similitud: su segundo dedo era más largo que los demás.

Puesto que el camino de regreso era muy largo, partimos hacia las tres de la tarde para llegar a la aldea antes de que cayera la noche.

En el sendero, le pregunté a Luo:

—¿Te gusta la Sastrecilla?

Prosiguió su camino, con la cabeza gacha, sin responderme enseguida.

—¿Te has enamorado? —le pregunté de nuevo.

—¡Es demasiado sencilla, al menos para mí!

Un brillo se desplazaba penosamente por el fondo de una larga galería exigua, de un negro intenso. De vez en cuando, el minúsculo punto luminoso oscilaba, caía, volvía a equilibrarse y avanzaba de nuevo. A veces, la galería descendía súbitamente y el fulgor desaparecía durante largo rato; entonces sólo se oía el chirriar de un pesado cesto arrastrado por el suelo pedregoso y unos gruñidos lanzados por un hombre a cada uno de sus esfuerzos; resonaban en la completa oscuridad, con un eco que llegaba a prodigiosa distancia. De pronto reapareció el fulgor, como el ojo de una bestia cuyo cuerpo, devorado por la oscuridad, caminase con paso flotante, como en una pesadilla.

Era Luo, que tenía una lámpara de aceite fijada en la frente con una tira de cuero, trabajando en una pequeña mina de carbón. Cuando el corredor era demasiado bajo, se arrastraba a cuatro patas. Iba completamente desnudo, ceñido por una correa de cuero que penetraba profundamente en su carne. Equipado con ese horrendo arnés, arrastraba un gran cesto en forma de barca, cargado con grandes bloques de antracita.

Cuando llegó a mi altura, lo relevé. Con el cuerpo desnudo también, cubierto de carbón hasta el menor pliegue de mi piel, empujaba el cargamento en vez de tirar, como él, con un arnés. Antes de salir de la galería había que trepar por una larga pendiente escarpada, pero el techo era más alto. Luo me ayudaba con frecuencia a subir, a salir del túnel y a veces a verter el contenido de nuestro cesto sobre un montón de carbón que había fuera. Una nube opaca de polvo se levantaba y nos envolvía cuando nos tendíamos en el suelo, completamente agotados.

Antaño, la montaña del Fénix del Cielo, como ya he dicho, era famosa por sus minas de cobre. (Tuvieron incluso el honor de entrar en la historia de China como generoso regalo del primer homosexual chino oficial, un emperador.) Pero aquellas minas abandonadas desde hacía tiempo estaban en ruinas. Las de carbón, pequeñas y artesanales, seguían siendo patrimonio común de todos los aldeanos, y eran explotadas aún, proporcionando combustible a los montañeses. Como los demás jóvenes de la ciudad, Luo y yo no pudimos escapar a esta lección de reeducación que iba a durar dos meses. Ni siquiera nuestro éxito en materia de «cine oral» nos sirvió para retrasar el plazo.

A decir verdad, aceptamos participar en aquella prueba infernal por deseo de «mantenernos en carrera», aunque nuestras posibilidades de regresar a la ciudad fuesen irrisorias y representasen sólo una probabilidad de «tres sobre mil». No imaginábamos que aquella mina iba a dejar en nosotros una huella tan oscura e indeleble, física y, sobre todo,

moralmente. Hoy todavía, esas terribles palabras, «la pequeña mina de carbón», me hacen temblar de miedo.

A excepción de la entrada, donde había un tramo de unos veinte metros cuyo techo bajo era aguantado por vigas y pilares hechos con groseros troncos de árbol, sumariamente escuadrados y rudimentariamente dispuestos, el resto de la galería, es decir, más de setecientos metros de corredor, no disponía de protección alguna. Las piedras podían, a cada instante, caer sobre nuestras cabezas, y los tres viejos campesinos mineros, que se encargaban de excavar las paredes del yacimiento, nos contaban sin cesar accidentes mortales que se habían producido en el pasado. Cada cesto que sacábamos del fondo de la galería se convertía, para nosotros, en una especie de ruleta rusa.

Cierto día, durante el ascenso habitual por la larga pendiente, mientras los dos empujábamos el cesto cargado de carbón, oí que Luo decía a mi lado:

—No sé por qué, desde que estoy aquí se me ha metido una idea en la cabeza: tengo la impresión de que voy a morir en esta mina.

La frase me dejó sin voz. Proseguimos nuestro camino, pero me sentí de pronto empapado en sudor frío. A partir de aquel instante, me contagié su miedo de morir allí.

Vivíamos con los campesinos mineros en un dormitorio, una humilde cabaña de madera adosada al flanco de la montaña, encajonada bajo una arista rocosa que sobresalía. Cada mañana, cuando despertaba, escuchaba las gotas de agua que caían de la roca sobre el tejado hecho de simples cortezas de árbol, y me decía con alivio que no había muerto aún. Pero cuando abandonaba la choza, nunca estaba seguro de que fuese a regresar por la noche. La menor ocurrencia, por ejemplo una frase fuera de lugar de los campesinos, una broma macabra o un cambio de tiempo, adquiriría, a mi modo de ver, una dimensión de oráculo, se convertía en el signo anunciador de mi muerte.

A veces, trabajando, llegaba a tener visiones. De pronto, tenía la impresión de caminar por un suelo blando, respiraba mal y, en cuanto advertía que podía ser la muerte, creía ver desfilando mi infancia a una velocidad de vértigo por mi cabeza, como se decía siempre de los moribundos. El suelo, como de caucho, comenzaba a estirarse bajo mis pies, a cada uno de mis pasos; luego, estallaba por encima de mí un ruido ensordecedor, como si el techo se derrumbara. Como un loco, reptaba a cuatro patas mientras el rostro de mi madre se aparecía sobre fondo negro ante mis ojos, muy pronto sustituido por el de mi padre. La cosa duraba unos segundos y la visión furtiva desaparecía: yo estaba en el corredor de la mina, desnudo como un gusano, empujando mi cargamento hacia la salida. Miraba al suelo: a la luz vacilante de mi lámpara de aceite, veía una pobre hormiga que trepaba lentamente, impulsada por la voluntad de sobrevivir.

Cierto día, hacia la tercera semana, oí de pronto que alguien lloraba en la galería; sin embargo, no vi a nadie, ni la menor luz.

No era un sollozo de emoción, ni el gemido de dolor de un herido sino, más bien, llantos desenfrenados, derramados junto a cálidas lágrimas en la oscuridad. Repercutidos por las paredes, esos llantos se transformaban en un largo eco que ascendía del fondo de la galería, se fundía, se condensaba y acababa formando parte de la oscuridad total y profunda. El que lloraba era Luo, sin duda alguna.

Al finalizar la sexta semana, cayó enfermo. El paludismo. Cierta mediodía, mientras comíamos bajo un árbol ante la entrada de la mina, me dijo que tenía frío. En efecto, unos minutos más tarde, su mano comenzó a temblar tan fuerte que no conseguía ya sujetar sus

palillos ni su bol de arroz. Cuando se levantó para dirigirse al dormitorio y tenderse en la cama, caminaba con paso oscilante. Había en sus ojos algo difuso. Ante la puerta de la cabaña, abierta de par en par, gritó a alguien invisible que le dejara entrar. Aquello provocó las carcajadas de los campesinos mineros que comían bajo el árbol.

—¿Con quién hablas? —le dijeron—. No hay nadie.

Aquella noche, a pesar de varias mantas y del inmenso horno de carbón que caldeaba la choza, siguió quejándose de frío.

Se inició una larga discusión en voz baja entre los campesinos. Hablaron de llevarse a Luo a orillas de un río y lanzarlo al agua helada de improviso. Al parecer, el choque iba a producir un inmediato efecto saludable. Pero la proposición fue rechazada por temor a que se ahogara en plena noche.

Uno de los campesinos salió y volvió a entrar con dos ramas de árbol en la mano, «una de melocotonero, la otra de sauce», me explicó. Los demás árboles no servían. Hizo que Luo se levantara, le quitó la chaqueta y las demás ropas y le azotó la espalda desnuda con las dos ramas.

—¡Más fuerte! —gritaban los demás campesinos, a su lado—. Si lo haces suavemente, nunca expulsarás la enfermedad.

Las dos ramas chasqueaban en el aire, una tras otra, alternativamente. La flagelación, que se había tornado maliciosa, abría surcos rojo oscuro en la carne de Luo.

Éste, que estaba despierto, recibía los golpes sin especial reacción, como si asistiera en sueños a una escena en la que azotaran a otro. Yo no sabía lo que pasaba por su cabeza, pero tenía miedo, y la frasecita que me había dicho en la galería, unas semanas antes, volvía a mi memoria, resonando entre los desgarradores ruidos de la flagelación: «Se me ha metido una idea en la cabeza: tengo la impresión de que vaya morir en esta mina.»

Fatigado, el primer azotador solicitó que lo relevaran. Pero no se presentó candidato alguno. El sueño había recuperado sus derechos, los campesinos habían vuelto a la cama y querían dormir. Entonces, las ramas del melocotonero y del sauce cayeron en mis manos. Luo levantó la cabeza. Su rostro estaba pálido y de su frente brotaban finas gotas de sudor. Su mirada ausente se cruzó con la mía:

—Vamos —dijo con voz apenas audible.

—¿No quieres descansar un poco? —le pregunté—. Mira cómo te tiemblan las manos. ¿No sientes nada?

—No —dijo levantando una mano y poniéndola ante sus ojos para examinarla—. Es cierto, estoy temblando y tengo frío, como los viejos que van a morir.

Encontré una colilla de cigarrillo en lo más hondo de mi bolsillo, la encendí y se la tendí. Pero escapó enseguida de sus dedos y cayó al suelo.

—¡Mierda! Cómo pesa... —dijo.

—¿Realmente quieres que te pegue?

—Sí, eso me calentará un poco.

Antes de azotarle, quise recoger primero el cigarrillo y darle una buena calada. Me agaché y tomé la colilla, que no se había apagado aún. De pronto, algo blanquecino atrajo mi mirada; era un sobre que estaba a los pies de la cama. Lo cogí. El sobre, en el que habían escrito el nombre de Luo, no estaba abierto. Les pregunté a los campesinos de dónde procedía. Uno de ellos contestó desde su cama que un hombre lo había dejado hacía unas horas, cuando vino a comprar carbón.

Lo abrí. La carta, de apenas una página, estaba escrita a lápiz, con una caligrafía densa unas veces, espaciada otras. Los trazos de los caracteres estaban a menudo mal dibujados, pero de aquella torpeza emanaba cierta dulzura femenina, cierta sinceridad infantil. Lentamente, se la leí a Luo:

Luo, contador de películas:

No te burles de mi caligrafía. Nunca estudié en un colegio, como tú. Bien sabes que la única escuela cerca de nuestra montaña es la de la ciudad de Yong Jing, y son necesarios dos días para llegar. Mi padre me enseñó a leer y a escribir. Puedes colocarme en la categoría de «terminados los estudios primarios».

Hace poco he oído decir que contabas maravillosamente las películas, con tu compañero. He ido a hablar con el jefe de mi pueblo y está de acuerdo en enviar dos campesinos a la pequeña mina, para sustituirlos durante dos días. Y vosotros vendréis a nuestra aldea para contarnos una película.

Quería subir a la mina para anunciaros la noticia, pero me han dicho que allí los hombres van desnudos y que es un lugar prohibido para las muchachas.

Cuando pienso en la mina, admiro vuestro valor. Sólo espero que la galería no vaya a derrumbarse. Os he conseguido dos días de descanso, es decir, dos días menos de riesgo.

Hasta pronto. Saluda a tu amigo el violinista.

La Sastrecilla

8—07—1972

He terminado ya mi nota, pero pienso en algo divertido que debo contarte: desde vuestra visita, he visto a varias personas que tienen también el segundo dedo del pie más largo que el pulgar, como nosotros. Me decepciona, pero así es la vida.

Decidimos elegir la historia de *La pequeña florista*.

De las tres películas que habíamos visto en la cancha de baloncesto de la ciudad de Yong Jing, la más popular era un melodrama norcoreano cuyo personaje principal se llamaba «la chica de las flores». Se la habíamos contado a los campesinos de nuestra aldea y, al finalizar la sesión, cuando pronuncié la frase final imitando la voz en off, sentimental y fatal, con una ligera vibración en la garganta: «Dice el proverbio: un corazón sincero podría lograr que incluso una piedra floreciese. Y sin embargo, ¿no era bastante sincero el corazón de la chica de las flores?», el efecto fue tan grandioso como durante la auténtica proyección. Todos nuestros oyentes lloraron; ni siquiera el jefe del poblado, por muy duro que fuera, pudo contener la cálida efusión de las lágrimas que brotaban de su ojo izquierdo, marcado aún por las tres gotas de sangre.

Pese a sus recurrentes accesos de fiebre, Luo, que se consideraba ya convaleciente, partió conmigo hacia la aldea de la Sastrecilla con el ímpetu de un auténtico conquistador. Pero, por el camino, tuvo una nueva crisis de paludismo.

A pesar de los rayos del sol, que le cubrían el cuerpo con su fulgor, me dijo que sentía que el frío lo invadía de nuevo. Y cuando estuvo sentado junto al fuego que conseguí encender con ramas de árboles y hojas muertas, el frío, en vez de disminuir, se le hizo insoportable.

—Sigamos —me dijo levantándose. (Sus dientes rechinaban.)

A lo largo del sendero, oímos el rumor de un torrente, gritos de monos y otros animales salvajes. Poco a poco, Luo conoció la enojosa alternancia del frío y el calor. Cuando lo vi caminar vacilando hacia el profundo acantilado que se extendía bajo nuestros pies, cuando vi algunos terrones desprenderse a su paso y caer a tanta profundidad que era preciso esperar mucho tiempo antes de percibir el ruido de su caída, lo detuve e hice que se sentara en una roca para esperar a que su fiebre pasara.

Cuando llegamos a casa de la Sastrecilla, supimos que, por fortuna, su padre estaba otra vez de viaje. Como la visita precedente, el perro negro vino a olisquearnos sin ladrar.

Luo entró con el rostro más colorado que un fruto bermejo: deliraba. La crisis de paludismo había causado en él tales estragos que la Sastrecilla quedó impresionada. Hizo anular, de inmediato, la sesión de «cine oral» e instaló a Luo en su alcoba, en su lecho rodeado por una mosquitera blanca. Se enrolló la larga trenza en lo alto de la cabeza haciéndose un gran moño. Luego se quitó los zapatos rosados y, con los pies desnudos, corrió afuera.

—Ven conmigo —me gritó—. Conozco algo muy eficaz para eso.

Era una planta vulgar que crecía a orillas de un pequeño arroyo, no lejos de su aldea. Parecía un arbusto de apenas treinta centímetros de altura, con flores de un rosa vivo cuyos pétalos, que evocaban los de las flores del melocotonero, aunque más grandes, se reflejaban en las aguas límpidas y poco profundas del riachuelo. La parte medicinal de la planta eran sus hojas angulosas y puntiagudas, en forma de patas de ánade, y la Sastrecilla recogió muchas.

—¿Cómo se llama esta planta? —le pregunté.

—«Trozos de cuenco roto.»

Las majó en un mortero de piedra blanca. Cuando estuvieron reducidas a una especie de pasta verdosa, untó con ella la muñeca izquierda de Luo que, aunque deliraba aún, recobró cierta lógica de pensamiento. Permitted que la Sastrecilla le vendase la muñeca, enrollándole una larga tira de lino blanco.

Al anochecer, la respiración de Luo se apaciguó, y se quedó dormido.

—¿Tú crees en esas cosas...? —me preguntó la Sastrecilla con voz vacilante.

—¿En qué cosas?

—Las que no son del todo naturales.

—A veces sí, a veces no.

—Parece que tienes miedo de que te denuncie.

—En absoluto.

—¿Y entonces?

—A mi entender, no podemos creerlas por entero, ni negarlas por completo.

Pareció satisfecha de mi posición. Lanzó una ojeada a la cama donde dormía Luo y me preguntó:

—¿Qué es el padre de Luo? ¿Budista?

—No lo sé. Pero es un gran dentista.

— ¿Qué es un dentista?

—¿No sabes lo que es un dentista? El que cuida los dientes.

—¿De verdad? ¿Quieres decir que puede quitar los gusanos ocultos en las muelas que duelen?

—Eso es —le respondí sin reírme—. Te diré incluso un secreto, pero debes jurar que no vas a contárselo a nadie.

—Te lo juro...

—Su padre —le dije bajando la voz— quitó los gusanos de las muelas del presidente Mao.

Tras un instante de respetuoso silencio, me preguntó:

—Si hago que vengan unas brujas para velar esta noche por su hijo, ¿se enojará?

Vistiendo largas faldas negras y azules, con los cabellos salpicados de flores y pulseras de jade en las muñecas, cuatro ancianas llegadas de tres aldeas distintas se reunieron, hacia medianoche, alrededor de Luo, cuyo sueño seguía siendo agitado. Sentada cada una de ellas en una esquina de la cama, lo observaban a través de la mosquitera. Era difícil decir cuál era la más arrugada, la más fea, la que asustaría más a los malos espíritus.

Una de ellas, sin duda la más retorcida, tenía en las manos un arco y una flecha.

—Te garantizo —me dijo— que el mal espíritu de la pequeña mina que ha hecho sufrir a tu compañero no se atreverá a venir aquí esta noche. Mi arco procede del Tíbet y mi flecha tiene punta de plata. Cuando la lanzo, es semejante a una flauta voladora, silba en el aire y atraviesa el pecho de los demonios, sea cual sea su poder.

Pero su avanzada edad y la hora tardía no ayudaron mucho. Poco a poco, comenzaron a bostezar. Y pese al té fuerte que nuestra anfitriona les hizo beber, el sueño se apoderó de ellas. La propietaria del arco se durmió también. Dejó su arma en la cama y luego sus párpados flácidos y maquillados se cerraron pesadamente.

—Despiértalas —me dijo la Sastrecilla—. Cuéntales una película.

—¿De qué clase?

—No tiene importancia. Sólo debemos mantenerlas despiertas...

Comencé entonces la sesión más extraña de mi vida. Ante la cama donde mi amigo había caído en una especie de sopor, conté la película norcoreana para una hermosa muchacha y cuatro viejas brujas iluminadas por una lámpara de petróleo que vacilaba, en una aldea encajonada entre altas montañas.

Me las arreglé como pude. En pocos minutos, la historia de la pobre «chica de las flores» captó la atención de mis oyentes. Hicieron incluso algunas preguntas; cuanto más avanzaba el relato, menos parpadeaban.

Sin embargo, la magia no fue la misma que con Luo. Yo no era un narrador nato. Yo no era él. Al cabo de media hora, «la chica de las flores», que se había deslomado para conseguir algo de dinero, llegaba corriendo al hospital, pero su madre había muerto ya, tras haber gritado desesperadamente el nombre de su hija. Una verdadera película de propaganda. Normalmente era el primer punto culminante del relato. Ya fuera en la proyección del film, ya en nuestra aldea, cuando la habíamos contado, la gente lloraba siempre en ese instante preciso. Tal vez las brujas estuvieran hechas de otra pasta. Me escuchaban atentamente, con cierta emoción, advertí incluso que un pequeño estremecimiento les recorría el espinazo, pero las lágrimas no acudieron a la cita.

Decepcionado por mi falta de éxito, añadí el detalle de la mano de la muchacha

temblando, los billetes resbalando de sus dedos... Pero mi auditorio resistía.

De pronto, del interior de la mosquitera blanca brotó una voz que parecía salida del fondo de un pozo.

—El proverbio dice que un corazón sincero puede hacer que florezca una piedra — vibró la garganta de Luo—. Pero decidme, ¿acaso el corazón de la «chica de las flores» no era lo bastante sincero?

Me impresionó más el hecho de que Luo hubiese pronunciado demasiado pronto la frase final de la película que su brutal despertar. Pero qué sorpresa cuando miré a mi alrededor: ¡las cuatro brujas lloraban! Sus lágrimas brotaban, majestuosamente, derribando las presas, transformándose en torrente sobre sus rostros gastados, agrietados.

¡Qué talento de narrador el de Luo! Podía manipular al público sencillamente cambiando de lugar una voz en off, incluso cuando estaba abrumado por un violento acceso de paludismo.

A medida que el relato avanzaba, tuve la impresión de que algo había cambiado en la Sastrecilla, y advertí que sus cabellos no estaban ya peinados en una larga trenza, sino sueltos en una lujuriente melena, unas suntuosas crines que caían sobre sus hombros. Adiviné lo que Luo había hecho, al pasear su enfebrecida mano fuera de la mosquitera. De pronto, una corriente de aire hizo vacilar la llama de la lámpara de petróleo y, en el momento en que se apagaba, creí ver a la Sastrecilla levantando una esquina de la mosquitera, inclinándose en la oscuridad hacia Luo y dándole un furtivo beso.

Una de las brujas encendió de nuevo la lámpara y seguí, durante mucho tiempo aún, contando la historia de la muchacha coreana. Las efusiones lacrimosas de las mujeres, mezclándose con los mocos que brotaban de sus narices y el ruido que hacían al sonarse, no cesaron ya.

SEGUNDA PARTE

El Cuatrojos tenía una maleta secreta, que ocultaba cuidadosamente. Era nuestro amigo. (Recordadlo, he mencionado ya su nombre al relatar nuestro encuentro con el padre de la Sastrecilla.) La aldea donde era reeducado estaba más abajo que la nuestra en la ladera de la montaña del Fénix del Cielo. A menudo, por la noche, Luo y yo íbamos a cocinar a su casa cuando encontrábamos un pedazo de carne, una botella de alcohol o conseguíamos robar buenas verduras en los huertos de los campesinos. Lo repartíamos siempre con él, como si hubiéramos formado una pandilla de tres. Por eso, que nos ocultara la existencia de aquella misteriosa maleta nos sorprendió mucho más.

Su familia vivía en la ciudad donde trabajaban nuestros padres; su padre era escritor y su madre poetisa. La reciente caída en desgracia de ambos ante las autoridades concedía «tres posibilidades sobre mil» a su amado hijo; ni más ni menos que a Luo y a mí. Pero ante esta situación desesperada, que él debía a sus progenitores, el Cuatrojos, que tenía dieciocho años, era casi constantemente presa del miedo.

Con él, todo adquiría el color del peligro. Reunidos en su casa, alrededor de una lámpara de petróleo, teníamos la impresión de ser tres malhechores tramando alguna fechoría. Tomemos las comidas como ejemplo: si alguien llamaba a su puerta mientras estábamos envueltos por el olor y el humo de un precioso plato de carne cocinado por nosotros

mismos, y que sumía a los tres hambrientos que éramos en un voluptuoso placer, eso le producía siempre un pánico extraordinario. Se levantaba, escondía de inmediato el plato de carne en una esquina, como si fuera producto de un robo, y lo sustituía por un pobre plato de verduras adobadas, espumosas y hediondas; comer carne le parecía un crimen propio de la burguesía de la que su familia formaba parte.

Al día siguiente de la sesión de cine oral con las cuatro brujas, Luo se sintió algo mejor y quiso regresar a la aldea. La Sastrecilla no insistió demasiado para que nos quedáramos en su casa, imagino que estaba muerta de cansancio.

Tras el desayuno, Luo y yo reemprendimos el solitario camino. En contacto con el aire húmedo de la mañana, nuestros rostros ardientes sintieron un agradable frescor. Luo fumaba al caminar. El sendero descendía lentamente, luego volvía a subir. Ayudé al enfermo con la mano, pues la pendiente era empinada. El suelo estaba blando y húmedo; por encima de nuestras cabezas, se entrecruzaban las ramas. Al pasar ante la aldea del Cuatrojos, lo vimos trabajar en un arrozal; labraba la tierra con un arado y un búfalo.

No se veían surcos en el arrozal irrigado, pues un agua calma cubría el barro puro, muy abonado, de cincuenta centímetros de profundidad. Con el torso desnudo, en calzones, nuestro labrador se desplazaba hundiéndose hasta las rodillas en el barro, tras el búfalo negro que arrastraba penosamente el arado. Los primeros rayos del sol herían sus gafas con su brillo.

El búfalo era de un tamaño normal pero tenía una cola de insólita longitud que removía a cada paso, como si lo hiciera adrede para tirar el barro y otras suciedades al rostro de su amable dueño, tan poco experimentado. Y a pesar de sus esfuerzos por esquivar los coletazos, un segundo de descuido bastó para que la cola del búfalo le golpeará de lleno el rostro y mandara sus gafas por los aires. El Cuatrojos lanzó un taco, las riendas escaparon de su mano derecha y el arado de su mano izquierda. Se llevó las dos manos a los ojos, lanzó gritos y aulló algunas vulgaridades, como si bruscamente hubiera quedado ciego.

Estaba tan encolerizado que no oyó nuestras llamadas, llenas de afecto y alegría por encontrarle. Sufría una grave miopía y ni siquiera forzando los ojos era capaz de reconocernos a veinte metros de distancia ni de distinguirnos de los campesinos que trabajaban en los arrozales vecinos y le tomaban el pelo.

Inclinado sobre el agua, metió en ella las manos y palpó el barro a su alrededor, como un ciego. Sus ojos, que habían perdido toda expresión humana, saltones, como hinchados, me daban miedo.

El Cuatrojos había debido de despertar el instinto sádico de su búfalo. Éste, arrastrando el arado, giró y volvió sobre sus pasos. Parecía tener la intención de pisotear las arrancadas gafas, o de romperlas con la puntiaguda reja del arado.

Me quité los zapatos, arremangué mis pantalones y entré en el arrozal dejando a mi enfermo sentado junto al sendero. Y, aunque el Cuatrojos no quiso que me mezclara en su búsqueda, ya complicada, fui yo quien, tanteando en el barro, pisé sus gafas. Por fortuna, no estaban rotas.

Cuando el mundo exterior volvió a resultarle claro y neto, el Cuatrojos se sorprendió al ver en qué estado había dejado a Luo el paludismo.

—¡Estás hecho polvo, palabra! —le dijo.

Puesto que el Cuatrojos no podía abandonar su trabajo, nos propuso descansar en su casa hasta que regresara.

Su vivienda estaba en medio del pueblo. Poseía tan pocas cosas personales y estaba tan preocupado por demostrar su total confianza en los campesinos revolucionarios, que nunca cerraba la puerta con llave. La casa, un antiguo almacén de granos, estaba construida sobre pilotes, como la nuestra, pero con una terraza sostenida por gruesos bambúes, en la que ponían a secar los cereales, las verduras y las guindillas. Luo y yo nos instalamos en la terraza para aprovechar el sol. Luego, éste desapareció detrás de las montañas y empezó a hacer frío. Una vez seco el sudor, la espalda, los brazos y las flacas piernas de Luo se volvieron glaciales. Encontré un viejo jersey del Cuatrojos, se lo puse en la espalda y le enrollé las mangas alrededor del cuello, como una bufanda.

Sin embargo, siguió quejándose de tener frío. Regresé a la habitación, me acerqué a la cama y cogí una manta, y, de pronto, se me ocurrió mirar si había otro jersey en alguna parte. Debajo de la cama, descubrí una gran caja de madera, como un embalaje para las mercancías de poco valor, una caja del tamaño de una maleta, aunque más profunda. Varios pares de zapatillas deportivas, pantuflas estropeadas, cubiertas de barro y suciedad, estaban amontonados encima. Cuando la abrí a la luz de los rayos en los que bailaba el polvo, resultó que estaba efectivamente llena de ropa.

Hurgando en busca de un jersey más pequeño que los demás, que pudiera sentar bien al cuerpo delgaducho de Luo, mis dedos dieron de pronto con algo suave, flexible y liso, que me hizo pensar enseguida en unos zapatos de mujer, de gamuza.

Pero no; era una maleta elegante, de piel muy gastada pero delicada. Una maleta de la que brotaba un lejano aroma de civilización.

Estaba cerrada con llave por tres lugares. Su peso era bastante asombroso con respecto a su tamaño, pero me resultó imposible saber qué contenía.

Esperé a que cayera la noche, cuando el Cuatrojos quedó liberado por fin de su combate contra el búfalo, para preguntarle qué tesoro ocultaba tan minuciosamente en aquella maleta.

Ante mi sorpresa, no respondió. Mientras estuvimos en la cocina, permaneció sumido en un desacostumbrado mutismo y se guardó mucho de pronunciar la menor palabra sobre su maleta.

Durante la comida volví a poner la cuestión sobre el tapete. Pero tampoco habló entonces.

—Supongo que son libros —dijo Luo rompiendo el silencio—. El modo como la ocultas y la aseguras con cerraduras basta para revelar tu secreto: sin duda contiene libros prohibidos.

Un fulgor de pánico pasó por los ojos del Cuatrojos, y desapareció enseguida tras los cristales de las gafas mientras su rostro se transformaba en una máscara sonriente.

—Estás soñando, amigo —dijo.

Acercó la mano a Luo y la posó en su sien:

—¡Dios mío, qué fiebre! Por eso deliras y tienes visiones tan idiotas. Escucha, somos buenos amigos, nos divertimos mucho juntos, pero si empiezas a decir tonterías sobre libros prohibidos, la jodimos...

Tras aquel día, el Cuatrojos compró en casa de un vecino un candado de cobre y tomó siempre la precaución de cerrar su puerta con una cadena que pasaba por el aro metálico de la cerradura.

Dos semanas más tarde, los «trozos de cuenco roto» de la Sastrecilla habían acabado

con el paludismo de Luo. Cuando se quitó la venda que rodeaba su muñeca, descubrió en ella una ampolla, grande como un huevo de pájaro, transparente y brillante. Fue arrugándose poco a poco y, cuando ya sólo quedó una cicatriz negra en su piel, las crisis cesaron por completo. Hicimos una comida en casa del Cuatrojos para festejar su curación.

Aquella noche dormimos todos allí, los tres apretados en su cama, bajo la cual seguía estando la caja de madera, como pude comprobar, aunque ya no la maleta de cuero.

La redoblada atención del Cuatrojos y su desconfianza para con nosotros, pese a nuestra amistad, acreditaban la hipótesis de Luo: la maleta estaba sin duda llena de libros prohibidos. Hablábamos a menudo de ello, Luo y yo, sin conseguir imaginar de qué tipo de libros se trataba. (Por aquel entonces, todos los libros estaban prohibidos, salvo los de Mao y sus partidarios, y las obras puramente científicas.) Establecimos una larga lista de libros posibles: las novelas clásicas chinas, desde *Los Tres Reinos combatientes* hasta el *Sueño en el Pabellón Rojo*, pasando por *el Jin Ping Mei*, conocido por ser un libro erótico. Estaba también la poesía de las dinastías Tang, Song, Ming y Qin. Y también las pinturas tradicionales de Zu Da, de Shi Tao, de Tong Qicheng... Hablamos incluso de la Biblia, *Las palabras de los cinco ancianos*, un libro supuestamente prohibido desde hacía siglos, en el que cinco grandes profetas de la dinastía Han revelaban, en la cima de una montaña sagrada, lo que iba a suceder en los dos mil años por venir.

A menudo, después de medianoche, apagábamos la lámpara de petróleo en nuestra casa sobre pilotes y nos tendíamos, cada cual en su cama, para fumar en la oscuridad. Algunos títulos de libros brotaban de nuestras bocas; había en aquellos nombres mundos desconocidos, algo misterioso y exquisito en la resonancia de las palabras, en el orden de los caracteres, al modo del incienso tibetano, del que bastaba pronunciar el nombre, «Zang Xiang», para sentir su perfume suave y refinado, para ver los bastones aromáticos comenzar a transpirar, a cubrirse de verdaderas gotas de sudor que, bajo el reflejo de las lámparas, parecían gotas de oro líquido.

—¿Has oído hablar de la literatura occidental? —me preguntó un día Luo.

—No demasiado. Ya sabes que mis padres sólo se interesan por su profesión. Al margen de la medicina, no conocen gran cosa.

—Con los míos pasa lo mismo. Pero mi tía tenía algunos libros extranjeros traducidos al chino antes de la Revolución cultural. Recuerdo que me leyó unos pasajes de un libro que se llamaba *Don Quijote*, la historia de un viejo caballero bastante chusco.

—¿Y dónde están ahora esos libros?

—Se hicieron humo. Fueron confiscados por los guardias rojos que los quemaron en público, sin compasión alguna, justo al pie de su edificio.

Durante unos minutos, fumamos en la oscuridad, tristemente silenciosos. Aquella historia de literatura me deprimía profundamente: no teníamos suerte. A la edad en la que por fin habíamos podido leer de corrido, no quedaba ya nada para leer. Durante varios años, en la sección de «literatura occidental» de todas las librerías, sólo había las obras completas del dirigente comunista albanés Enver Hoxaa, en cuyas cubiertas doradas se veía el retrato de un anciano con corbata de colores chillones, el pelo gris impecablemente peinado, que te clavaba, bajo sus párpados entornados, un ojo izquierdo marrón y un ojo derecho más pequeño que el izquierdo, menos marrón y provisto de un iris rosa pálido.

—¿Por qué me hablas de eso? —le pregunté a Luo.

—Bueno, estaba diciéndome que la maleta de cuero del Cuatrojos podía muy bien estar llena de libros de este tipo: literatura occidental.

—Tal vez tengas razón, su padre es escritor y su madre poetisa. Debían de tener muchos, del mismo modo que en tu casa y en la mía había muchos libros de medicina occidental. Pero ¿cómo habría podido escapar de los guardias rojos una maleta llena de libros?

—Bastaría ser lo bastante pillo para ocultados en alguna parte.

—Sus padres han corrido un riesgo enorme confiándoselos al Cuatrojos.

—Igual que los tuyos y los míos siempre han soñado que fuéramos médicos, tal vez los padres del Cuatrojos deseen que su hijo se haga escritor. Y creen que, para ello, tiene que estudiar a escondidas estos libros.

Una fría mañana de comienzos de primavera, grandes copos cayeron durante dos horas y, rápidamente, unos diez centímetros de nieve se amontonaron en el suelo. El jefe de la aldea nos concedió un día de descanso. Luo y yo fuimos enseguida a ver al Cuatrojos. Habíamos oído decir que le había sucedido una desgracia: los cristales de sus gafas se habían roto.

Pero yo estaba seguro de que no por ello dejaría de trabajar, para que la grave miopía que sufría no fuera considerada por los campesinos «revolucionarios» un desfallecimiento físico. Tenía miedo de que le tomaran por un holgazán. Seguía teniendo miedo de ellos, pues ellos decidirían algún día si estaba bien «reeducado», ellos eran quienes, teóricamente, tenían el poder de determinar su porvenir. En aquellas condiciones, el menor fallo político o físico podía serle fatal.

A diferencia de nuestro poblado, los campesinos del suyo no descansaban a pesar de la nieve: cargados con un inmenso cuévano a la espalda, transportaban arroz hasta el almacén del distrito, situado a veinte kilómetros de nuestra montaña, a orillas de un río que tenía sus fuentes en el Tíbet. Eran los impuestos anuales de su aldea, y el jefe había dividido el peso total de arroz por el número de habitantes; la parte de cada uno era de unos sesenta kilos.

Cuando llegamos, el Cuatrojos acababa de llenar su cuévano y se preparaba para partir. Le tiramos bolas de nieve, pero volvió la cabeza en todas direcciones sin conseguir vernos, a causa de su miopía. La ausencia de gafas hacía sobresalir sus pupilas, que me recordaban a las de un perro pequinés, turbias y atontadas. Tenía el aire extraviado, fatigado, antes incluso de haberse cargado a la espalda su cuévano de arroz.

—Estás majara —le dijo Luo—. Sin gafas no podrás dar ni un paso por el sendero.

—He escrito a mi madre. Me enviará un par nuevo lo antes posible, pero no puedo esperarlas con los brazos cruzados. Estoy aquí para trabajar. Ésa es, al menos, la opinión del jefe.

Hablaba muy deprisa, como si no quisiera perder el tiempo con nosotros.

—Espera —dijo Luo—, tengo una idea: llevaremos tu cuévano hasta el almacén del distrito y, al regresar, nos prestarás algunos de los libros que has escondido en tu maleta. Lo uno por lo otro, ¿vale?

—Que te den por el culo —dijo malignamente el Cuatrojos—. No sé de qué estás hablando, no tengo libros escondidos.

Colérico, se cargó a la espalda el pesado cuévano y partió.

—Con un solo libro bastará —gritó Luo—. ¡Trato hecho!

Sin respondernos, el Cuatrojos se puso en marcha.

El desafío que se lanzaba superaba los límites de su capacidad física. Se empeñó, rápidamente, en una especie de prueba masoquista: la nieve era espesa y, en algunos lugares, se hundía hasta los tobillos. El sendero resbalaba más que de costumbre. Clavaba sus ojos desorbitados en el suelo, pero era incapaz de distinguir las piedras que sobresalían y sobre las que hubiera podido poner los pies. Avanzaba a ciegas, titubeante, con unos andares danzarines de borracho. Cuando el sendero empezó a bajar, buscó con el pie un punto de apoyo, tanteando, pero su otra pierna no pudo soportar sola el peso del cuévano, cedió y cayó de rodillas en la nieve. Intentó mantener el equilibrio en esta posición, sin que el cuévano se volcara; luego, empujando la nieve con las piernas, apartándola a fuerza de muñecas, se abrió camino, metro tras metro, y acabó por levantarse.

A lo lejos, lo contemplamos zigzaguear por el sendero y minutos más tarde caer de nuevo. Esta vez, el cuévano golpeó una roca en su caída, rebotó y cayó al suelo.

Nos acercamos a él y le ayudamos a recoger el arroz que se había derramado. Nadie hablaba. No me atrevía a mirarlo. Se sentó en el suelo, se quitó las botas llenas de nieve, las vació e intentó calentarse los pies entumecidos, frotándolos con las manos. No dejaba de mover la cabeza, como si fuera demasiado pesada.

—¿Te duele la cabeza? —le pregunté.

—No, tengo un zumbido en los oídos, pero ligero.

Rugosos y duros, unos cristales de nieve llenaban las mangas de mi abrigo cuando acabamos de poner el arroz en el cuévano.

—¿Vamos? —le pregunté a Luo.

—Sí, ayúdame a cargar el cuévano —contestó—. Tengo frío, un poco de peso en la espalda me calentará.

Luo y yo nos relevamos cada cincuenta metros para llevar los sesenta kilos de arroz hasta el depósito. Estábamos muertos de cansancio.

Al regresar, el Cuatrojos nos pasó un libro delgado y gastado, un libro de Balzac.

«Ba—er—za—ke.» Traducido al chino, el nombre del autor francés formaba una palabra de cuatro ideogramas. ¡Qué magia eso de la traducción! De pronto, la pesadez de las dos primeras sílabas, la resonancia guerrera y agresiva, y también algo vulgar, del nombre desaparecía. Los cuatro caracteres, muy elegantes, pues cada uno se componía de pocos trazos, se reunían para formar una belleza insólita de la que emanaba un sabor exótico, sensual, generoso como el perfume embriagador de un licor conservado durante siglos en una bodega. (Años más tarde, supe que el traductor era un gran escritor al que habían prohibido, por razones políticas, publicar sus propias obras y que se había pasado la vida traduciendo las de los autores franceses.)

¿Vaciló mucho el Cuatrojos antes de elegir este libro para prestárnoslo? ¿Fue el puro azar lo que dirigió su mano? ¿O lo tomó, sencillamente, porque en su maleta de los tesoros preciosos era el libro más delgado, el que se hallaba en peor estado? ¿Fue la mezquindad lo que motivó su elección? Una elección cuyas razones siguieron siéndonos oscuras y que trastornó nuestra vida o, al menos, el período de nuestra reeducación en la montaña del Fénix del Cielo.

Aquel librito se llamaba *Úrsula Mirouët*.

Luo lo leyó la misma noche en que el Cuatrojos nos lo pasó, y lo terminó al amanecer. Apagó entonces la lámpara de petróleo y me despertó para tenderme la obra.

Me quedé en la cama hasta que cayó la noche, sin comer, sin hacer otra cosa que permanecer sumido en aquella historia francesa de amor y milagros.

Imaginen a un joven virgen de diecinueve años, que dormitaba aún en los limbos de la adolescencia y sólo había conocido la cháchara revolucionaria sobre el patriotismo, el comunismo, la ideología y la propaganda. De pronto, como un intruso, aquel librito me hablaba del despertar del deseo, de los impulsos, de las pulsiones, del amor, de todas esas cosas sobre las que el mundo, para mí, había permanecido hasta entonces mudo.

Pese a mi total ignorancia de aquel país llamado Francia (algunas veces había oído el nombre de Napoleón en boca de mi padre, y eso era todo), la historia de *Úrsula* me pareció tan cierta como las de mis vecinos. Sin duda, el sucio asunto de herencia y dinero que caía sobre la cabeza de aquella muchacha contribuía a reforzar su autenticidad, a aumentar el poder de las palabras. Al cabo de una jornada, me sentía en Nemours como en mi casa, en mi hogar, junto a la humeante chimenea, en compañía de aquellos doctores, aquellos curas... Incluso la parte sobre el magnetismo y el sonambulismo me parecía creíble y deliciosa.

Sólo me levanté tras haber leído la última página. Luo no había regresado aún... Sospechaba que se había lanzado al camino, en cuanto había amanecido, para dirigirse a casa de la Sastrecilla y contarle la hermosa historia de Balzac. Permanecí de pie unos momentos, en el umbral de nuestra vivienda, comiendo un pedazo de pan de maíz mientras contemplaba la silueta oscura de la montaña que teníamos enfrente. La distancia era demasiado grande para poder distinguir las luces de la aldea de la Sastrecilla. Imaginé a Luo contándole la historia, y me sentí de pronto invadido por un sentimiento de celos, amargos, devoradores, desconocidos.

Hacía frío, temblé bajo mi corta chaqueta de piel de cordero. Los aldeanos comían, dormían o llevaban a cabo secretas actividades en la oscuridad. Pero allí, ante mi puerta, no se oía nada. Yo solía aprovechar aquella calma que reinaba en la montaña para hacer ejercicios de violín, pero ahora me parecía deprimente. Regresé a la habitación. Intenté tocar el violín, pero éste soltó un sonido agudo, desagradable, como si alguien hubiera tocado precipitadamente las escalas. Supe de pronto lo que quería hacer.

Decidí copiar, textualmente, mis pasajes preferidos de *Úrsula Mirouët*. Era la primera vez en mi vida que deseaba copiar un libro. Busqué papel por todos los rincones de la habitación, pero sólo pude encontrar unas hojas de papel de carta, destinadas a escribir a nuestros padres. Opté entonces por copiar el texto directamente en la piel de oveja de mi chaqueta. Ésta, que los aldeanos me habían regalado cuando llegué, estaba hecha por fuera de una maraña de lana de cordero, unas veces larga, otras corta, y tenía la piel desnuda en su interior. Pasé largo rato eligiendo el texto, dada la limitada superficie de mi chaqueta, cuya piel, en algunos lugares, estaba estropeada, agrietada. Copié el capítulo donde *Úrsula* viaja sonámbula. Hubiera querido ser como ella: poder ver, dormido en mi cama, lo que hacía mi madre en su apartamento, a quinientos kilómetros de distancia; presenciar la cena de mis padres, observar sus actitudes, los detalles de su comida, el color de sus platos, sentir el olor de los manjares, oírles conversar... Más aún, como *Úrsula*, habría visto, en sueños, lugares donde nunca había puesto los pies...

Escribir con bolígrafo sobre la piel de un viejo cordero de las montañas no era cosa fácil: era áspera, rugosa y, para copiar la mayor cantidad de texto posible en ella, había que adoptar una escritura minimalista, lo que exigía una concentración que superaba las normas. Cuando acabé de garabatear el texto en toda la superficie de la piel, hasta en las mangas, me dolían tanto los dedos que se diría que los tenía rotos. Finalmente, me dormí.

El ruido de los pasos de Luo me despertó; eran las tres de la madrugada. Me pareció no haber dormido mucho tiempo, porque la lámpara de petróleo seguía ardiendo. Lo vi vagamente entrar en la habitación.

—¿Duermes?

—En realidad, no.

—Levántate, vaya enseñarte algo.

Añadió aceite al depósito y, cuando la mecha estuvo en plena combustión, tomó la lámpara en su mano izquierda, se acercó a mi cama y se sentó en el borde, con la mirada ardiendo, el pelo erizado en todas direcciones. Del bolsillo de su chaqueta sacó un cuadrado de tejido blanco, muy bien doblado.

—Ya veo. La Sastrecilla te ha regalado un pañuelo.

No respondió. Pero a medida que iba desplegando lentamente el tejido, reconocí el faldón de una camisa rota, que sin duda había pertenecido a la Sastrecilla, y en la que se había cosido a mano una pieza.

Varias hojas de árbol resecas estaban envueltas en ella. Todas tenían la misma forma hermosa, como alas de mariposa, en tonos que iban del naranja liso al pardo con mezcla de amarillo dorado, pero todas estaban maculadas de oscuras manchas de sangre.

—Son hojas de ginkgo —me dijo Luo con voz enfebrecida—. Un árbol magnífico, plantado al fondo de un valle secreto, al este de la aldea de la Sastrecilla. Hemos hecho el amor de pie, contra el tronco. Era virgen y su sangre ha caído al suelo, sobre las hojas.

Permanecí sin voz durante un buen rato. Cuando logré reconstruir en mi cabeza la imagen del árbol, la nobleza de su tronco, la magnitud de sus ramas y su estera de hojas, le pregunté:

—¿De pie?

—Sí, como los caballos. Tal vez por ello se ha reído luego, con una carcajada tan fuerte, tan salvaje, que ha resonado tan lejos en el valle, que incluso los pájaros han emprendido el vuelo, asustados.

Tras habernos abierto los ojos, *Úrsula Mirouët* fue devuelta en el plazo fijado a su propietario titular, el Cuatrojos sin gafas. Habíamos acariciado la ilusión de que nos prestaría otros libros ocultos en su maleta secreta, a cambio de los duros trabajos, físicamente insostenibles, que hacíamos para él.

Pero no quiso. Íbamos con frecuencia a su casa, a llevarle comida, a cortejarle, a tocar el violín... La llegada de unas nuevas gafas, enviadas por su madre, le libró de su media ceguera y marcó el final de nuestras ilusiones.

Cómo lamentábamos haberle devuelto el libro. «Hubiéramos debido guardarlo —solía repetir Luo—. Se lo habría leído, página a página, a la Sastrecilla. Eso la hubiera hecho más refinada, más culta, estoy convencido de ello.»

Según decía, la idea se la había dado la lectura del extracto copiado en la piel de mi chaqueta. Un día de descanso, Luo, con el que nos intercambiábamos frecuentemente la

ropa, cogió mi chaqueta de piel para ir al encuentro de la Sastrecilla en el lugar de sus citas, el ginkgo del valle del amor. «Después de haberle leído el texto de Balzac, palabra por palabra —me contó—, cogió la chaqueta y volvió a leerlo sola, en silencio. Sólo se oían las hojas que se estremecían sobre nuestras cabezas, y un torrente lejano que corría en alguna parte. Hacía buen día, el cielo era azul, de un azul paradisíaco. Al finalizar su lectura, quedó boquiabierta, inmóvil, con tu chaqueta en las manos, al modo de esos creyentes que llevan un objeto sagrado en sus palmas.

»Ese viejo Balzac —prosiguió— es un verdadero brujo que ha posado una mano invisible en la cabeza de la muchacha; se había metamorfoseado, parecía soñadora. Permaneció unos instantes sin volver en sí, sin poner los pies en la tierra. Y terminó por ponerse tu jodida chaqueta, que por otro lado no le sentaba mal, y me dijo que el contacto de las palabras de Balzac sobre su piel le proporcionaría felicidad e inteligencia...»

—La reacción de la Sastrecilla nos fascinó tanto que lamentamos aún más haber devuelto el libro. Pero tuvimos que esperar el comienzo del estío para que se presentase otra ocasión.

Fue un domingo. El Cuatrojos había encendido una hoguera ante su casa y puesto una gran marmita llena de agua sobre dos piedras. Cuando Luo y yo llegamos, nos sorprendió esa limpieza a fondo.

Al principio, no nos dirigió la palabra. Tenía un aspecto agotado y triste. Cuando el agua de la marmita hirvió, se quitó la chaqueta con asco, la arrojó dentro y la mantuvo en el fondo con la ayuda de una larga vara. Envuelto en espeso vapor, removió sin cesar la pobre chaqueta en el agua, hasta cuya superficie llegaban unas burbujas negras, hebras de tabaco y un hedor fétido.

—¿Lo haces para matar los piojos? —le pregunté.

—Sí, he cogido muchos en el acantilado de los Mil Metros.

El nombre de ese acantilado no nos era desconocido, pero nunca habíamos puesto los pies en él. Estaba lejos de nuestra aldea, a media jornada de marcha, por lo menos.

—¿Y qué fuiste a hacer allá?

No nos respondió. Se quitó metódicamente la camisa, la camiseta, los pantalones y los calcetines, y los sumergió en el agua hirviendo. Su cuerpo flaco de sobresalientes huesos estaba cubierto de grandes habones rojos, y su piel arañada y ensangrentada estaba llena de huellas de uñas.

—Son tan grandes, los piojos de ese jodido acantilado... Han conseguido, incluso, poner sus huevos en las costuras de mi ropa —nos dijo el Cuatrojos.

Fue a buscar su calzón a la casa y regresó. Antes de meterlo en la marmita, nos lo mostró: ¡Dios santo! En los dobleces de las costuras había rosarios y rosarios de liendres negras, brillantes como minúsculas perlas. Con sólo echarle una ojeada, se me puso carne de gallina de la cabeza a los pies.

Sentados uno junto al otro, ante la marmita, Luo y yo manteníamos el fuego, añadiendo trozos de leña, mientras el Cuatrojos removía la ropa en el agua hirviendo con la larga vara de madera. Poco a poco, acabó revelándonos el secreto de su viaje al acantilado de los Mil Metros.

Dos semanas antes, había recibido una carta de su madre, la poetisa conocida antaño, en nuestra provincia, por sus obras sobre la niebla, la lluvia y el tímido recuerdo del primer amor. Le comunicaba que uno de sus antiguos amigos había sido nombrado redac-

tor jefe de una revista de literatura revolucionaria y que, a pesar de lo precario de su situación, le había prometido intentar encontrar un puesto allí para nuestro Cuatrojos. Para que no pareciera un «enchufe», se proponía publicar primero algunos cantos populares recogidos, *in situ*, por el Cuatrojos, es decir, auténticos cantos de montañeses, sinceros y preñados de un romanticismo realista.

Desde que recibió la carta, el Cuatrojos vivía un sueño despierto. Todo había cambiado en él. Nadaba en felicidad por primera vez en su vida. Se negó a ir a trabajar a los campos para lanzarse a la caza solitaria de canciones montañesas con encarnizado fervor. Estaba seguro de poder reunir una gran colección, gracias a la cual veía ya cumplidas las promesas del antiguo admirador de su madre. Pero había pasado una semana sin que hubiera conseguido anotar la menor estrofa digna de ser publicada en una revista oficial.

Había escrito a su madre para contarle su fracaso, derramando lágrimas de decepción. Pero, cuando le entregaba la carta al cartero, éste le habló de un viejo montañés del acantilado de los Mil Metros, un molinero que conocía todas las canciones populares de la región, un antiguo cantor analfabeto, verdadero campeón en ese terreno. El Cuatrojos había roto su carta y había salido enseguida para una nueva cacería.

—El viejo es un pobre borracho —nos dijo—. En toda mi vida había visto algo tan pobre. ¿Sabéis con qué acompaña su aguardiente? ¡Con guijarros! ¡Os lo juro por la cabeza de mi madre! Los moja con agua salada, se los mete en la boca, les da vueltas con los dientes y los escupe en el suelo. Llama a eso «bolas de jade en salsa molinera». Me ofreció probarlo, pero me negué. Sin tener en cuenta su susceptibilidad. Tras ello, se volvió tan irritable que, por más que lo intenté, fuera cual fuese la suma que le propuse, no quiso cantar lo más mínimo. Pasé dos días en su viejo molino, con la esperanza de arrancarle algunas canciones. Dormí una noche en su cama, con una manta que parecía no haber sido lavada desde hacía decenios...

Nos fue fácil imaginar la escena: en la cama, donde rebullían miles de insectos, el Cuatrojos había permanecido despierto por temor a que el viejo molinero, por casualidad, se pusiera a cantar en sueños canciones auténticas y sinceras. Los piojos habían salido de sus cubiles para agredirle en la oscuridad; unas veces le chupaban la sangre, otras iban a patinar en los resbaladizos cristales de sus gafas, que no se había quitado al acostarse. Cada vez que el viejo se movía, hipaba o tosía, nuestro Cuatrojos contenía el aliento, dispuesto a encender su minúscula linterna para tomar notas, como un espía. Luego, todo volvía a ser normal, y el viejo roncaba de nuevo al compás de las ruedas de su molino, en perpetuo movimiento.

—Tengo una idea —le dijo Luo con aire desenvuelto—. Si consigo arrancar canciones populares a tu molinero, ¿nos prestarás más libros de Balzac?

El Cuatrojos no respondió enseguida. Clavó sus empañadas gafas en el agua ennegrecida que hervía en la marmita, como hipnotizado por los cadáveres de piojos que daban volteretas entre las burbujas y las hebras de tabaco.

Por fin, levantó los ojos y preguntó a Luo:

—¿Cómo pensáis hacerla?

Si me hubieran visto, aquel día del verano de 1973, de camino hacia el acantilado de los Mil Metros, me habrían creído directamente salido de la fotografía oficial de un con-

greso del Partido Comunista, o de una foto de boda de «dirigentes revolucionarios». Llevaba una chaqueta azul marino de cuello gris oscuro, fabricada por nuestra Sastrecilla. Era, hasta en sus menores detalles, una copia exacta de la chaqueta del presidente Mao, desde el cuello hasta la forma de los bolsillos, pasando por las mangas, adornadas ambas con tres bonitos botones dorados que parecían reflejar la luz cuando movía los brazos. En mi cabeza, para disimular la juventud de mis cabellos anárquicamente erizados, la encargada de nuestro vestuario había colocado una antigua gorra de su padre, de un verde tan liso como la de los oficiales del ejército. Sólo que era demasiado pequeña para mí, hubiera necesitado una talla más. Por lo que a Luo se refiere, dado su papel de secretario, se puso un descolorido uniforme de soldado, prestado la víspera por un joven campesino que había terminado su servicio militar. En el pecho brillaba una medalla de color rojo ígneo, en la que destacaba una cabeza de Mao dorada, con el pelo impecablemente peinado hacia atrás.

Como nunca habíamos puesto los pies en aquel rincón desconocido y salvaje, estuvimos a punto de perdernos en un bosque de bambúes que, irguiéndose por todas partes, se aglomeraban y nos acosaban, brillantes de lluvia, húmedos, sombríos, cargados con el áspero olor de bestias invisibles. De vez en cuando, se escuchaba el crepitar suave y sugerente producido por el crecimiento de nuevos brotes. Al parecer, algunos jóvenes bambúes, los más vigorosos, pueden crecer treinta centímetros en una sola jornada.

El molino del viejo cantor, a horcajadas sobre un torrente que caía de un alto acantilado, tenía aspecto de reliquia, con sus inmensas ruedas chirriantes, de piedra blanca con vetas negras, que giraban en el agua con una lentitud muy campesina.

En la planta baja, el suelo vibraba. Aquí y allá, a través de las viejas tablas rotas, podía verse el agua que fluía bajo nuestros pies, entre las grandes piedras. Los chirridos de la rueda, que repercutían como un eco, resonaban en nuestros oídos. En mitad de la estancia, un anciano, con el torso desnudo, dejó de arrojar grano en el circuito redondo del molino para mirarnos silenciosamente, con desconfianza.

Le deseé buenos días, no en sichuanés, el dialecto de nuestra provincia, sino en mandarín, exactamente como en una película.

—¿En qué lengua habla? —preguntó a Luo con aire perplejo.

—En la lengua oficial—le respondió Luo—, la lengua de Pequín. ¿No la conoce usted?

—¿Dónde está Pequín?

Esta pregunta nos desconcertó, pero cuando comprendimos que realmente no conocía Pequín, reímos como locos. Por unos momentos, casi envidié su total ignorancia del mundo exterior.

—¿Le dice algo Peping? —le preguntó Luo.

—¿Bai Ping? —dijo el anciano—. Claro está: ¡Es la gran ciudad del norte!

—Hace más de veinte años que la ciudad cambió de nombre, padrecito —le explicó Luo—. Y el caballero que está a mi lado habla la lengua oficial de Bai Ping, como usted la llama.

El anciano me lanzó una mirada llena de respeto. Contempló mi chaqueta Mao y miró los tres botoncitos de las mangas. Luego los tocó con la yema de los dedos.

—¿Para qué sirven estos chirimbolos? —me preguntó.

Luo me tradujo su pregunta. En mi mal mandarín, repuse que no lo sabía en absoluto. Pero mi traductor explicó al viejo molinero que yo decía que era el emblema de los

verdaderos dirigentes revolucionarios.

—Este caballero de Bai Ping —prosiguió Luo con su tranquilidad de gran estafador— ha venido a la región para recoger canciones populares, y cualquier ciudadano que conozca alguna debe hacerle una demostración.

—¿Esas bobadas de montañeses? —le preguntó el viejo, lanzándome una mirada suspicaz—. No son canciones, sólo estribillos, viejos estribillos, ¿comprenden ustedes?

—Lo que el caballero quiere son, justamente, esos estribillos con palabras de fuerza primitiva y auténtica.

El viejo molinero rumió esa petición precisa y me miró con una extraña y astuta sonrisa.

—¿De verdad cree...?

—Sí —le respondí yo.

—Caballero, ¿quiere realmente que cante esas marranadas? Porque, ¿sabe usted?, nuestros estribillos, como es bien sabido, son...

La frase fue interrumpida por la llegada de varios campesinos, cada uno de los cuales llevaba un gran cuévano a la espalda.

Entonces tuve miedo, y mi «intérprete» también. Le susurré al oído: «¿Nos largamos?» Pero el viejo se volvió hacia nosotros y preguntó a Luo: «¿Qué ha dicho?» Sentí que me ruborizaba y, para disimular mi turbación, me lancé hacia los campesinos como si fuera a ayudarles a descargar los cuévanos.

Los recién llegados eran seis. Ninguno de ellos había ido nunca a nuestra aldea y, en cuanto tuve la seguridad de que no podían reconocernos, recuperé la calma. Dejaron en tierra sus cuévanos, pesadamente cargados con grano de maíz para moler.

—Venid, voy a presentaros a un joven caballero de Bai Ping —dijo a aquella gente el viejo molinero—. ¿Veis los tres botoncitos en sus mangas?

Metamorfoseado, radiante, el anciano eremita tomó mi muñeca, la levantó en el aire y la blandió ante los ojos de los campesinos para hacerles admirar de cerca los jodidos botones dorados.

—¿Sabéis lo que quieren decir? —gritó, y un efluvio de aguardiente brotó de su boca—. Son el símbolo de un dirigente revolucionario.

Nunca hubiera creído que un viejo tan flaco tuviese tanta fuerza: su mano callosa estuvo a punto de quebrarme la muñeca. A nuestro lado, Luo el estafador me traducía sus palabras al mandarín, con toda la seriedad de un intérprete oficial. Al modo de esos dirigentes que se ven en el cine, me vi obligado a estrecharle la mano a todo el mundo y a expresarme en un mandarín lamentable, mientras movía la cabeza.

En toda mi vida había hecho algo semejante. Lamentaba aquella visita de incógnito, emprendida para llevar a cabo la misión imposible del Cuatrojos, cruel propietario de una maleta de cuero.

Mientras movía la cabeza, mi gorra verde o, más bien, la del sastre, cayó al suelo.

Finalmente, los campesinos se marcharon, dejando una montaña de granos de maíz para moler.

Yo estaba abrumado de fatiga, tanto más cuanto que la pequeña gorra, que se había convertido en un aro de hierro que ceñía cada vez más mi cráneo, me producía jaqueca.

El viejo molinero nos condujo al primer piso por una pequeña escalera de mano de

madera, en la que faltaban dos o tres barrotes. Corrió hacia un cesto de mimbre, de donde sacó una calabaza de aguardiente y tres cubiletes.

—Aquí hay menos polvo —nos dijo sonriente—. Bebamos un trago.

En aquella estancia grande y oscura, el suelo estaba casi por completo cubierto de pequeños guijarros que evocaban las «bolitas de jade» de las que el Cuatrojos nos había hablado. Como en la planta baja, no había sillas, ni taburetes, ni los muebles habituales en una vivienda, sólo una gran cama arrimada a una pared forrada con una piel de leopardo o de pantera, negra y tornasolada, de la que colgaba un instrumento de música, una especie de viola de bambú con tres cuerdas.

El viejo molinero nos invitó a sentarnos en aquel único lecho, un lecho que había dejado un doloroso recuerdo y grandes habones rojos en nuestro predecesor, el Cuatrojos.

Lancé una mirada a mi intérprete, que evidentemente tenía tanto miedo de resbalar con los guijarros que estuvo a punto de ponerse en cuclillas.

—¿No prefiere que nos instalemos fuera? —farfulló Luo, que perdía la calma por primera vez—. Aquí está muy oscuro.

—No se preocupe.

El anciano encendió una lámpara de petróleo y la puso en mitad de la cama. Como no había bastante combustible dentro, fue a buscarlo. Regresó enseguida con una calabaza llena de aceite. Derramó la mitad en la lámpara y dejó la calabaza sobre la cama, junto a la que contenía el aguardiente. Encaramados los tres en el lecho, sentados sobre los talones alrededor de la lámpara de petróleo, bebimos un cubilete de aguardiente. A pocos centímetros de mí, la manta estaba enrollada, hecha un amasijo informe en un rincón de la cama, con alguna ropa sucia. Mientras bebía, sentí que los pequeños insectos trepaban, bajo mi pantalón, a lo largo de una de mis piernas. Cuando introduje discretamente mi mano, pese al protocolo que imponía mi estatuto oficial, me sentí de pronto agredido en la otra pierna. Tuve rápidamente la impresión de que aquellos innumerables y adorables animalitos se reunían en mi cuerpo, encantados de cambiar de plato, encantados del nuevo festín que mis venas les ofrecían. La imagen furtiva de la gran marmita pasó ante mis ojos, una marmita donde las ropas del Cuatrojos subían, bajaban, giraban en el agua hirviendo, entre burbujas negras, y acababan cediendo su lugar a mi nueva chaqueta Mao.

El viejo molinero nos dejó solos un momento, atacados por los piojos, y regresó con un plato, un pequeño bol y tres pares de palillos. Los puso junto a la lámpara y volvió a sentarse en la cama.

Ni Luo ni yo habíamos imaginado, ni por un solo segundo, que el viejo se atrevería a hacernos la jugarreta que le había hecho al Cuatrojos. Era demasiado tarde. El plato, frente a nosotros, estaba lleno de pequeños guijarros anodinos, pulidos, en una gama de gris y de verde, y en el bol sólo había un agua límpida, que la luz de la lámpara de petróleo hacía diáfana. En el fondo del bol, algunos gruesos granos cristalizados nos permitieron comprender que se trataba de la salsa de sal. Mis invasores piojos seguían ampliando su campo de acción, habían conseguido penetrar bajo mi gorra y sentía que mis cabellos se erizaban bajo el intolerable picor de mi cuero cabelludo.

—Sírvanse —nos dijo el viejo—. Es mi plato de cada día: bolas de jade con salsa de sal.

Mientras hablaba, tomó unos palillos con los que atrapó un guijarro del plato, lo metió en la salsa con una lentitud casi ritual, se lo llevó a la boca y lo chupó con apetito.

Mantuvo mucho tiempo el guijarro en su boca; lo vi rodar entre sus dientes amarillentos y negruzcos, luego pareció desaparecer por el fondo de su garganta, pero reapareció. El viejo lo escupió por la comisura de los labios y lo mandó lejos de la cama.

Tras unos instantes de duda, Luo tomó los palillos y probó su primera bola de jade, maravillado, lleno de una admiración mezclada con conmiseración. El caballero de Bai Ping que yo era le imitó. La salsa no estaba demasiado salada y el guijarro dejó en mi boca un sabor dulzón, algo amargo.

El viejo no dejaba de escanciar aguardiente en nuestros cubiletes y de pedirnos que «empináramos el codo con él» mientras los guijarros propulsados por nuestras tres bocas, en un movimiento parabólico caían, percutiendo, a veces, sobre los que tapizaban ya el suelo con un ruido claro, seco y alegre.

El viejo estaba muy en forma. Tenía también mucho sentido profesional. Antes de cantar, salió para detener la rueda que con tanta fuerza chirriaba. Luego cerró la ventana para mejorar la acústica. Con el torso desnudo aún, se ajustó el cinturón —un cordel de paja trenzada— y, por fin, descolgó del muro su instrumento de tres cuerdas.

—¿Quieren escuchar viejos estribillos? —nos preguntó.

—Sí, es para una importante revista oficial—le confesó Luo—. Sólo usted puede salvarnos, amigo mío. Necesitamos cosas sinceras, auténticas, con cierto romanticismo revolucionario.

—¿Qué es eso del romanticismo?

Tras reflexionar, Luo posó la mano sobre su pecho, como un testigo que prestara juramento ante el cielo:

—La emoción y el amor.

Los dedos huesudos del anciano recorrieron silenciosamente las cuerdas del instrumento, que sujetaba como una guitarra. Resonó la primera nota y enseguida inició un estribillo con voz apenas audible.

Lo que primero captó nuestra atención fueron los movimientos de su vientre que, durante los primeros segundos, velaron por completo su voz, la melodía y todo lo demás. ¡Qué pasmoso vientre! De hecho, flaco como estaba, no tenía vientre en absoluto, pero su piel arrugada formaba innumerables pliegues minúsculos sobre su abdomen. Cuando cantaba, esos pliegues despertaban, se convertían en pequeñas olitas fluyendo y refluyendo por su vientre desnudo, iluminado, bronceado. El cordel de paja que le servía de cinturón comenzó a ondular locamente. A veces era devorado por el oleaje de su piel arrugada, y no se veía ya; pero cuando se lo creía definitivamente perdido en los movimientos de la marea, emergía de nuevo, digno e implacable. Un cordel mágico.

Muy pronto, la voz del viejo molinero, ronca y profunda a la vez, resonó con mucha fuerza en la estancia. Cantaba, y sus ojos navegaban sin cesar entre el rostro de Luo y el mío, unas veces con amistosa complicidad, otras con una fijeza algo huraña.

He aquí lo que cantó:

Dime:

¿De qué tiene miedo

un viejo piojo?

Tiene miedo del agua que hierve,

del agua que hierve.

*y la joven monja, dime,
¿de qué tiene miedo?
Tiene miedo del viejo monje,
sólo, sólo
del viejo monje.*

Soltamos una gran carcajada, Luo primero y luego yo. Intentamos contenernos, claro, pero la carcajada subía, subía y terminó estallando. El viejo molinero siguió cantando, con una sonrisa más bien orgullosa y oleadas de piel plisada en el vientre. Retorciéndonos de risa, Luo y yo caímos al suelo, sin poder detenernos.

Con lágrimas en los ojos, Luo se levantó para coger una calabaza y llenar nuestros tres cubiletes, mientras el viejo cantor acababa su primer estribillo sincero, auténtico y dotado de romanticismo montañés.

—Brindemos primero por su maldito vientre —propuso Luo.

Con el cubilete en la mano, nuestro cantor nos permitió posar la mano en su abdomen y comenzó a respirar, sin cantar, sólo por el placer del espectacular movimiento de su vientre. Luego brindamos, y cada cual vació de un trago su cubilete. Durante los primeros segundos, nadie reaccionó, ni yo ni ellos. Pero, de pronto, algo subió por mi garganta, algo tan extraño que olvidé mi papel y le pregunté al viejo, en perfecto dialecto sichuanés:

—Pero ¿qué es este matarratas?

Apenas pronunciada mi frase, los tres escupimos lo que teníamos en la boca, casi al mismo tiempo: Luo se había equivocado de calabaza. No nos había servido aguardiente sino el petróleo de la lámpara.

Desde su llegada a la montaña del Fénix del Cielo, era sin duda la primera vez que los labios del Cuatrojos se tensaban en una verdadera sonrisa de felicidad. Hacía calor. En su pequeña nariz cubierta de gotitas de sudor, las gafas resbalaban y, por dos veces, estuvieron a punto de caer y romperse, mientras estaba sumido en la lectura de las dieciocho canciones del viejo molinero que habíamos anotado en papel manchado de salsa salada, aguardiente y petróleo. Luo y yo estábamos tendidos en su cama, sin habernos tomado el trabajo de quitarnos la ropa y el calzado. Habíamos caminado casi toda la noche por la montaña y atravesado un bosque de bambúes donde unos gruñidos de invisibles fieras nos habían acompañado, a lo lejos, hasta el amanecer; de modo que estábamos a dos pasos de morir de agotamiento. De pronto, la sonrisa del Cuatrojos desapareció y su rostro se ensombreció.

—¡Joder! —nos gritó—. Sólo habéis anotado porquerías.

Oyéndole gritar, habríase dicho que era un auténtico comandante, loco de cólera. No me gustó su tono, pero callé. Lo único que esperábamos de él era que nos prestase uno o dos libros, como recompensa por nuestra misión.

—Nos pediste auténticas canciones de montañés —recordó Luo con voz tensa.

—¡Dios mío! Os advertí que quería palabras positivas, preñadas de romanticismo realista.

Mientras hablaba, el Cuatrojos sujetaba las hojas con dos dedos y las agitaba sobre nuestras cabezas; se oía el crujido del papel y su voz de maestro serio.

—¿Por qué será que os sentís atraídos siempre por las guarradas prohibidas?

—No exageres —le dijo Luo.

—¿Que yo exagero? ¿Quieres que le enseñe esto al comité de la comuna? Tu viejo molinero será acusado enseguida de propagar canciones eróticas, puede ir incluso a la cárcel, y no es una broma.

De pronto, lo detesté. Pero no era el momento de estallar, prefería esperar a que cumpliera su promesa de pasarnos algunos libros.

—Vamos, ¿a qué esperas para hacer de soplón? —le preguntó Luo—. Yo adoro a ese viejo, con sus canciones, su voz, los movimientos de su maldito vientre y todas esas palabras. Volveré para llevarle un poco de dinero.

Sentado al borde de la cama, el Cuatrojos puso sus piernas flacas y planas en una mesa, y releyó una o dos hojas.

—¿Cómo habéis podido perder el tiempo anotando estas guarradas! ¡No puedo creérmelo! No sois tan idiotas para imaginar que un arribista oficial puede publicarlas. ¿Cómo va a abrirme esto las puertas de una redacción?

Había cambiado mucho desde que recibió la carta de su madre. Este modo de hablarnos hubiera sido impensable unos días antes. Yo no sabía que una pequeña esperanza en su porvenir podía transformar tanto a un tipo, hasta volverlo completamente loco, arrogante y poner en su voz tanto deseo y tanto odio. Seguía sin hacer la menor alusión a los libros que debía prestarnos. Se levantó, dejó las hojas de papel sobre la cama y fue a la cocina a preparar la comida y cortar verduras. Seguía sin callarse:

—Os aconsejo que recojáis vuestras notas y las arrojéis al fuego enseguida, o que las ocultéis en los bolsillos. No quiero ver ese tipo de guarradas prohibidas en mi casa, en mi cama...

Luo se reunió con él en la cocina:

—Suéltanos uno o dos libros y nos largamos.

—¿Qué libros? —oí que preguntaba el Cuatrojos, mientras seguía cortando coles o nabos.

—Los que nos prometiste.

—¿Me estás tomando el pelo, o qué? Me habéis traído unas sandeces lamentables, que sólo pueden crearme problemas. ¿Y tenéis la cara dura de presentármelo como...?

De pronto, calló y se lanzó hacia la alcoba con el cuchillo en la mano. Recogió las hojas esparcidas por la cama, se acercó a la ventana para aprovechar mejor la luz y volvió a leerlas.

—¡Dios mío! Estoy salvado —gritó—. Me bastará con cambiar un poco el texto, añadir unas palabras, suprimir otras... Mi cabeza funciona mejor que la vuestra. ¡Sin duda soy más inteligente!

Y sin pensarlo nos hizo una demostración de su versión adaptada y trucada, con el primer estribillo:

Dime:

*¿De qué tienen miedo
los pequeños burgueses?
De la ola bullente
del proletariado.*

Dando un fulgurante respingo, me levanté y me arrojé sobre él. Sólo quería arrebatarse las hojas, impulsado por la cólera, pero mi gesto se transformó en un fuerte puñetazo en el rostro, que lo hizo vacilar. La parte posterior de su cabeza golpeó el muro, rebotó, el cuchillo cayó y su nariz comenzó a sangrar. Quise recuperar nuestras hojas, hacerlas pedazos y metérselas en la boca, pero no las solté.

Como hacía tiempo que no me peleaba, tuve un momento de indecisión y no comprendí lo que ocurría. Le vi abrir la boca de par en par, pero no oí su aullido.

Cuando volví en mí, Luo y yo estábamos sentados junto a un sendero, bajo una roca. Luo señaló mi chaqueta Mao, manchada con la sangre del Cuatrojos.

—Pareces un héroe de película de guerra —me dijo—. Ahora, Balzac se ha terminado para nosotros.

Cada vez que me preguntan cómo es la ciudad de Yong Jing, respondo sin excepción con una frase de mi amigo Luo: «Es tan pequeña que si la cantina del ayuntamiento prepara buey encebollado, toda la ciudad olfatea su aroma.»

De hecho, la ciudad tenía una sola calle, de unos doscientos metros, en la que estaban el ayuntamiento, la oficina de correos, una tienda, una librería, un instituto y un restaurante, detrás del cual había un hotel de doce habitaciones. Al salir de allí, agarrado a la ladera de una colina, se hallaba el hospital del distrito.

Aquel verano, el jefe de nuestra aldea nos envió varias veces a la ciudad para asistir a proyecciones de películas. A mi entender, la razón oculta de aquellas liberalidades era la irresistible seducción que sobre él ejercía nuestro pequeño despertador, con su orgulloso gallo de plumas de pavo real, que picaba un grano de arroz cada segundo; aquel ex cultivador de opio, convertido en comunista, se había enamorado de él locamente. El único medio de poseerlo, aunque sólo fuera por poco tiempo, era mandarnos a Yong Jing. Durante los cuatro días que tardábamos en ir y volver, se convertía en dueño del despertador.

A finales del mes de agosto, es decir, un mes antes de la pelea que provocó la congelación de nuestras relaciones diplomáticas con el Cuatrojos, acudimos de nuevo a la ciudad, pero esta vez llevamos con nosotros a la Sastrecilla.

La película, proyectada al aire libre en la cancha de baloncesto del instituto, atestada de espectadores, seguía siendo aquella vieja película norcoreana, *La pequeña florista*, que Luo y yo ya habíamos contado a los aldeanos. La misma película que, en casa de la Sastrecilla, había hecho derramar cálidas lágrimas a las cuatro viejas brujas. Era una mala película. Ni siquiera era preciso verla dos veces para saberlo. Pero aquello no consiguió echar a perder por completo nuestro buen humor. En primer lugar, estábamos contentos de poner, de nuevo, los pies en la ciudad. ¡Ah!, la atmósfera de la ciudad, incluso la de una ciudad apenas mayor que un pañuelo de bolsillo, conseguía, se lo aseguro, que el olor de un plato de buey encebollado no fuera el mismo que en nuestra aldea. Y además, tenía electricidad, no sólo lámparas de petróleo. No quiero decir, sin embargo, que ambos fuéramos obsesos de la ciudad, pero nuestra misión, que consistía en asistir a una proyección, nos ahorra cuatro días de tareas en los campos, cuatro días de transporte de «abono humano y animal» a la espalda, o de labor en el barro de los arrozales, con búfalos cuyas largas colas podían siempre golpearte de lleno el rostro.

Otra razón que nos ponía de buen humor era la compañía de nuestra Sastrecilla. Puesto que llegamos después de que comenzara la proyección, sólo quedaban lugares de pie, detrás de la pantalla, donde todo estaba invertido y todos eran zurdos. Pero ella no quiso perderse el raro espectáculo. Y para nosotros era un regalo contemplar su hermoso rostro brillando con los reflejos coloreados, luminosos, que la pantalla enviaba. A veces, su cara era devorada por la oscuridad, y entonces sólo se veían sus ojos en la negrura, como dos manchas fosforescentes. Pero de pronto, en un cambio de plano, aquella cara se iluminaba, se coloreaba y florecía en el esplendor de su ensueño. De todas las espectadoras, que por lo menos eran dos mil, si no más, ella era sin duda la más hermosa. Una especie de vanidad masculina ascendía de lo más profundo de nosotros mismos, ante las celosas miradas de los demás hombres que nos rodeaban. En plena sesión, tras media hora de película, aproximadamente, la Sastrecilla volvió la cabeza y me susurró al oído algo que me fulminó:

—Es mucho más interesante cuando tú lo cuentas.

El hotel donde nos alojamos era muy barato, cincuenta céntimos por habitación, apenas el precio de un plato de buey encebollado. Dormitando en una silla, en el patio, el guardián nocturno, un anciano calvo al que conocíamos ya, nos indicó con el dedo una habitación cuya luz estaba encendida, diciéndonos en voz baja que una mujer elegante, de unos cuarenta años, la había alquilado para pasar la noche; procedía de la capital de nuestra provincia y se marchaba al día siguiente hacia la montaña del Fénix del Cielo.

—Viene a buscar a su hijo —añadió—. Le ha encontrado un buen puesto en su ciudad.

—¿Está su hijo reeducándose? —le preguntó Luo.

—Sí, como vosotros.

¿Quién podía ser el afortunado, el primer liberado del centenar de jóvenes reeducados de nuestra montaña? La cuestión nos obsesionó durante la mitad de la noche, por lo menos; nos torturó el espíritu, nos mantuvo en una enfebrecida vela, nos corroyó de envidia. Las camas del hotel se habían vuelto abrasadoras, era imposible dormir allí. No conseguíamos adivinar quién era aquel suertudo, aunque habíamos enumerado los nombres de todos los muchachos, a excepción de los de los «hijos de burgués» como el Cuatrojos, o de los «hijos de enemigos del pueblo», como nosotros, es decir, de los que tenían tres sobre mil de posibilidades.

Al día siguiente, en el camino de regreso, encontré a la mujer que había venido a salvar a su hijo. Fue justo antes de que el sendero se elevase por los roquedales y desapareciera en las nubes blancas de las altas montañas. Bajo nuestros pies se extendía una inmensa ladera, cubierta de tumbas tibetanas y chinas. La Sastrecilla había querido mostrarnos dónde estaba enterrado su abuelo materno, pero como no me gustaban mucho los cementerios, los había dejado entrar sin mí en el bosque de losas sepulcrales, algunas de las cuales estaban medio enterradas en el suelo y otras ocultas por lujuriantes hierbas.

A un lado del sendero, bajo una arista rocosa que sobresalía, encendí una hoguera, como de costumbre, con ramas y hojas secas, y saqué de la bolsa unas patatas dulces que metí en las cenizas para que se asaran. Entonces apareció la mujer, sentada en una silla de madera sujeta a la espalda de un joven por dos correas de cuero. Sorprendentemente, en aquella posición tan peligrosa, demostrando una calma casi inhumana, hacía calceta, como la hubiera hecho en su balcón. De estrecho talle, llevaba una chaqueta de pana verde oscu-

ro, un pantalón beige y un par de zapatos de suela plana, piel flexible y un tono verde descolorido. Al llegar a mi altura, el porteador quiso hacer un alto y depositó la silla sobre una roca cuadrada. Ella siguió con su calceta, sin bajar de la silla, sin lanzar ni una sola ojeada a mis patatas asadas ni dirigir la menor frase amable a su porteador. Le pregunté, imitando el acento local, si se había alojado la víspera en el hotel de la ciudad. Ella asintió con un simple movimiento de cabeza y continuó su calceta. Era una mujer elegante, rica sin duda, a la que nada, aparentemente, podía asombrar.

Con una ramita de árbol, pinché una patata dulce del humeante montón y la palmeé, para limpiarla de tierra y cenizas. Decidí cambiar de pronunciación.

—¿Desea probar un asado montañés?

—¡Su acento es de Chengdu! —me gritó, y su voz era dulce y agradable.

Le expliqué que mi familia vivía en Chengdu, de donde yo procedía efectivamente. Bajó enseguida de su silla y, con la calceta en la mano, vino a acuclillarse ante mi hoguera. Sin duda no estaba acostumbrada a sentarse en semejante lugar.

Tomó la patata dulce que yo le tendía y la sopló, con una sonrisa. Dudaba en morlarla.

—¿Qué está haciendo usted aquí? ¿Reeducarse?

—Sí, en la montaña del Fénix del Cielo —le respondí, buscando otra patata entre las brasas.

—¿De verdad? —exclamó—. También a mi hijo lo reeducan en esa montaña. Tal vez lo conozca. Al parecer es el único de ustedes que lleva gafas.

Perdí la patata dulce y mi rama pinchó en el vacío. Mi cabeza comenzó a zumbar de pronto, como si hubiera recibido un bofetón.

—¿Es usted la madre del Cuatrojos?

—Sí.

—¡De modo que él es el primer liberado!

—Oh, ¿está usted al corriente? Sí, trabajará en la redacción de una revista literaria de nuestra provincia.

—Su hijo es un auténtico especialista en canciones montañesas.

—Lo sé. Antes, temíamos que perdiera el tiempo en esta montaña. Pero no. Ha recopilado canciones, las ha adaptado, modificado, y los textos de esos cantos campesinos han gustado enormemente al redactor jefe.

—Ha podido hacer ese trabajo gracias a usted. Le dio muchos libros para que los leyera.

—Sí, claro.

De pronto, calló y clavó en mí una mirada desconfiada.

—¿Libros? Nunca —me dijo con frialdad—. Muchas gracias por la patata.

Era realmente susceptible. Lamenté haberle hablado de los libros viendo cómo devolvía, discretamente, su patata dulce al humeante montón, se levantaba y se disponía a partir.

De pronto, se volvió hacia mí y me hizo la pregunta que yo temía:

—¿Cómo se llama usted? Cuando llegue, le diré a mi hijo que lo he conocido.

—¿Mi nombre? —dije con tímida vacilación—. Me llamo Luo.

Apenas la mentira brotó de mi boca, me lo reproché mucho. Todavía me parece oír a la madre del Cuatrojos exclamando con voz dulce, como si de un viejo amigo se tratara:

—¿Es usted el hijo del gran dentista! ¡Qué sorpresa! ¿Es cierto que su padre cuidó los dientes de nuestro presidente Mao?

—¿Quién se lo ha dicho?

—Mi hijo, en una de sus cartas.

—No lo sé.

—¿Su padre no se lo contó nunca? ¡Qué modestia! Debe de ser un gran, un grandísimo dentista.

—Ahora está encarcelado. Lo consideran un enemigo del pueblo.

—Lo sé. La situación del padre del Cuatrojos no es mejor que la suya. (Bajó la voz y comenzó a susurrar.) Pero no se preocupe demasiado. Ahora está de moda la ignorancia, pero algún día la sociedad necesitará, otra vez, buenos médicos, y el presidente Mao volverá a necesitar a su padre.

—El día que vuelva a ver a mi padre, le transmitiré sus palabras de simpatía.

—No se abandone usted, tampoco. Yo, como puede ver, tejo sin parar ese jersey azul, pero es sólo una apariencia: de hecho, compongo poemas mentalmente, mientras hago calceta.

—¿Me deja usted pasmado! —le dije—. ¿Y qué clase de poemas?

—Secreto profesional, muchacho.

Con una aguja de hacer calceta, pinchó una patata dulce, la peló y se la metió, caliente, en la boca.

—¿Sabe usted que mi hijo le aprecia mucho? Me ha hablado a menudo de usted en sus cartas.

—¿De verdad?

—Sí, al que detesta es a su compañero, el que está en la misma aldea que usted.

Una verdadera revelación. Me felicité por haber adoptado la identidad de Luo.

—Pero ¿por qué? —pregunté, intentando mantener un tono tranquilo.

—Al parecer es un tipo retorcido. Sospecha que mi hijo ha escondido una maleta y, cada vez que va a verlo, la busca por todas partes.

—¿Una maleta con libros?

—No lo sé —dijo de nuevo desconfiada—. Cierta día, como no soportaba ya su actitud, le dio un puñetazo al muchacho y, luego, una paliza. Parece que había sangre por todas partes.

No la desmentí, y estuve a punto de decirle que, en vez de falsificar canciones montañosas, su hijo tendría que haberse dedicado al cine; entonces habría podido perder el tiempo inventando ese tipo de escenas idiotas.

—Aun así, ignoraba que mi hijo fuera tan fuerte para pelearse —prosiguió—. Le escribí para reñirle y decirle que no se metiera nunca más en ese tipo de situaciones peligrosas.

—Mi compañero se sentirá muy deprimido al saber que su hijo nos abandona definitivamente.

—¿Por qué? ¿quería vengarse?

—No, no lo creo. Pero no tendrá ya la esperanza de echar mano a la maleta secreta.

—¡Ah, claro! ¡Qué decepción para el muchacho!

Puesto que su porteador se impacientaba, se despidió de mí tras haberme deseado buena suerte. Subió de nuevo a la silla, reanudó su calceta y desapareció.

Lejos del sendero principal, la tumba del antepasado de nuestra amiga la Sastrecilla estaba encajonada en un rincón que daba al sur, entre las sepulturas de forma redondeada de los pobres, algunas de las cuales ya sólo eran sencillas protuberancias de tierra de desiguales tamaños. Otras se hallaban en mejor estado, con sus losas sepulcrales puestas de través en medio de las altas hierbas medio marchitas. La que honraba la Sastrecilla era muy modesta, al límite de la miseria: era una piedra gris oscuro, vetada de azul, gastada por varios decenios de intemperie, en la que sólo se había inscrito un nombre y dos fechas que resumían una existencia anodina. Acompañada de Luo, puso en ella las flores que había recogido por los alrededores: unos cercis de hojas verdes, brillantes, en forma de corazón; algunos ciclámenes que se doblaban graciosamente; balsaminas, denominadas «hadas fénix», y también orquídeas silvestres, tan raras con sus pétalos de color blanco lechoso, inmaculado, en los que se engastaba un corazón de color amarillo tierno.

—¿Por qué pones esa cara? —me gritó la Sastrecilla.

—Llevo luto por Balzac —les anuncié.

Les resumí mi encuentro con la poetisa disfrazada de calcetera. Ni el vergonzoso robo de las canciones del viejo molinero, ni el adiós a Balzac, ni la inminente partida del Cuatrojos les conmovieron tanto como a mí, más bien al contrario. Pero el papel de hijo de dentista que yo había improvisado les hizo soltar una carcajada que resonó en el cementerio silencioso.

Una vez más, ver reír a la Sastrecilla me fascinó. Era de una belleza distinta a la que me había seducido durante la sesión de cine al aire libre. Cuando se reía, estaba tan bonita que, sin exagerar, yo habría querido casarme enseguida con ella, aunque se tratara de la novia de Luo. En su risa, sentí el aroma de las orquídeas silvestres, más fuerte aún que el de las otras flores depositadas en la tumba; su aliento era almizclado y tórrido.

Luo y yo permanecemos de pie mientras ella se arrodillaba ante la tumba de su antepasado. Se prosternó varias veces y le dirigió palabras consoladoras, en una especie de monólogo murmurado con dulzura.

De pronto, volvió la cabeza hacia nosotros.

—¿Y si robáramos los libros del Cuatrojos?

Por el relato de la Sastrecilla, seguimos casi hora tras hora lo que ocurrió en la aldea del Cuatrojos durante los días que precedieron a su partida, prevista para el 4 de septiembre. Gracias a su oficio de costurera, le bastaba, para estar informada de los acontecimientos, con seleccionar los chismorreos de sus clientes, entre los que había tantos hombres como mujeres, jefes o niños, procedentes de todos los pueblos de los alrededores. Nada podía escapársele.

Para celebrar con gran pompa el final de su reeducación, el Cuatrojos y su madre la poetisa prepararon una fiesta para la víspera de su partida. Corrió el rumor de que la madre había comprado al jefe del pueblo, que había dado su conformidad para que se matara un búfalo y se ofreciera a todos los aldeanos un banquete al aire libre.

Quedaba por saber qué búfalo iba a ser sacrificado y cómo lo matarían, pues la ley prohibía matar los búfalos que servían para labrar los campos.

Aunque éramos los dos únicos amigos del afortunado elegido, no figurábamos en la lista de invitados. No lo lamentábamos, pues habíamos decidido poner en práctica nuestro

plan de dar el golpe durante el banquete, que nos parecía el mejor momento para robar la maleta secreta del Cuatrojos.

En casa de la Sastrecilla, Luo encontró clavos, largos y oxidados, en el fondo de un cajón de la cómoda que constituyó, antaño, la dote de su madre. Fabricamos una ganzúa, como auténticos ladrones. ¡Cómo nos alegraba aquella perspectiva! Froté el clavo más largo con una piedra, hasta que se puso ardiente entre mis dedos. Luego lo limpié en mi pantalón, mugriento de barro, y lo pulí para devolverle su puro y claro brillo. Cuando lo acerqué a mi rostro, me pareció ver que reflejaba mis ojos y el cielo de finales del estío. Luo se encargó de la parte más delicada: con una mano, mantuvo el clavo sobre la piedra y, con la otra, levantó el martillo; éste describió una hermosa curva en el aire, cayó sobre la punta, la aplastó, rebotó, se levantó de nuevo y volvió a caer sobre ella...

Uno o dos días antes de nuestro robo, soñé que Luo me confiaba la ganzúa. Era un día de niebla; me acercaba a la casa del Cuatrojos caminando casi de puntillas. Luo acechaba bajo un árbol. Se escuchaban los gritos y los cantos revolucionarios de los aldeanos que se daban un banquete en un solar vacío, en el centro del pueblo. La puerta del Cuatrojos se componía de dos batientes de madera, cada uno de los cuales giraba en dos agujeros, uno excavado en el umbral y el otro en el dintel de la puerta.. Una cadena sujeta por un candado de cobre cerraba los batientes. El candado, frío, humedecido por la niebla, se resistió durante mucho tiempo a mi ganzúa. Yo la hacía girar en todas direcciones y la forzaba tanto que estuvo a punto de romperse en el agujero de la cerradura. Intenté entonces levantar un batiente, con todas mis fuerzas, para que el eje saliera del agujero del umbral. Pero también fue un fracaso. Probé de nuevo la ganzúa y, de pronto, clic, el candado cedió. Abrí la puerta pero, apenas hube penetrado en la casa, quedé petrificado del horror: la madre del Cuatrojos estaba allí, ante mí, en carne y hueso, sentada en una silla, detrás de una mesa, haciendo tranquilamente calceta. Me sonrió sin decir palabra. Sentí que me ruborizaba y tenía las orejas ardiendo, como un muchacho tímido en su primera cita galante. Ella no pidió socorro ni gritó que le robaban. Farfullé una frase, para preguntarle si estaba su hijo. No contestó, pero siguió sonriéndome; con sus manos de largos dedos huesudos, cubiertos de manchas oscuras y pecas, hacía calceta sin un segundo de reposo. Los movimientos de las agujas, que giraban y giraban, emergían y desaparecían, me deslumbraban. Di media vuelta, volví a cruzar la puerta, cerré despacio a mis espaldas, volví a poner el candado y, aunque ningún grito resonara en el interior, me largué a toda prisa, corriendo como un galgo. Fue entonces cuando desperté sobresaltado.

Luo tenía tanto miedo como yo, aunque me repetía sin cesar que los ladrones novatos siempre tenían suerte. Pensó mucho tiempo en mi sueño y revisó su plan de acción.

El 3 de septiembre a mediodía, la víspera de la partida del Cuatrojos y su madre, los desgarradores gritos de un búfalo agonizante se elevaron del fondo de un acantilado y resonaron a lo lejos. Podían oírse incluso desde la casa de la Sastrecilla. Pocos minutos más tarde, algunos niños vinieron a informarnos de que el jefe de la aldea del Cuatrojos, deliberadamente, había empujado un búfalo a un barranco.

El sacrificio se disfrazó de accidente; según su verdugo, el animal había dado un paso en falso en una curva muy cerrada y había caído al vacío con los cuernos por delante. Con un ruido apagado, como una roca cayendo de un acantilado, había golpeado en su caída un inmenso roquedal que sobresalía y en el que había rebotado para aplastarse contra otra roca, diez metros más abajo.

El búfalo no estaba muerto aún. No olvidaré nunca la profunda impresión que me produjo su grito prolongado y quejoso. Oído desde los patios de las casas, el grito del búfalo suele ser penetrante y desagradable, pero aquella cálida y tranquila tarde, en la extensión sin límites de las montañas, mientras su eco repercutía en las paredes de los acantilados, era imponente, sonoro y parecía el rugido de un león encerrado en una jaula.

Hacia las tres, Luo y yo acudimos al lugar del drama. Los gritos del búfalo habían acabado. Nos abrimos paso entre la multitud reunida al borde del precipicio. Nos dijeron que la autorización de sacrificar al animal, expedida por el director de la comuna, había llegado. Apoyándose en esta cobertura legal, el Cuatrojos y algunos aldeanos, precedidos por su jefe, bajaron hasta el pie del acantilado para clavar un cuchillo en la garganta del animal.

Cuando llegamos, la matanza propiamente dicha había terminado. Lanzamos una ojeada al fondo del barranco, escenario de la ejecución, y vimos al Cuatrojos agachado ante la masa inerte del búfalo, recogiendo la sangre que chorreaba de la herida de la garganta en un ancho sombrero hecho con hojas de bambú.

Mientras seis aldeanos volvían a subir, cantando, por el abrupto acantilado, con los despojos del búfalo a la espalda, el Cuatrojos y su jefe permanecieron abajo, sentado uno junto a otro, cerca del sombrero de hojas de bambú lleno de sangre.

—¿Qué están haciendo allí? —le pregunté a un espectador.

—Esperan a que la sangre cuaje —me respondió—. Es un remedio contra la cobardía. Si quiere usted volverse valeroso, tiene que tragarla cuando está todavía tibia y espumosa.

Luo, que tenía una naturaleza curiosa, me invitó a descender con él un tramo del sendero, para observar la escena más de cerca. De vez en cuando, el Cuatrojos levantaba los ojos hacia la multitud, pero yo ignoraba si había advertido nuestra presencia. Finalmente, el jefe sacó su cuchillo, cuya hoja me pareció larga y puntiaguda. Con la yema de los dedos, acarició suavemente el filo y cortó el bloque de sangre coagulada en dos partes, una para el Cuatrojos y otra para sí mismo.

No sabíamos dónde estaba la madre del Cuatrojos en aquel momento. ¿Qué habría pensado de haber estado allí, a nuestro lado, contemplando cómo su hijo tomaba la sangre en la palma de las manos y hundía en ella el rostro, como un cerdo hozando en un montón de estiércol? Era tan avaro que se chupó uno a uno los dedos, lamiendo la sangre hasta la última gota. En el camino de regreso, advertí que su boca seguía mascando el sabor del remedio.

—Afortunadamente —me dijo Luo—, la Sastrecillo no ha venido con nosotros.

Cayó la noche. En el solar vacío de la aldea del Cuatrojos, la humareda ascendió de la hoguera en la que se había instalado una inmensa marmita, sin duda un patrimonio del poblado, que se distinguía fácilmente por su extravagante anchura.

La escena, vista de lejos, tenía un aire pastoral y cálido. La distancia nos impedía ver la carne del búfalo que, troceada, hervía en la gran marmita, pero su olor, picante, tórrido, algo basto, nos hacía la boca agua. Los aldeanos, sobre todo mujeres y niños, se habían reunido alrededor del fuego. Algunos traían patatas, que arrojaban a la marmita; otros, troncos o ramas de árbol para alimentar el fuego. Poco a poco, alrededor del recipiente fueron amontonándose huevos, espigas de maíz y frutas. La madre del Cuatrojos era la indiscutible estrella de la velada. Era hermosa a su manera. El brillo de su tez, puesto de

relieve por el verde de su chaqueta de pana, contrastaba de un modo singular con la piel oscura y curtida de los aldeanos. Una flor, un alhelí tal vez, estaba prendida en su pecho. Mostraba su calceta a las mujeres de la aldea, y su labor aún inconclusa suscitaba gritos de admiración.

La brisa nocturna seguía acarreado un aroma apetitoso, cada vez más penetrante. El búfalo sacrificado debía de ser muy y muy viejo, pues la cocción de su carne coriácea requirió más tiempo que la de una vieja águila. Puso a prueba no sólo nuestra paciencia de ladrones sino también la del Cuatrojos, recientemente convertido en bebedor de sangre: lo vimos varias veces, excitado como una pulga, levantando la tapa de la marmita, hundiendo en ella sus palillos, sacando un gran pedazo de carne humeante, olfateándola, acercándola a sus gafas para examinarla y devolviéndola al caldo con decepción.

Agazapado en la oscuridad, tras dos rocas que estaban ante el descampado, escuché que Luo murmuraba a mi oído:

—Amigo, ahí llega el postre de la cena de despedida.

Siguiendo su dedo con la mirada, vi que se acercaban cinco viejas mustias, vistiendo largas túnicas negras que chasqueaban al viento de otoño. Pese a la distancia, distinguí sus rostros, que se asemejaban como si fueran los de unas hermanas y cuyos rasgos parecían tallados en madera. Reconocí enseguida, entre ellas, a las cuatro brujas que habían ido a casa de la Sastrecilla.

Su aparición en el banquete de despedida parecía haber sido organizada por la madre del Cuatrojos. Tras una breve discusión, sacó su cartera y entregó a cada una un billete, ante la mirada brillante de codicia de los aldeanos.

Esta vez, no era sólo una de las brujas la que llevaba un arco y flecha, sino que las cinco iban armadas. Tal vez acompañar la partida de un feliz afortunado exigía más medios guerreros que velar por el alma de un enfermo que sufría paludismo. O tal vez la suma que la Sastrecilla había podido pagar por el ritual era muy inferior a la ofrecida por la poetisa, famosa antaño en aquella provincia de cien millones de almas.

Mientras esperaban a que la carne de búfalo estuviera lo bastante cocida para deshacerse en sus desdentadas bocas, una de las cinco viejas examinó las líneas de la mano izquierda del Cuatrojos, a la luz de la gran hoguera.

Aunque nuestro escondite no estuviera muy alejado, nos fue imposible escuchar las palabras que profirió la bruja. La vimos entornar los párpados, tanto que parecía cerrar los ojos, mover sus finos labios, mustios en su desdentada boca, y pronunciar frases que captaron toda la atención del Cuatrojos y de su madre. Cuando dejó de hablar, todo el mundo la miró en un molesto silencio, y luego se levantó un rumor entre los aldeanos.

—Parece que ha anunciado un desastre —me dijo Luo.

—Tal vez le ha vaticinado que su tesoro corre peligro.

—No, más bien habrá visto demonios que querían cerrarle el paso.

Sin duda estaba en lo cierto pues, en el mismo instante, las cinco brujas se levantaron, alzaron al aire sus arcos con un amplio movimiento de brazos y los cruzaron lanzando penetrantes gritos.

Luego iniciaron alrededor de la hoguera una danza de exorcismo. Al comienzo, tal vez a causa de su avanzada edad, se limitaron a girar lentamente en redondo, con la cabeza baja. De vez en cuando, levantaban la cabeza, lanzaban como ladronas temerosas ojeadas en todas direcciones y la bajaban de nuevo. Unos estribillos salmodiados al modo de ora-

ciones budistas, una especie de incomprensibles murmullos brotaron de sus bocas y fueron repetidos por la muchedumbre. Arrojando los arcos al suelo, dos de las brujas comenzaron, de pronto, a sacudir su cuerpo unos breves instantes, y tuve la impresión de que simulaban, con estas convulsiones, la presencia de los demonios. Hubiérase dicho que estaban poseídas por unos espectros que las habían transformado en monstruos horribles y convulsos. Las otras tres, como si fueran guerreros, hacían en su dirección ostentosos gestos de disparo, lanzando gritos que imitaban, exageradamente, el ruido de las flechas. Parecían tres cuervos. Sus túnicas, largas y negras, se desplegaban en la humareda, al compás de la danza, y luego volvían a caer y se arrastraban por el suelo, levantando nubes de polvo.

La danza de los «dos espectros» se hizo cada vez más lenta, como si las invisibles flechas que habían recibido en pleno rostro estuvieran envenenadas; luego, sus pasos se hicieron aún más lentos. Luo y yo nos fuimos justo después de su caída, que fue espectacular.

El banquete debió de comenzar después de nuestra partida. Los coros que acompañaban la danza de las brujas callaron cuando atravesábamos la aldea.

Ni un solo aldeano, tuviera la edad que tuviese, habría querido perderse la carne del búfalo guisada con guindilla picada y clavos. La aldea estaba desierta, exactamente como Luo había previsto (aquel excelente narrador no carecía de inteligencia estratégica). De pronto, mi sueño me volvió a la memoria.

—¿Quieres que yo vigile? —pregunté.

—No —me dijo—. No estamos en tu sueño.

Humedeció entre sus labios el antiguo clavo oxidado, transformado en ganzúa. El objeto entró silenciosamente en el ojo del candado, giró hacia la izquierda, luego hacia la derecha, volvió hacia la izquierda, retrocedió un milímetro... Un clic seco, metálico, resonó en nuestros oídos y la cerradura de cobre acabó cediendo.

Nos deslizamos hacia el interior de la casa del Cuatrojos y cerramos enseguida los batientes de la puerta a nuestras espaldas. No se veía gran cosa en la oscuridad; casi no nos distinguíamos el uno al otro. Pero en la cabaña flotaba un aroma a mudanza que nos corroyó de envidia.

A través de la rendija de los dos batientes, lancé una ojeada al exterior: ni la menor sombra humana en las inmediaciones. Por razones de seguridad, es decir, para evitar que los ojos atentos de un eventual viandante advirtieran la ausencia de candado en la puerta, empujamos los dos batientes hacia fuera, hasta abrirlos lo suficiente para que Luo, como había previsto, pasara una mano hacia fuera, volviera a colocar en su lugar la cadena y la cerrara con el candado.

Sin embargo, olvidamos comprobar la ventana por la que pensábamos salir al finalizar la acción pues quedamos literalmente deslumbrados cuando la linterna eléctrica se encendió en la mano de Luo: colocada sobre el resto del equipaje, la maleta de cuero flexible, nuestro fabuloso botín, apareció en la oscuridad, como si nos aguardara, ardiendo de ganas de que la abrieran.

—¡Premio! —le dije a Luo.

Durante la elaboración de nuestro plan, algunos días antes, habíamos decidido que el éxito de nuestra visita ilegal dependía de una cosa: averiguar dónde ocultaba el Cuatrojos su maleta. ¿Cómo podríamos encontrarla? Luo había pasado revista a todos los indicios

posibles y considerado todas las soluciones imaginables, y había logrado, gracias a Dios, definir un plan cuya acción debía desarrollarse, imperativamente, durante el banquete de despedida. Era en verdad una ocasión única: aunque muy artera, la poetisa, dada su edad, no había podido escapar a su amor por el orden y no había soportado la idea de buscar una maleta la mañana de la partida. Era preciso que todo estuviera listo de antemano, e impecablemente ordenado.

Nos acercamos a la maleta. Estaba atada con una gruesa cuerda de paja trenzada, anudada en cruz. La liberamos de sus ataduras y la abrimos silenciosamente. En el interior, montones de libros se iluminaron bajo nuestra linterna eléctrica y los grandes escritores occidentales nos recibieron con los brazos abiertos: a su cabeza estaba nuestro viejo amigo Balzac, con cinco o seis novelas, seguido de Victor Hugo, Stendhal, Dumas, Flaubert, Baudelaire, Romain Rolland, Rousseau, Tolstoi, Gogol, Dostoievski y algunos ingleses: Dickens, Kipling, Emily Bronte...

¡Qué maravilla! Tenía la sensación de que iba a desvanecerme en las brumas de la embriaguez. Sacaba las novelas de la maleta una a una, las abría, contemplaba los retratos de los autores y se las pasaba a Luo. Al tocarlas con la yema de los dedos, me parecía que mis manos, que se habían vuelto pálidas, estaban en contacto con vidas humanas.

—Esto me recuerda la escena de una película —me dijo Luo—, cuando los bandidos abren una maleta llena de billetes...

—¿Qué sientes? ¿Ganas de llorar de alegría?

—No. Sólo siento odio.

—También yo. Odio a todos los que nos han prohibido estos libros.

La última frase que pronuncié me asustó, como si algún oyente pudiera estar oculto en algún lugar de la estancia. Semejante frase, dicha por descuido, podía costar varios años de cárcel.

—¡Vamos! —dijo Luo cerrando la maleta.

—¡Espera!

—¿Pero qué te pasa?

—Estoy indeciso... Reflexionemos una vez más: el Cuatrojos sin duda sospechará que somos los ladrones de su maleta. Si nos denuncia, estamos jodidos. No olvides que nuestros padres no son como los demás.

—Ya te lo dije, su madre no se lo permitirá. De lo contrario, todo el mundo sabrá que su hijo ocultaba libros prohibidos. Y nunca podrá salir del Fénix del Cielo.

Tras un silencio de algunos segundos, abrí la maleta.

—Si sólo cogemos algunos libros, no lo advertirá.

—Pero quiero leerlos todos —afirmó Luo con determinación.

Cerró la maleta y, poniendo una mano encima, como un cristiano que prestara juramento, me declaró:

—Con estos libros voy a transformar a la Sastrecilla. Ya no será más una simple montañesa.

Nos dirigimos silenciosamente hacia la alcoba. Yo caminaba delante, con la linterna eléctrica, y Luo me seguía con la maleta en la mano. Parecía muy pesada; durante el trayecto, la oí golpear contra las piernas de Luo y chocar con la cama del Cuatrojos y la de su madre que, aunque pequeña e improvisada con tablas de madera, contribuía a que la habitación fuera más exigua aún.

Ante nuestra sorpresa, la ventana había sido clavada. Intentamos empujar, pero sólo dejó escapar un leve chirrido, casi un suspiro, sin ceder ni un centímetro.

La situación no nos pareció catastrófica. Regresamos tranquilamente al comedor, dispuestos a repetir la misma maniobra que antes: separar los dos batientes de la puerta, sacar una mano por la rendija e introducir la ganzúa en el candado de cobre.

De pronto, Luo me susurró:

—¡Shhh!

Asustado, apagué de inmediato la linterna eléctrica.

Un rumor de pasos rápidos en el exterior nos dejó petrificados. Necesitamos un valioso minuto para advertir que venían en nuestra dirección.

En el mismo instante, escuchamos vagamente las voces de dos personas, un hombre y una mujer, pero nos fue imposible descubrir si se trataba del Cuatrojos y su madre. Nos preparamos para lo peor; retrocedimos hacia la cocina y, de paso, encendí un segundo la linterna eléctrica mientras Luo colocaba de nuevo la maleta sobre el equipaje.

Era lo que estábamos temiendo: la madre y el hijo nos caían encima, mientras estábamos en pleno robo. Discutían junto a la puerta.

—Ya lo sé, es que la sangre del búfalo no me ha sentado bien —dijo el hijo—. Hay algo hediondo que me sube del estómago hasta la garganta.

—Por fortuna he traído un medicamento para la digestión —respondió la madre.

Completamente dominados por el pánico, no conseguíamos encontrar un rincón para escondernos en la cocina. Todo estaba tan oscuro que no veíamos nada. Topé con Luo cuando él estaba levantando la tapa de una gran vasija de arroz. Perdía la razón.

—Es demasiado pequeño —susurró.

Un ruido cacofónico de cadena resonó en nuestros oídos; luego, la puerta se abrió justo cuando nos lanzábamos hacia la alcoba, para meternos cada cual bajo una cama.

Entraron en el comedor y encendieron la lámpara de petróleo.

Todo salía al revés. En vez de esconderme bajo la cama del Cuatrojos, yo, que era más grande y más robusto que Luo, estaba atrapado bajo la de su madre, claramente menos espaciosa y, lo que era peor, provista de un orinal, como indicaba un molesto olor fácilmente definible. Un enjambre de moscas revoloteaba a mi alrededor. A tientas, intenté estirarme tanto como me lo permitía el exiguo lugar, pero mi cabeza estuvo a punto de volcar el nauseabundo cubo; oí un ligero chapoteo y el hedor, penetrante y vomitivo, se acentuó. Con instintiva repugnancia, mi cuerpo hizo un movimiento casi violento que produjo un ruido lo bastante audible, insólito y traidor.

—¿No has oído nada, mamá? —preguntó la voz del Cuatrojos.

—No.

Siguió un silencio total que duró casi una eternidad. Yo imaginaba cómo aguzaban el oído, en una inmovilidad teatral, para captar el menor ruido.

—Sólo oigo los gorgoteos de tu vientre —dijo la madre.

—Es la sangre del búfalo, la digiero mal. Me encuentro fatal, no sé si tendré fuerzas para volver a la fiesta.

—Ni hablar, ¡tenemos que ir! —insistió la madre con voz autoritaria—. Aquí están, he encontrado los comprimidos. Toma dos, te calmarán el dolor de estómago.

Oí que el hijo obediente se dirigía a la cocina, sin duda para beber agua. La luz de la lámpara de petróleo se alejó con él. Aunque no veía a Luo en la oscuridad, advertí que se

alegraba tanto como yo de no haberse quedado allí.

Tragados los comprimidos, el Cuatrojos volvió al comedor. Su madre le preguntó:

—¿No habías empaquetado la maleta de libros?

—Sí, lo hice esta misma tarde.

—¿Y cómo es que la cuerda está en el suelo?

¡Cielos! Realmente no hubiéramos debido abrirla. Un sobresalto me recorrió el espinazo, aovillado bajo la cama. Me lo reprochaba. Busqué en vano la mirada de mi cómplice en la oscuridad.

Tal vez la voz tranquila del Cuatrojos fuera el indicio de una emoción violenta.

—Desenterré la maleta, detrás de la casa, cuando cayó la noche. Al entrar, limpié la tierra y las demás porquerías que la cubrían y comprobé escrupulosamente que los libros no estuvieran enmohecidos. Y al final, justo antes de ir a cenar con los aldeanos, la até con esa gruesa cuerda de paja.

—Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Se habrá colado alguien en la casa durante la fiesta?

Con la lámpara de petróleo en la mano, el Cuatrojos corrió hacia la habitación. Bajo la cama de enfrente, vi los ojos de Luo que brillaban por la luz que se acercaba. A Dios gracias, los pies del Cuatrojos se detuvieron en el umbral.

—No es posible. La ventana sigue clavada y en la puerta está el candado —le dijo a su madre, volviéndose.

—Creo que, de todos modos, deberías echar una ojeada a la maleta para ver si faltan libros. Tus dos antiguos compañeros me dan miedo. No sé cuántas veces te lo escribí: no debiste tratar con esos tipos, eran demasiado maliciosos para ti, pero no me escuchaste.

Oí que la maleta se abría y la voz del Cuatrojos respondía:

—Me hice amigo de ellos porque pensé que papá y tú teníais problemas de dentadura y que, algún día, tal vez el padre de Luo podría seros útil.

—¿Es cierto?

—Sí, mamá.

—Eres un cielo, hijo mío —La voz de la madre se hizo sentimental—. Incluso en una situación tan adversa pensaste en nuestras muelas.

—Mamá, lo he comprobado: no ha desaparecido ningún libro.

—Mejor así, era una falsa alarma. Bueno, vámonos.

—Espera, pásame la cola del búfalo, la meteré en la maleta.

Minutos más tarde, mientras ataba la maleta, oí que el Cuatrojos gritaba:

—¡Mierda!

—Ya sabes que no me gustan las palabrotas, hijo mío.

—¡Tengo diarrea! —anunció el Cuatrojos con voz doliente.

—Utiliza el orinal, en la habitación.

Para nuestro alivio, oímos que el Cuatrojos corría hacia el exterior.

—¿Adónde vas? —gritó la madre.

—Al campo de maíz.

—¿Llevas papel?

—No —respondió la voz del hijo alejándose.

—¡Te traeré el necesario! —gritó la madre.

Qué suerte la nuestra que el futuro poeta tuviera la manía de descargar su vientre al aire libre. Puedo imaginar la escena horrorosa y humillante con la que nos habría mortifi-

cado de haber corrido a la habitación, cogido a toda velocidad el cubo higiénico bajo la cama, haberse sentado encima y evacuado la sangre del búfalo ante nuestras narices, con un estruendo tan ensordecedor como la caída de una impetuosa cascada.

En cuanto la madre salió corriendo, oí que Luo murmuraba en la oscuridad:

—¡Venga! ¡Nos largamos!

Al pasar por el comedor, Luo cogió la maleta de libros, y tras una hora de loca carrera por el sendero, cuando decidimos por fin hacer un alto, la abrió. La cola del búfalo, negra, de punta peluda y salpicada de oscuras manchas de sangre, destacaba sobre los montones de libros. Era de excepcional longitud: sin duda era la del búfalo que había roto las gafas del Cuatrojos.

TERCERA PARTE

Muchos años más tarde, una imagen del período de nuestra reeducación sigue grabada en mi memoria con excepcional precisión: ante la impasible mirada del cuervo de pico rojo, Luo, con un cuévano a la espalda, avanzaba a cuatro patas por un pasaje de unos treinta centímetros de ancho flanqueado a cada lado por un profundo precipicio. En su anodino cuévano de bambú, sucio pero sólido, había escondido un libro de Balzac, Papá Goriot, cuyo título en chino era El viejo Go; iba a leérselo a la Sastrecilla, que todavía era sólo una montañesa, hermosa pero inculta.

Durante todo el mes de septiembre, tras el éxito de nuestro robo, fuimos tentados, invadidos, conquistados por el misterio del mundo exterior, sobre todo el de la mujer, el del amor, el del sexo, que los escritores occidentales nos revelaban día tras día, página tras página, libro tras libro. El Cuatrojos no sólo se había marchado sin atreverse a denunciarnos sino que, por fortuna, el jefe de nuestra aldea había ido a la ciudad de Yong Jing para asistir a un congreso de los comunistas del distrito. Aprovechando estas vacaciones del poder político y la discreta anarquía que reinaba momentáneamente en la aldea, nos negamos a ir a trabajar a los campos, algo que a los aldeanos, ex cultivadores de opio reconvertidos en custodios de nuestras almas, les importó un pimiento. Me pasaba así los días, la puerta más herméticamente cerrada que nunca, con las novelas occidentales. Dejaba de lado los Balzac, pasión exclusiva de Luo, y me enamoraba sucesivamente, con la frivolidad y la seriedad de mis diecinueve años, de Flaubert, de Gogol, de Melville e, incluso, de Romain Rolland.

Hablemos de éste. La maleta del Cuatrojos sólo contenía uno de sus libros, el primero de los cuatro volúmenes de *Jean—Christophe*. Puesto que se trataba de la vida de un músico, y yo mismo era capaz de tocar al violín piezas como *Mozart piensa en el presidente Mao*, me sentí tentado a hojearlo, al modo de un coqueteo sin consecuencias, tanto más cuanto que había sido traducido por Fu Lei, el traductor de Balzac. Pero en cuanto lo abrí, ya no pude soltarlo. Mis libros preferidos eran, normalmente, las colecciones de cuentos, que narran una historia bien compuesta, con ideas brillantes, a veces divertidas o que te dejan sin aliento, historias que te acompañan toda la vida. Por lo que a las novelas largas se refiere, salvo por algunas excepciones, me mostraba bastante desconfiado. Pero *Jean—Christophe*, con su empecinado individualismo, sin mezquindad alguna, fue para mí una saludable revelación. Sin él, nunca hubiera conseguido comprender el esplendor y la

amplitud del individualismo. Hasta aquel encuentro robado con *Jean—Christophe*, mi pobre cabeza educada y reeducada ignoraba, sencillamente, que fuera posible luchar en solitario contra el mundo entero. El coqueteo se transformó en un gran amor. Ni siquiera el énfasis excesivo en el que había caído el autor me parecía perjudicial para la belleza de la obra. Me zambullí literalmente en el poderoso río de aquellos centenares de páginas. Era para mí el libro soñado: al acabar de leerlo, ni la maldita vida ni el maldito mundo volvían a ser como antes.

Mi adoración por *Jean—Christophe* fue tal que, por primera vez en mi vida, quise poseerlo solo, y no ya como un patrimonio común, de Luo y mío.

En una página en blanco, detrás de la cubierta, redacté una dedicatoria según la cual era un regalo para mi futuro vigésimo aniversario, y pedí a Luo que la firmara. Me dijo que se sentía halagado, pues la ocasión era tan rara que se convertía en histórica. Caligrafió su nombre con un solo trazo de pincel suelto, generoso y fogoso, reuniendo los tres caracteres en una hermosa curva que ocupaba casi la mitad de la página. Por mi parte, le dediqué las tres novelas de Balzac, *Papá Goriot*, *Eugenia Grandet* y *Úrsula Mirouët*, como regalo de Año Nuevo, para el que faltaban varios meses aún. Bajo la dedicatoria, dibujé los tres objetos que representaban sendos caracteres chinos que componen mi nombre. Para el primero esboqué un caballo al galope, relinchando, con las suntuosas crines flotando al viento. Para el segundo, una espada larga y puntiaguda, con la empuñadura de hueso finamente labrada, engastada de diamantes. Por lo que al tercero se refiere, dibujé un pequeño cencerro, a cuyo alrededor añadí numerosos trazos en forma de ondas, como si se hubiera movido y sonado para pedir socorro. Estuve tan contento con aquella firma que casi derramé encima algunas gotas de mi sangre, para sacralizarla.

A mediados de mes, una violenta tormenta se desencadenó durante toda una noche en la montaña. Llovió a cántaros. Sin embargo, a la mañana siguiente, con las primeras luces del alba, Luo, fiel a su ambición de hacer que una muchacha hermosa fuese culta, partió con *Papá Goriot* en su cuévano de bambú, y, como un caballero solitario sin caballo, desapareció por el sendero envuelto en la bruma matutina hacia la aldea de la Sastrecilla.

Para no violar el tabú colectivo impuesto por el poder político, al anochecer recorrió en sentido inverso el camino y regresó prudentemente a nuestra casa sobre pilotes. Aquella noche me contó que, tanto al ir como al volver, había tenido que atravesar un paso estrecho y peligroso, formado por un inmenso desprendimiento de tierra, producto de los estragos de la tormenta.

—La Sastrecilla y tú, sin duda, os atreveríais a correr por allí. Pero yo, aunque avanzo a cuatro patas, tiemblo de los pies a la cabeza —me confesó.

—¿Y es muy largo?

—Cuarenta metros por lo menos.

Para mí resultó siempre un misterio: Luo nunca tenía problemas con nada, salvo con la altura. Era un intelectual que en su vida había trepado a un árbol. Recuerdo todavía aquella lejana tarde, cinco o seis años antes, durante la cual se nos ocurrió subir por la escalera de hierro oxidado de un depósito de agua. Al comenzar, se arañó las palmas de las manos con la herrumbre y sangró un poco. Llegado a quince metros de altura, me dijo: «Tengo la impresión de que los barrotes de la escalera van a ceder bajo mis pies, a cada paso.» La mano herida le dolía, y eso alimentaba su angustia. Acabó renunciando y me

dejó subir solo; desde lo alto de la torre, le envié un escupitajo burlón que desapareció inmediatamente en el viento. Los años pasaron, pero su miedo a la altura perduró. En la montaña, como él decía, la Sastrecilla y yo corríamos por los acantilados sin vacilación alguna, pero una vez llegados al otro lado teníamos, a menudo, que esperar a Luo un buen rato, porque éste nunca se atrevía a pasar de pie y avanzaba a gatas.

Cierto día, por cambiar de aires, lo acompañé, en su peregrinación a la belleza, hasta la aldea de la Sastrecilla.

En el peligroso paso del que Luo me había hablado, la brisa matinal se convirtió en un vendaval que soplaba en la montaña. A la primera ojeada comprendí hasta qué punto Luo se había superado al tomar aquel camino. Yo mismo, cuando puse los pies en él, temblé de miedo.

Una piedra se desprendió bajo mi bota izquierda y, casi al mismo tiempo, la derecha hizo caer algunos terrones que desaparecieron en el vacío. Tuvimos que esperar mucho tiempo antes de escuchar el ruido del impacto, que resonó con un lejano eco en el precipicio.

De pie en aquel paso de unos treinta centímetros de ancho, con un abismo a cada lado, nunca hubiera debido mirar hacia abajo: a la derecha había una pared rocosa, recortada, pelada, de una vertiginosa profundidad, en la que las frondas de los árboles no eran ya verdes sino de un gris blanquecino, vago y brumoso. Mis oídos comenzaron de pronto a zumbar cuando hundí la mirada en el abismo de la izquierda: la tierra se había corrido de modo tan violento como espectacular, formando un precipicio vertical de unos cincuenta metros.

Por fortuna, aquel paso tan peligroso sólo tenía unos treinta metros de largo. Al otro extremo, encaramado en una roca, había un cuervo de pico rojo, con la cabeza horriblemente hundida en el cuello.

—¿Quieres que lleve el cuévano? —pregunté con aire desenvuelto a Luo, que se había quedado de pie al comienzo del paso.

—Sí, cógelo.

Cuando me lo puse a la espalda, sopló una agresiva ráfaga de viento, los zumbidos de mis oídos se intensificaron y, en cuanto agité la cabeza, el movimiento me produjo un vértigo tolerable, agradable casi. Di unos pocos pasos, volví la cabeza y vi que Luo seguía en el mismo lugar, su silueta vacilando levemente ante mis ojos, como un árbol al viento.

Mirando hacia delante, avancé metro tras metro, como un funámbulo. Pero en mitad del camino, los roquedales de la montaña de enfrente, donde estaba el cuervo de pico rojo, se inclinaron violentamente hacia la derecha y hacia la izquierda, como en un terremoto. Inmediatamente, por instinto, me agaché, y el vértigo sólo cesó cuando mis dos manos consiguieron tocar el suelo. El sudor me corría por la espalda, el pecho y la frente. Con una mano, me enjuagué las sienes; ¡qué frío era aquel sudor!

Volví la cabeza hacia Luo, que me gritó algo. Yo tenía los oídos casi tapados, de modo que su voz sólo fue para mí un zumbido más. Con los ojos al frente para no mirar hacia abajo, vi, en la deslumbrante luz del sol, la silueta negra del cuervo que giraba sobre mi cráneo, aleteando lentamente.

«¿Qué está pasando?», me dije.

En aquel momento, atrapado en mitad del paso, me pregunté qué diría el viejo Jean—Christophe si yo daba media vuelta. Con su autoritaria batuta de director de orquesta,

me mostraría la dirección a seguir: pensé que no le habría avergonzado retroceder ante la muerte. Yo no iba a morir, a fin de cuentas, sin haber conocido el amor, el sexo, la lucha individual contra el mundo entero, como la que él había librado.

Se apoderaron de mí las ganas de vivir. Me di la vuelta, de rodillas aún, y volví poco a poco hacia el comienzo del paso. Sin mis dos manos, que se agarraban al suelo, habría perdido el equilibrio y me habría estrellado en el fondo del precipicio. De pronto, pensé en Luo. También él había debido de conocer un desfallecimiento semejante, antes de conseguir llegar al otro lado.

Cuanto más me acercaba a él, más clara me resultaba su voz. Advertí que su rostro estaba terriblemente pálido, como si tuviera aún más miedo que yo. Gritó que me sentara en el suelo y avanzara a horcajadas. Seguí su consejo y, en efecto, la nueva posición, aunque más humillante, me permitió llegar hasta él con toda seguridad. Llegado al extremo del paso, me levanté y le devolví su cuévano.

—¿Te pasa esto cada día? —le pregunté.

—No, sólo al principio.

—¿Y está siempre ahí?

—¿Quién?

—Él.

Con el dedo, le mostré el cuervo de pico rojo que se había posado en mitad del paso, donde yo me había detenido hacía un rato.

—Sí, esta ahí cada mañana. Diríase que tiene cita conmigo —dijo Luo—. Pero al anoecer, cuando regreso, nunca lo veo.

Como yo me negué a hacer el ridículo de nuevo con aquel número de funambulismo, Luo se puso el cuévano a la espalda y se inclinó tranquilamente, hasta que sus dos manos tocaron el suelo. Adelantó los brazos, gateando firmemente, y sus piernas siguieron, con armonía. A cada paso, sus pies casi tocaban sus manos. Tras algunos metros se detuvo y, como si me dirigiera un malicioso saludo, meneó las nalgas en un auténtico gesto de mono trepando, a cuatro patas, por la rama de un árbol. El cuervo de pico rojo emprendió el vuelo y taladró el aire batiendo lentamente sus inmensas alas.

Admirado, acompañé a Luo con la mirada hasta el extremo del paso, al que apodé «el purgatorio»; luego, desapareció detrás de las rocas. Me pregunté de pronto, no sin aprensión, adónde iba a llevarle su historia de Balzac con la Sastrecilla, y cómo terminaría. La desaparición del gran pájaro negro hacía que el silencio de la montaña fuera más inquietante aún.

La noche siguiente desperté sobresaltado.

Necesité varios minutos para volver a la realidad, tranquilizadora y familiar. Escuché en la oscuridad la respiración acompasada de Luo, tendido en el lecho de enfrente. A tientas, encontré un cigarrillo y lo encendí. Poco a poco, la presencia de la cerda que golpeaba con su hocico la cerca de la pocilga, bajo nuestra casa sobre pilotes, me devolvió la calma y recordé, como si fuera una película acelerada, el sueño que acababa de asustarme.

A lo lejos, veía a Luo caminando con una muchacha por el paso estrecho, vertiginoso, flanqueado a cada lado por un precipicio. Al principio, la muchacha que caminaba por delante era la hija del celador del hospital donde trabajaban nuestros padres. Una muchacha de nuestra clase, modesta, común, cuya existencia había olvidado hacía años. Pero

cuando intentaba encontrar la causa de su inesperada aparición junto a Luo, en aquella montaña, se transformó en la Sastrecilla, viva, divertida, ceñida por una camiseta blanca y unos pantalones negros. No caminaba sino que corría por el paso, muy lanzada, mientras su joven amante, Luo, la seguía lentamente, a cuatro patas. Ni el uno ni la otra llevaban el cuévano a la espalda. La Sastrecilla no llevaba su larga y habitual trenza y, en su carrera, la melena le caía libremente por los hombros y flotaba al viento, como un ala. Busqué en balde con la mirada el cuervo de pico rojo y, cuando mis ojos se posaron de nuevo en mis amigos, la Sastrecilla había desaparecido. Ya sólo quedaba Luo, no a horcajadas sino de rodillas en mitad del paso, con los ojos clavados en el abismo de la derecha. Pareció gritarme algo, vuelto hacia el fondo del precipicio, pero no oí nada. Me lancé hacia él, sin saber de dónde me venía el valor de correr por aquel paso. Al acercarme comprendí que la Sastrecilla había caído por el acantilado. A pesar de que el terreno era prácticamente inaccesible, descendimos resbalando en vertical, a lo largo de la pared rocosa... Encontramos su cuerpo en el fondo, acurrucado contra una roca donde su cabeza, plegada sobre el vientre, había estallado. La parte trasera del cráneo presentaba dos grandes fisuras en las que la sangre coagulada había formado ya costras. Una de ellas se alargaba hasta la bien dibujada frente. Su boca abierta dejaba ver las encías rosadas y los prietos dientes, como si hubiera querido gritar, pero permanecía muda, y sólo exhalaba el olor de la sangre. Cuando Luo la tomó en sus brazos, la sangre le brotó a la vez de la boca, del orificio izquierdo de la nariz y de una de las orejas; corrió por los brazos de Luo y cayó, gota a gota, al suelo.

Cuando se la conté, la pesadilla no impresionó a Luo.

—Olvidalo—me dijo—. Yo también he tenido bastantes sueños de este tipo.

—¿No le dirás a tu novia que no pase más por este camino? —le pregunté mientras él buscaba su chaqueta y su cuévano de bambú.

—¡Estás loco! Ella también quiere venir, de vez en cuando, a nuestro pueblo.

—Será por muy poco tiempo, hasta que el jodido paso esté reparado.

—De acuerdo, se lo diré.

Parecía tener prisa. Yo casi sentía celos de su cita con el horrendo cuervo de pico rojo.

—No vayas a contarle mi sueño.

—Descuida.

El regreso del jefe de nuestra aldea puso fin momentáneamente a la peregrinación a la belleza que mi amigo Luo había realizado, celosamente, cada día.

El congreso del Partido y un mes de vida ciudadana parecían no haber procurado placer alguno a nuestro jefe. Tenía el aspecto de estar de luto, la mejilla hinchada y el rostro deformado por la cólera contra un médico revolucionario del hospital del distrito: «Ese hijo de puta, un capullo de médico "descalzo", me arrancó una muela buena y dejó la mala, que estaba a su lado.» Estaba tanto más furioso cuanto que la hemorragia provocada por la extracción de su muela sana le impedía hablar, vociferar aquel escándalo, y lo condenaba a murmurarlo con palabras apenas audibles. Mostraba a todos los que se interesaban por su desgracia el vestigio de la operación: un colmillo ennegrecido, largo y puntiagudo, con una raíz amarillenta, que conservaba preciosamente envuelto en un pedazo de satén rojo y sedoso, que había comprado en la feria de Yong Jing. Como se irritaba ante la menor des-

obediencia, Luo y yo nos vimos obligados a ir a trabajar cada mañana, a los campos de maíz o los arrozales. Dejamos incluso de manipular nuestro pequeño despertador mágico.

Cierta noche, cuando el dolor de muelas le hacía sufrir, el jefe desembarcó en nuestra casa mientras preparábamos la cena en el comedor. Sacó un pequeño pedazo de metal, envuelto en el mismo satén rojo que su muela.

—Es estaño de verdad; me lo vendió un mercader ambulante —nos dijo—. Si lo ponéis al fuego, se fundirá en un cuarto de hora.

Ni Luo ni yo reaccionamos. Nos dominaban las ganas de reír ante su rostro, hinchado hasta las orejas, como en una mala película cómica.

—Mi buen Luo —dijo el jefe en un tono más sincero que nunca—, sin duda lo viste hacer a tu padre miles de veces: cuando el estaño se ha fundido, parece que basta con poner un poco en la muela podrida para que eso mate los gusanos que están dentro, debes de saberlo mejor que yo. Eres hijo de un dentista conocido, cuento contigo para reparar mi muela.

—¿De verdad quiere que le ponga estaño en la muela?

—Sí. y si deja de dolerme, te daré un mes de descanso.

Luo, que resistía la tentación, lo puso en guardia:

—El estaño no funcionará —dijo—. Y además, mi padre tenía aparatos modernos. Primero perforaba la muela con una pequeña fresa eléctrica, antes de poner nada dentro.

Perplejo, el jefe se levantó y se fue mascullando:

—Es cierto, vi cómo lo hacían en el hospital del distrito. El capullo que me arrancó la muela buena tenía una gran aguja que giraba, con un ruido de motor.

Días más tarde, nos libramos del sufrimiento del jefe gracias a la llegada del sastre, el padre de nuestra amiga, con su rutilante máquina de coser, que reflejaba la luz del sol matinal sobre el torso desnudo de un porteador.

Ignorábamos si adoptaba aires de hombre muy ocupado, con la agenda repleta, o si sencillamente era incapaz de organizar su tiempo con rigor, pero había retrasado ya varias veces su consabida cita anual con los campesinos de nuestra aldea. Para ellos, pocas semanas antes del Año Nuevo, era un verdadero gozo ver aparecer la pequeña silueta delgaducha y su máquina de coser.

Como de costumbre, hacía el recorrido por las aldeas sin su hija. Cuando lo encontramos, algunos meses antes, por un sendero estrecho y resbaladizo, iba sentado en una silla de mano debido a la lluvia y al barro. Pero aquel día soleado llegó a pie, con una juvenil energía que su avanzada edad no había mellado aún. Llevaba una gorra de un verde desteñido, sin duda la que yo había tomado prestada en nuestra visita al viejo molinero del acantilado de los Mil Metros, una ancha chaqueta azul que se abría sobre una camisa de lino beige, con los tradicionales botones de algodón y un cinturón negro de verdadero cuero que brillaba.

La aldea entera salió a recibirlo. Los gritos de los niños que corrían tras él, las risas de las mujeres que sacaban sus telas, listas desde hacía meses, la explosión de algunos petardos, los gruñidos de los cerdos, todo creaba una atmósfera de fiesta. Cada familia lo invitó a instalarse en su casa, con la esperanza de que la eligiera como primer cliente. Pero, para gran sorpresa de todo el mundo, el viejo declaró:

—Me instalaré en casa de los jóvenes amigos de mi hija.

Nos preguntamos cuáles eran los motivos ocultos de aquella decisión. Según nues-

tro análisis, el anciano sastre podía estar intentando establecer contacto directo con su yerno potencial; de cualquier modo, en nuestra casa sobre pilotes transformada en taller de costura, nos proporcionó la ocasión de iniciarnos en la intimidad femenina, en esa faceta de la naturaleza de las mujeres que hasta entonces desconocíamos.

Fue un festival casi anárquico en el que las mujeres de todas las edades, hermosas o feas, ricas o pobres, rivalizaron a golpe de tejido, de encaje, de cinta, de botón, de hilo de coser y de ideas de vestidos con los que habían soñado. Durante las sesiones de prueba, Luo y yo nos sentíamos sofocados por su agitación, su impaciencia, el deseo casi físico que estallaba en ellas. Ningún régimen político, ninguna dificultad económica podía privarlas de ir bien vestidas, un deseo tan antiguo como el mundo, tan antiguo como el instinto maternal.

Al anochecer, los huevos, la carne, las verduras, los frutos que los aldeanos habían entregado al viejo sastre se amontonaban como ofrendas para un ritual, en un rincón del comedor. Algunos hombres, solos o en pequeños grupos, se mezclaban entre la aglomeración de mujeres. Algunos, más tímidos, se sentaban en el suelo alrededor del fuego, con los pies desnudos y la cabeza gacha, y sólo con mucha discreción se atrevían a levantar los ojos hacia las muchachas. Se cortaban las uñas de los pies, duras como piedras, con la afilada hoja de sus hachuelas. Otros, más experimentados, más agresivos, bromeaban sin pudor y lanzaban a las mujeres sugerencias más o menos obscenas. Era necesaria toda la autoridad del viejo sastre, agotado, irritable, para conseguir echarlos fuera.

Tras una cena a tres, más bien rápida, tranquila y cortés, durante la que nos reímos de nuestro primer encuentro en el sendero, me ofrecí a tocar algún fragmento al violín para nuestro invitado, antes de irnos a la cama. Pero el sastre, con los párpados entornados, lo rechazó.

—Mejor contadme alguna historia —nos pidió con un largo y arrastrado bostezo—. Mi hija me ha dicho que sois dos narradores formidables. Por eso me he alojado en vuestra casa.

Alertado sin duda por la fatiga que mostraba el modisto de la montaña, o tal vez por modestia ante su futuro suegro, Luo me propuso que aceptara el desafío.

—Hazlo —me alentó—. Cuéntanos algo que yo no conozca todavía.

Acepté, algo vacilante, desempeñar el papel del narrador de medianoche. Antes de comenzar, tomé de todos modos la precaución de invitar a mis oyentes a lavarse los pies con agua caliente y a tenderse en una cama, para evitar que se durmieran sentados durante mi relato. Sacamos dos mantas limpias y gruesas, instalamos cómodamente a nuestro invitado en la cama de Luo y nos apretujamos ambos en la mía. Cuando todo estuvo listo, cuando los bostezos del sastre se hicieron cada vez más cansados y ruidosos, apagué la lámpara de petróleo por razones económicas y aguardé, con la cabeza en la almohada y los ojos cerrados, a que la primera frase de una historia brotara de mi boca.

Ciertamente habría elegido contar una película china, norcoreana o, incluso, albanesa, si no hubiera probado aún la fruta prohibida, la maleta secreta del Cuatrojos. Pero ahora estas películas del realismo proletario más agresivo, que fueron antaño mi educación cultural, me parecían tan alejadas de los deseos humanos, del verdadero sufrimiento y, sobre todo, de la vida, que no veía interés alguno en tomarme el trabajo de contarlas a una hora tan tardía. De pronto, una novela que acababa de terminar me vino a la memoria. Estaba seguro de que Luo no la conocía aún, puesto que sólo se apasionaba por Balzac.

Me incorporé, me senté al borde de la cama y me preparé para pronunciar la primera frase, la más difícil, la más delicada; quería algo sobrio.

—Estamos en Marsella, en 1815.

Mi voz resonó en la estancia, oscura como boca de lobo.

—¿Dónde está Marsella? —interrumpió el sastre con voz somnolienta.

—En la otra punta del mundo. Es un gran puerto de Francia.

—¿Y por qué quieres que vayamos tan lejos?

—Quería contarles la historia de un marinero francés. Pero si no le interesa, mejor será que durmamos. ¡Hasta mañana!

En la oscuridad, Luo se acercó a mí y me susurró suavemente:

—¡Bravo, amigo!

Uno o dos minutos más tarde, escuché de nuevo la voz del sastre:

—¿Cómo se llama tu marinero?

—Al comienzo, Edmond Dantes, luego se convierte en el conde de Montecristo.

—¿Cristo?

—Es otro de los nombres de Jesús, que significa el mesías o el salvador.

Así comencé el relato de Dumas. Por fortuna, de vez en cuando, Luo me interrumpía para hacer en voz baja comentarios sencillos e inteligentes; se mostraba cada vez más atraído por la historia, lo que me permitió concentrarme de nuevo y librarme de la turbación que el sastre me había causado. Éste, sin duda superado por todos aquellos nombres franceses, aquellos lugares lejanos y por su dura jornada de trabajo, no dijo ni una sola palabra desde que comencé la historia. Parecía sumido en un sueño plúmbeo.

Poco a poco, la eficacia del maestro Dumas prevaleció y olvidé por completo a nuestro invitado; contaba, contaba y seguía contando... Mis frases se volvían más precisas, más concretas, más densas. Conseguí, con cierto esfuerzo, mantener el tono sobrio de la primera frase. No era cosa fácil. Al contar la historia, me sorprendió, incluso agradablemente, percibir con total claridad el mecanismo del relato, el emplazamiento del tema de la venganza, los hilos preparados por el novelista que, más tarde, se divertiría tirando de ellos con mano firme, hábil, audaz a menudo; era como contemplar un gran árbol arrancado, extendiendo por el suelo la nobleza de su tronco, la anchura de sus ramas, la desnudez de sus gruesas raíces.

Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido. ¿Una hora? ¿Dos? ¿Más aún? Pero cuando nuestro héroe, el marinero francés, es encarcelado en un calabozo donde se pudriría durante veinte años, la fatiga, excesiva sin duda, me obligó a detener el relato.

—Ahora —susurró Luo—, lo haces mejor que yo. Tendrías que haber sido escritor.

Embriagado por el cumplimiento de un narrador superdotado, dejé que el sopor se apoderara rápidamente de mí. De pronto, oí la voz del viejo sastre mascullando en la oscuridad.

—¿Por qué te detienes?

—¡Caramba! —exclamé—. ¿No duerme usted aún?

—Claro que no. Te he estado escuchando. Tu historia me gusta.

—Ahora tengo sueño.

—Intenta proseguir un poco más, por favor —insistió el viejo sastre.

—Sólo un poco —le dije—. ¿Recuerda usted dónde me he quedado?

—Cuando penetra en el calabozo de un castillo, en medio del mar...

Sorprendido por la precisión de mi oyente, a pesar de su avanzada edad, proseguí la historia de nuestro marinero francés... Cada media hora me detenía, a menudo en un momento crucial, no por la fatiga sino por la inocente coquetería del narrador. Hacía que me suplicaran y volvía a contar de nuevo. Cuando el abate, encerrado en el miserable calabozo de Edmond, le reveló el secreto del inmenso tesoro oculto en la isla de Montecristo y lo ayudó a evadirse, la luz del alba entró en nuestra alcoba por las grietas de los muros, acompañada por el gorjeo matinal de las alondras, las tórtolas y los pinzones.

Aquella noche en blanco nos agotó a todos. El modisto se vio obligado a ofrecer a la aldea una pequeña suma de dinero para que el jefe nos permitiera permanecer en casa.

—Descansa bien —me dijo el viejo guiñándome el ojo—. Y prepara mi cita de esta noche con el marinero francés.

Ciertamente fue la historia más larga que he contado en mi vida: duró nueve noches enteras. Nunca he comprendido de dónde procedía la resistencia física del viejo sastre, que al día siguiente trabajaba toda la jornada. Inevitablemente, algunas fantasías, discretas y espontáneas, debidas a la influencia del novelista francés, comenzaron a aparecer en los vestidos nuevos de los aldeanos, sobre todo elementos marineros. El propio Dumas habría sido el primer sorprendido si hubiese visto a nuestras montañesas ceñidas en una especie de guerreras de hombros caídos y con un gran cuello, cuadrado por detrás y puntiagudo por delante, que chasqueaba al viento. Casi olían a Mediterráneo. Los pantalones azules de los marinos, mencionados por Dumas y realizados por su discípulo el viejo sastre, habían conquistado el corazón de las muchachas, con sus anchas y flotantes perneras de las que parecía emanar el perfume de la Costa Azul. Nos hizo dibujar un ancla de cinco puntas que se convirtió en el motivo más solicitado de la moda femenina de aquellos años, en la montaña del Fénix del Cielo. Algunas mujeres consiguieron, incluso, bordarlo fielmente en minúsculos botones, con hilo de oro. En cambio, reservamos celosamente ciertos secretos, descritos por Dumas con todo detalle, como el lis bordado en los estandartes, el corsé y el vestido de Mercedes, en exclusiva para la hija del sastre.

Al finalizar la tercera noche, un incidente estuvo a punto de comprometerlo todo. Fue hacia las cinco de la madrugada. Nos hallábamos en plena intriga, en la mejor parte de la novela, a mi entender: al regresar de París, el conde de Montecristo conseguía, gracias a sapientes cálculos, acercarse a sus tres antiguos enemigos, de los que quería vengarse. Colocaba sus peones uno a uno de acuerdo con una estrategia implacable y con una diabólica imaginación. Muy pronto el procurador quedaría arruinado, la trampa preparada hacía tanto tiempo iba por fin a cerrarse sobre él. De pronto, la puerta de nuestra habitación se abrió con un terrible chirrido y la negra sombra de un hombre apareció en el umbral, precisamente cuando nuestro conde casi se enamoraba de la hija del procurador. El hombre de la sombra, con su linterna eléctrica encendida, expulsó al conde francés y nos devolvió a la realidad.

Era el jefe de nuestra aldea. Llevaba una gorra y su rostro, hinchado hasta las orejas, estaba atrozmente acentuado, deformado por las sombras negras que sobre él dibujaba la luz de su linterna eléctrica. Estábamos tan sumidos en el relato de Dumas que no habíamos oído el ruido de sus pasos.

—¡Ah! ¿Qué le trae por aquí? —exclamó el sastre—. Me preguntaba si tendría la suerte de verlo este año. Me han dicho que las ha pasado canutas por culpa de un médico torpe.

El jefe no lo miró; era como si no estuviera allí. Dirigió hacia mí la luz de su linterna eléctrica.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Sígueme. Hablaremos en la oficina de Seguridad Pública del municipio.

Debido a sus dolores dentales, no podía gritar, pero su murmullo casi inaudible me agitó profundamente: el nombre de aquel despacho significaba, la mayoría de las veces, tortura física e infierno para los enemigos del pueblo.

—¿Por qué? —le pregunté encendiendo con mano temblorosa la lámpara de petróleo.

—Estás contando cochinas reaccionarias. Por fortuna para nuestra aldea, no duermo y velo constantemente. No os ocultaré la verdad: estoy aquí desde la medianoche y he oído toda tu historia reaccionaria del conde Nosequé.

—Cálmese, jefe —intervino Luo—. Ese conde ni siquiera es chino.

—Me importa un bledo. Algún día, nuestra revolución triunfará en el mundo entero. Y un conde, sea cual sea su nacionalidad, no puede ser más que un reaccionario.

—Aguarde, jefe —lo interrumpió Luo—. No conoce usted el comienzo de la historia. Ese tipo, antes de disfrazarse de noble, era un pobre marinero, una categoría clasificada entre las más revolucionarias, de acuerdo con El pequeño libro rojo.

—¡No me hagas perder el tiempo con tu cháchara de mierda! —dijo el jefe—. ¿Conoces a alguien que sea bueno y quiera tender una trampa a un procurador?

Y al decirlo escupió en el suelo, señal de que se disponía a llegar a las manos si yo no me movía.

Me levanté. Atrapado y resignado, me puse una chaqueta de tela basta y un pantalón resistente, como un hombre que se prepara para un largo período penitenciario. Al vaciar los bolsillos de mi camisa, encontré algunas monedas y se las tendí a Luo, para que no cayeran en manos de los verdugos de la Seguridad Pública. Luo arrojó las monedas en la cama.

—Voy contigo —me dijo.

—No, quédate aquí y encárgate de todo, para lo mejor y para lo peor.

Al pronunciar estas palabras, tuve que esforzarme por contener mis lágrimas. Vi, en los ojos de Luo, que comprendía a qué me refería: esconder bien los libros por sí, torturado, yo lo traicionaba; ignoraba si podría soportar que me abofetearan, pegaran y azotaran, como sucedía, según decían, durante los interrogatorios en aquel despacho. Como un cautivo abatido, fui hacia el jefe con las piernas temblorosas, exactamente como en mi primera pelea de niño, cuando me había arrojado contra mi adversario para demostrar que era valeroso, aunque el vergonzoso temblequeo de mis piernas me había traicionado.

Su aliento olía a caries. Sus ojillos y las tres gotas de sangre me recibieron con una mirada dura. Creí, por un instante, que iba a agarrarme del cuello y a arrojarme escaleras abajo. Sin embargo, permaneció inmóvil. Su mirada me abandonó, trepó por los barrotes de la cama y se clavó en Luo, preguntando:

—¿Recuerdas el pedazo de estaño que te mostré?

—La verdad, no —contestó Luo, perplejo.

—El chirimbolo que te pedí que me metieras en la muela enferma.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo.

—Sigo teniéndolo —dijo el jefe sacando del bolsillo de su chaqueta el paquetito de

satén rojo.

—¿Adónde quiere ir a parar? —le preguntó Luo, más perplejo aún.

—Si tú, el hijo de un gran dentista, puedes curar mi muela, dejaré en paz a tu compañero. De lo contrario, me llevo a este sucio narrador de historias reaccionarias al despacho de la Seguridad.

La dentadura del jefe parecía una cordillera destrozada. En una encía negruzca e hinchada se erguían tres incisivos parecidos a rocas prehistóricas de basalto, de color oscuro, mientras que sus caninos evocaban piedras de la época diluviana, tabas mates de color tabaco. Por lo que a los molares se refiere, algunos presentaban ranuras en la corona, lo cual, según afirmó el hijo del dentista en tono académico, era la marca de un antecedente de sífilis. El jefe apartó la cabeza, sin desmentir el diagnóstico.

El diente causante de sus desgracias se encontraba al fondo del paladar, erguido cerca de un agujero negro como un escollo calcáreo, conchífero, poroso, solitario y amenazador. Era una muela del juicio, cuyo esmalte y marfil estaban muy estropeados, y donde se había formado una caries. La lengua del jefe, viscosa, de un rosa pálido tirando a amarillento, no dejaba de sondear la profundidad de la cavidad vecina, debida a la metedura de pata del precedente dentista; luego, subía hasta acariciar amorosamente el islote aislado, para terminar emitiendo un chasquido de consuelo.

Una aguja de máquina de coser, de acero cromado, algo más gruesa que las normales, se deslizó en la boca abierta de par en par del jefe y se inmovilizó sobre la muela del juicio, pero, en cuanto la rozó con delicadeza, la lengua del jefe se lanzó por reflejo hacia la intrusa a una velocidad fulgurante y tanteó aquel cuerpo frío, metálico y ajeno hasta su extremidad puntiaguda. Un temblor la sacudió. Retrocedió, como si sintiera cosquillas, y enseguida volvió a la carga; excitada por la sensación desconocida, lamió casi con voluptuosidad la aguja.

El pedal de la máquina se puso en marcha bajo los pies del viejo sastre. La aguja, unida por un cordón a la polea de la máquina, comenzó a girar; asustada, la lengua del jefe se crispó. Luo, que sujetaba la aguja con la punta de los dedos, ajustó la posición de su mano. Aguardó unos segundos; luego, la velocidad del pedal se aceleró y la aguja atacó la caries arrancando al paciente un aullido desgarrador. Apenas Luo apartó la aguja el jefe rodó, como una vieja roca, del lecho que habíamos instalado junto a la máquina de coser, encontrándose casi en el suelo.

—¡Ha estado a punto de matarme! —le dijo al sastre, levantándose—. ¿Me está tomando el pelo?

—Le había prevenido —respondió el sastre— de que esto sólo lo había visto en las ferias. Usted ha insistido para que juguemos a los charlatanes.

—Hace un daño del demonio —dijo el jefe.

—El dolor es inevitable —afirmó Luo—. ¿Conoce usted la velocidad de una fresa eléctrica en un hospital de verdad? Varios centenares de revoluciones por segundo. Y cuanto más lenta gira la aguja, más duele.

—Prueba una vez más —dijo el jefe con decisión, encasquetándose la gorra—. Hace una semana que no puedo comer ni dormir, mejor será terminar de una vez para siempre.

Cerró los ojos para no ver cómo entraba la aguja en su boca, pero el resultado fue idéntico. El atroz dolor lo arrojó fuera de la cama, con la aguja plantada en la muela.

Su violento movimiento hizo vacilar la lámpara de petróleo con cuya llama, en una cuchara, fundía yo el estaño.

Pese a lo divertido de la situación, nadie se atrevía a reírse, por temor a que relanzara el tema de mi inculpación.

Luo recuperó la aguja, la limpió, la comprobó y le tendió un vaso de agua al jefe para que se enjuagara la boca; éste escupió sangre en el suelo, justo junto a la gorra.

El viejo sastre adoptó un aire asombrado.

—Está usted sangrando —dijo.

—Si quiere que perfore su caries —dijo Luo recogiendo la gorra y volviéndola a poner en la enmarañada cabeza del jefe—, no veo más solución que atarlo a la cama.

—¿Atarme? —gritó ofendido el jefe—. ¡Olvidas que me han designado para dirigir la comuna!

—Su cuerpo se niega a colaborar y debemos jugarnos el todo por el todo.

Su decisión me sorprendió de verdad. Me he hecho a menudo, me he repetido muchas veces y sigo repitiéndome aún hoy, la misma pregunta: ¿cómo es posible que aquel tirano político y económico, aquel policía de aldea, aceptara una proposición que lo ponía en una posición tan ridícula como humillante? ¿Qué diablos pasó por su cabeza? En aquel momento no tuve mucho tiempo para pensar en la cuestión. Luo lo ató rápidamente y el sastre, viendo que le atribuían la difícil tarea de mantener aquella cabeza entre sus manos, me pidió que lo relevara al pedal.

Me tomé muy en serio mi nueva responsabilidad. Me descalcé, y cuando las plantas de los pies tocaron el pedal, sentí que todo el peso de la misión gravitaba sobre mis músculos.

En cuanto Luo me hizo una señal, mis pies presionaron el pedal para poner la máquina en marcha, viéndose rápidamente arrastrados por el rítmico movimiento del mecanismo. Aceleré como un ciclista que volara por la carretera general; la aguja se agitó, tembló, entró de nuevo en contacto con el escollo solapado y amenazador. Aquello produjo, primero, un chisporroteo en la boca del jefe que se debatía como un loco en una camisa de fuerza. No sólo estaba atado a la cama por una gruesa cuerda, sino también aprisionado entre las férreas manos del viejo sastre que le sujetaba el cuello, lo atenazaba, lo mantenía en una posición digna de una escena de captura cinematográfica. De la comisura de sus labios escapaba espuma; estaba pálido, respiraba penosamente y gemía.

De pronto, como una erupción volcánica, sentí que, sin advertido, brotaba de lo más íntimo de mí una pulsión sádica: reduje inmediatamente el movimiento del pedal, en honor de todos los sufrimientos de la reeducación.

Luo me lanzó una mirada cómplice.

Reduje más aún la velocidad, para vengarme esta vez de sus amenazas de inculpación. La aguja giró tan lentamente que parecía una perforadora agotada, a punto de averiarse. ¿A qué velocidad giraba? ¿Una vuelta por segundo? ¿Dos vueltas? ¿Quién sabe? De todos modos, la aguja de acero cromado había perforado la caries. Barrenaba y, de pronto, se detenía en pleno movimiento cuando mis pies hacían una pausa angustiante, al modo, esta vez, de un ciclista que deja de pedalear en una bajada peligrosa. Adoptaba yo un aire tranquilo, inocente. Mis ojos no se reducían a dos rendijas cargadas de odio. Fingía estar verificando la polea o la correa. Luego la aguja volvía a girar, a barrenar lentamente, como si el ciclista trepara, a duras penas, por una abrupta cuesta. La aguja se había transformado

en cincel, en colérico buril que excavaba un agujero en la oscura roca prehistórica, haciendo brotar ridículas nubes de polvo de mármol, craso, amarillento y caseoso. Nunca había visto a alguien tan sádico como yo. Se lo aseguro. Un sádico desenfrenado.

HABLA EL VIEJO MOLINERO

Sí, yo los vi, a los dos solos, en cueros vivos. Había ido a cortar leña al valle de atrás, como de costumbre, una vez por semana. Paso siempre por la pequeña poza del torrente. ¿Dónde estaba con exactitud? A uno o dos kilómetros de mi molino, aproximadamente. El torrente caía de unos veinte metros y rebotaba sobre las grandes piedras. Al pie de la cascada hay una pequeña poza, casi podríamos decir que una charca, pero el agua es profunda, verde, oscura, encajonada entre las rocas. Está demasiado lejos del sendero, pocas veces pone allí los pies la gente.

No los vi enseguida, pero unos pájaros adormecidos en los salientes rocosos parecieron asustados por algo; emprendieron el vuelo y pasaron sobre mi cabeza, lanzando grandes gritos.

Sí, eran cuervos de pico rojo, ¿cómo lo sabe? Eran unos diez. Uno de ellos, no sé si porque había despertado mal o porque era más agresivo que los demás, se lanzó hacia mí en picado, rozando mi rostro, al pasar, con la punta de sus alas. Recuerdo todavía, mientras hablo, su hedor salvaje y repugnante.

Aquellos pájaros me apartaron de mi camino habitual. Fui a echar una ojeada a la pequeña poza del torrente, y allí los vi, con la cabeza fuera del agua. Debían de haber hecho una sorprendente zambullida, un salto espectacular, para que los cuervos de pico rojo huyeran.

¿Su intérprete? No, no lo reconocí enseguida. Seguí con la mirada los dos cuerpos en el agua, enlazados, hechos un ovillo que no dejaba de girar y de dar vueltas. Me enmarañó tanto el espíritu que tardé algún tiempo en comprender que la zambullida no era su mayor hazaña. ¡No! Estaban acoplándose en el agua.

¿Cómo dice usted? ¿Coito? Es una palabra demasiado sabia para mí. Nosotros, los montañeses, decimos acoplamiento. No quería ser un mirón. Mi viejo rostro se ruborizó. Era la primera vez en toda mi vida que veía aquello, hacer el amor en el agua. No pude marcharme. Usted sabe que a mi edad ya no conseguimos protegernos. Sus cuerpos se arremolinaron en la parte más profunda, se dirigieron hacia el borde de la poza y se revolcaron sobre el lecho de piedras donde el agua transparente del torrente, abrasada por el sol, exageró y deformó sus obscenos movimientos.

Me sentí avergonzado, es cierto, no porque no quisiera renunciar a esa diversión de mis ojos, sino porque me di cuenta de que estaba viejo, que mi cuerpo, por no hablar de mis viejos huesos, estaba flojo. Sabía que nunca conocería el gozo del agua que ellos acababan de experimentar.

Tras el acoplamiento, la muchacha recogió del agua un taparrabos de hojas de árbol. Se lo anudó a las caderas. No parecía tan fatigada como su compañero, muy al contrario, rebosaba energía, trepaba a lo largo de la pared rocosa. De vez en cuando, la perdía de vista. Desaparecía tras una roca cubierta de musgo verde; luego, emergía sobre otra, como si hubiera salido de una grieta de la piedra. Se ajustó el taparrabos, para que protegiera bien

su sexo. Quería subir a una gran piedra, situada a unos diez metros por encima de la pequeña poza del torrente.

Naturalmente, ella no podía verme. Yo era muy discreto, estaba oculto tras un matorral con un montón de hojas. Era una muchacha a la que no conocía, nunca había venido a mi molino. Cuando estuvo de pie en el saliente de la piedra, me hallé lo bastante cerca de ella para admirar su cuerpo desnudo, empapado. Jugaba con el taparrabos, lo enrollaba sobre su vientre, bajo sus jóvenes pechos, cuyos sobresalientes pezones eran un poco rojos.

Los cuervos de pico rojo regresaron. Se encaramaron en la piedra alta y estrecha, a su alrededor.

De pronto, abriéndose paso entre ellos, retrocedió un poco y, con un terrible impulso, se lanzó al aire con los brazos abiertos de par en par, como alas de golondrina planeando en el cielo.

Entonces los cuervos echaron también a volar. Pero, antes de alejarse, hicieron un picado junto a la muchacha, que se había convertido en una golondrina al emprender el vuelo. Tenía las alas desplegadas, horizontales, inmóviles; revoloteó hasta aterrizar en el agua, hasta que sus brazos se separaron, penetraron en el agua y desaparecieron.

Busqué a su compañero con la mirada. Estaba sentado en la ribera de la pequeña poza, desnudo, con los ojos cerrados y la espalda contra una roca. La parte secreta de su cuerpo se había ablandado, agotado, adormecido.

De momento, tuve la impresión de haber visto ya a aquel muchacho en alguna parte, pero no recordaba dónde. Me marché y fue en el bosque, mientras comenzaba a derribar un árbol, donde recordé que era el joven intérprete que lo acompañó a usted a mi casa, hace unos meses.

Tuvo suerte, su falso intérprete, de toparse conmigo. Nada me escandaliza y nunca he denunciado a nadie. De lo contrario, podría haber tenido problemas con el despacho de la Seguridad Pública, se lo garantizo.

HABLA LUO

¿De qué me acuerdo? ¿De si ella nada bien? Sí, a las mil maravillas, ahora nada como un delfín. ¿Antes? No, nadaba como los campesinos, sólo con los brazos, nada de piernas. Antes de que la iniciara en la braza, no sabía extender los brazos, nadaba como los perros. Pero tiene un cuerpo de verdadera nadadora. Yo sólo le enseñé dos o tres cosas. Ahora sabe nadar, incluso el estilo mariposa; sus riñones ondulan, su torso emerge del agua en una curva aerodinámica y perfeccionada, sus brazos se abren y sus piernas azotan el agua como la cola de un delfín.

Lo que descubrió sola fueron los saltos peligrosos.

A mí me horroriza la altura, por lo tanto nunca me he atrevido a darlos. En nuestro paraíso acuático, una especie de poza completamente aislada, de agua muy profunda, cada vez que trepa a lo alto de un pico vertiginoso para saltar me quedo abajo y la miro desde un plano contrapicado casi vertical, pero me da vueltas la cabeza y mis ojos confunden el pico con los grandes ginkgos que se recortan por detrás, como en una sombra chinesca. Se vuelve muy pequeña, como una fruta pendiente de la copa de un árbol. Me grita cosas, pero es una fruta que susurra. Un ruido lejano, apenas perceptible debido al agua que cae so-

bre las piedras. De pronto, la fruta cae flotando en el aire, vuela atravesando el viento, en mi dirección. Por fin, se convierte en una flecha de purpurina, ahusada, que se zambulle de cabeza en el agua sin mucho ruido ni salpicaduras.

Antes de que lo encerraran, mi padre solía decir que no era posible enseñar a bailar a alguien. Tenía razón; lo mismo ocurre con las zambullidas o con escribir poemas: debes descubrirlo solo. Hay gente que, por mucho que se la aleccione durante toda la vida, siempre parecerá una piedra cuando se arroje al aire, nunca podrá hacer una caída como la de un fruto que emprende el vuelo.

Yo tenía un llavero que mi madre me había regalado en mi cumpleaños, una anilla chapada en oro, con hojas de jade, delgadas, minúsculas, veteadas de rayas verdes. Lo llevaba siempre encima, era mi talismán contra las desgracias. Había puesto en ella un montón de llaves, aunque no poseo nada. Estaban las llaves de la puerta de nuestra casa de Chengdu, la de mi cajón personal, debajo del de mi madre, la de la cocina, y, además un cortaplumas, un cortauñas... Recientemente le había añadido la ganzúa que había fabricado para robar los libros del Cuatrojos. La había guardado preciosamente, como recuerdo de un robo feliz.

Una tarde de septiembre, fui a nuestra poza de la felicidad con ella. Como de costumbre, no había nadie. El agua estaba algo fría. Le leí unas diez páginas de *Las ilusiones perdidas*. Este libro de Balzac me había impresionado menos que Papá Goriot, pero, aun así, cuando ella atrapó una tortuga entre las piedras del lecho por donde corría el torrente, gravé con mi cortaplumas la cabeza de los dos ambiciosos personajes, con sus largas narices, en el caparazón del animal, antes de soltarlo de nuevo.

La tortuga desapareció rápidamente. De pronto, me pregunté:

«¿Quién me soltará algún día de esta montaña?»

Entonces, aquella pregunta, sin duda idiota, me apenó mucho. Estaba de un malhumor insoportable. Cerrando mi cortaplumas, contemplando las llaves que colgaban de la anilla, las llaves de mi casa, en Chengdu, que ya nunca iban a servirme, estuve a punto de echarme a llorar. Sentía celos de la tortuga que acababa de desaparecer en la naturaleza. En un impulso desesperado, arrojé mi llavero muy lejos, en el agua profunda.

Entonces, ella se lanzó con un movimiento de mariposa para ir a recuperarlo. Pero desapareció tanto tiempo bajo el agua que comencé a preocuparme. La superficie estaba extrañamente inmóvil, tenía un matiz sombrío, casi siniestro, sin ninguna burbuja de aire. Grité: «¿Dónde estás, Dios mío?» Grité su nombre y su apodo, «Sastrecilla», y me zambullí hasta el fondo del agua transparente y profunda de la poza del torrente. De pronto la vi; allí estaba, ante mí, ascendiendo y moviéndose al modo de un delfín. Me sorprendió verla ejecutar aquella hermosa ondulación del cuerpo, con sus largos cabellos flotando en el agua. Era realmente bello.

Cuando me reuní con ella en la superficie, vi mi llavero entre sus labios, cubierto de gotas de agua, como perlas brillantes.

Ciertamente era la única persona en el mundo que creía, todavía, que yo conseguiría algún día salir de la reeducación, y que mis llaves podrían serme útiles.

Desde aquella tarde, cada vez que íbamos a la pequeña poza, el juego del llavero era nuestra distracción habitual. Yo adoraba aquello, no para interrogarme sobre mi porvenir sino sólo para admirar su cuerpo desnudo, hechicero, que se agitaba sensualmente en el agua, con su taparrabos de hojas temblorosas, casi transparente.

Pero hoy hemos perdido el llavero en el agua. Hubiera debido insistir para que no se lanzara a una segunda y peligrosa búsqueda. Por fortuna, no lo hemos pagado muy caro. De todos modos, no quiero que vuelva a poner los pies allí.

Esta noche, al regresar a la aldea, me esperaba un telegrama anunciándome la hospitalización urgente de mi madre y reclamando mi inmediato regreso.

Tal vez gracias a mis eficaces cuidados dentales, el jefe me ha autorizado a pasar un mes junto a la cabecera de mi madre. Me marchó mañana. La ironía del destino ha hecho que regrese sin llaves a casa de mis padres.

HABLA LA SASTRECILLA

Las novelas que Luo me leía me daban siempre ganas de zambullirme en el agua fresca del torrente. ¿Por qué? ¡Para desahogarme de una vez! Puesto que, a veces, no podemos evitar decir lo que llevamos en el corazón...

En el fondo del agua había un halo inmenso, azulado, difuso, sin claridad; era difícil distinguir allí las cosas. Un velo lo oscurecía todo ante tus ojos. Por fortuna, el llavero de Luo caía casi siempre en el mismo lugar: en medio de la pequeña poza, un rincón de unos pocos metros cuadrados. Las piedras, apenas las veías cuando las tocabas; algunas, pequeñas como un huevo de color claro, pulidas y redondas, estaban allí desde hacía años, siglos tal vez. ¿Te das cuenta? Otras, más grandes, parecían cabezas de hombre, y a veces tenían la curvatura de un cuerno de búfalo, lo digo en serio. De vez en cuando, aunque fuese raro, encontrabas piedras especialmente angulosas, puntiagudas y cortantes, dispuestas a herirte, a hacerte sangrar, a arrancarte un pedazo de carne. Y también conchas. Sabe Dios de dónde venían. Se habían transformado en piedras, cubiertas de un musgo tierno, bien encajadas en el suelo rocoso, pero sentías que eran conchas.

¿Qué estás diciendo? ¿Que por qué me gustaba buscar su llavero? ¡Ah, ya sé! Sin duda te parezco tan idiota como un perro que corre para buscar el hueso que le han tirado. No soy una de esas muchachas francesas de Balzac. Soy una muchacha de la montaña. Adoro complacer a Luo, y punto.

¿Quieres que te cuente lo que ocurrió la última vez? Hace ya una semana, por lo menos. Fue justo antes de que Luo recibiese el telegrama de su familia. Llegamos hacia mediodía. Nadamos, aunque no mucho, sólo lo necesario para divertirnos en el agua. Luego comimos panes de maíz, huevos y fruta que yo había llevado, mientras Luo me contaba un poco de la historia del marinero francés que se convirtió en conde. Es la famosa historia que escuchó mi padre, que ahora es un admirador incondicional de ese vengador. Luo me contó sólo una pequeña escena, ¿sabes?, aquella en la que el conde encuentra a la mujer con la que se había prometido en su juventud, aquella por la que pasó veinte años en la cárcel. Ella finge no reconocerlo. Y actúa tan bien que podría creerse que realmente no recuerda su pasado. ¡Ah, eso me destrozó!

Queríamos echar una siestecita, pero yo no conseguía cerrar los ojos, seguía pensando en esa escena. ¿Sabes lo que hicimos? La representamos: Luo era Montecristo y yo, su antigua prometida, y nos encontrábamos en alguna parte, veinte años después. Fue extraordinario, incluso improvisé un montón de cosas que salían solas, como si nada, de mi

boca. También Luo se había metido por completo en la piel del antiguo marinero. Seguía amándome. Lo que yo decía le destrozaba el corazón, pobre, se veía en su rostro. Me lanzó una mirada de odio, dura, furiosa, como si realmente me hubiera casado con el amigo que le había tendido una trampa.

Para mí era una experiencia nueva. Antes, no imaginaba que fuera posible representar a alguien que no se es sin dejar de ser uno mismo; por ejemplo, representar a una mujer rica y «contenta» cuando no lo soy en absoluto. Luo me dijo que podía ser una buena actriz.

Tras la comedia llegó el juego. Como un guijarro, el llavero de Luo cayó, poco más o menos, en el lugar acostumbrado. Me zambullí de cabeza en el agua. A tientas, busqué entre las piedras y los rincones más sombríos, centímetro a centímetro. Y de pronto, en la oscuridad casi absoluta, toqué una serpiente. ¡Ufl., hacía años que no había tocado una, pero aun en el agua reconocí su piel resbaladiza y fría. Por reflejo, huí enseguida y volví a la superficie.

¿De dónde había salido? No lo sé. Tal vez la arrastró el torrente, tal vez fuera una culebra hambrienta que buscaba un nuevo reino. Minutos más tarde, a pesar de la prohibición de Luo, me zambullí de nuevo en el agua. Me negaba a que una serpiente se quedara con las llaves.

¡Pero qué miedo tenía esta vez! La serpiente me enloquecía: incluso en el agua, sentía que el sudor frío me corría por la espalda. Las piedras inmóviles que tapizaban el suelo parecieron, de pronto, comenzar a moverse, convertirse en seres vivos a mi alrededor. ¿Lo imaginas? Volví a la superficie para recuperar el aliento.

La tercera vez estuvo a punto de ser la buena. Por fin había visto el llavero. En el fondo del agua, me parecía un anillo borroso, aunque brillante aún, pero cuando estaba a punto de agarrarlo sentí un golpe en la mano derecha, una maligna dentellada, muy violenta, que me abrasó y me hizo huir abandonando el llavero.

Dentro de cincuenta años todavía podrá verse esa fea cicatriz en mi dedo. Tócala.

Luo estaría fuera un mes. Yo adoraba estar solo de vez en cuando, para hacer lo que me viniera en gana, para comer cuando lo deseara. Habría sido el feliz príncipe reinante de nuestra casa sobre pilotes si la víspera de su partida Luo no me hubiese confiado una misión delicada.

—Quisiera pedirte un favor —me había dicho bajando misteriosamente el tono—. Espero que, en mi ausencia, seas el guardia de corps de la Sastrecilla.

Según él, la deseaban muchos muchachos de la montaña, incluidos los «jóvenes reeducados». Aprovechando su mes de ausencia, los adversarios potenciales iban a correr hacia la tienda del sastre y librar un combate sin cuartel. «No olvides —me dijo— que es la belleza número uno del Fénix del Cielo.» Mi tarea consistía en asegurar una presencia diaria a su lado, como el guardián de la puerta de su corazón, para no dar a los competidores posibilidad alguna de introducirse en su vida privada, de deslizarse en un dominio que sólo pertenecía a Luo, mi comandante.

Acepté la misión sorprendido y halagado. ¡Qué ciega confianza me demostraba Luo al pedirme este favor! Era como si me hubiera confiado un tesoro fabuloso, el botín de su vida, sin sospechar que yo pudiera robárselo.

En aquel tiempo, yo tenía sólo un deseo: ser digno de su confianza. Imaginaba ser el general en jefe de un ejército derrotado, encargado de atravesar un inmenso y horrible desierto, para escoltar a la mujer de su mejor amigo, otro general. Cada noche, armado con una pistola y una metralleta, iba a montar guardia ante la tienda de aquella mujer sublime, para hacer retroceder a las atroces fieras que deseaban su carne, con los ojos ardientes de deseo brillando en las sombras como manchas fosforescentes. Un mes más tarde, saldríamos del desierto tras haber conocido las más espantosas pruebas: tormentas de arena, falta de alimento, escasez de agua, motines de mis soldados... Y cuando la mujer corriera, por fin, hacia mi amigo el general, cuando se arrojara el uno en los brazos de la otra, yo me desvanecería de fatiga y deseo, en lo alto de la última duna.

Así, a partir del día siguiente de que Luo se marchara, pues había sido llamado a la ciudad por telegrama, un policía de paisano aparecía, cada mañana, en el sendero que llevaba a la aldea de la Sastrecilla. Su rostro era serio y su andar apresurado. Un poli asiduo. Era otoño y el policía avanzaba deprisa, como un velero con el viento de popa. Pero pasada la antigua casa del Cuatrojos, el sendero giraba hacia el norte y el poli se veía obligado a caminar contra el viento, con la espalda doblada, la cabeza gacha, como un excursionista tenaz y experto. En el peligroso paso del que ya he hablado, de treinta centímetros de ancho y flanqueado por dos vertiginosos precipicios, el famoso paso obligado de la peregrinación a la belleza, aminoraba la marcha, aunque sin detenerse ni ponerse a cuatro patas. Ganaba cada día su combate contra el vértigo. Lo atravesaba caminando con ligera vacilación, mirando a los ojos saltones e indiferentes del cuervo de pico rojo, encaramado siempre en la misma roca, al otro lado.

Al menor paso en falso, nuestro poli funámbulo podía aplastarse en el fondo de un abismo, el de la izquierda o el de la derecha.

¿Hablaban con el cuervo aquel policía sin uniforme? ¿Le llevaba una migaja de comida? A mi entender, no. Estaba impresionado, sí, e incluso mucho tiempo más tarde conservó en su memoria la mirada indiferente que le echaba el pájaro. Sólo algunas divinidades muestran semejante desinterés. Pero el pájaro no consiguió quebrantar la convicción de nuestro poli, que tenía una sola cosa en la cabeza: su misión.

Subrayemos que el cuévano de bambú, que antaño llevaba Luo, estaba ahora en la espalda de nuestro policía. Una novela de Balzac, traducida por Fu Lei, seguía oculta en el fondo, bajo unas hojas, unas verduras, granos de arroz o de maíz. Algunas mañanas, cuando el cielo estaba muy encapotado, mirando de lejos, daba la impresión de que un cuévano de bambú trepaba solo por el sendero y desaparecía en una nube gris.

La Sastrecilla ignoraba que yo estaba protegiéndola, y me consideraba sólo un lector sustituto.

Sin pretensión alguna, advertí que mi lectura, o mi modo de leer, complacía un poco más a mi oyente que la de mi predecesor. Leer en voz alta una página entera me parecía insoportablemente aburrido, así que decidí hacer una lectura aproximada, es decir, leía primero dos o tres páginas, o un capítulo corto, mientras ella trabajaba en su máquina de coser. Luego, tras rumiarlo un poco, le hacía una pregunta o le pedía que adivinara lo que iba a ocurrir. Cuando había respondido, yo le contaba lo que decía el libro, casi párrafo a párrafo. De vez en cuando, no podía evitar añadir alguna cosa, aquí y allá, pequeñas pinceladas personales, digamos, para que la historia la divirtiera más. Llegaba incluso a inventar situaciones o a introducir el episodio de otra novela, cuando me parecía que el viejo Bal-

zac estaba cansado.

Hablemos del fundador de esta dinastía de sastres, del dueño de la tienda familiar. Entre los desplazamientos profesionales a las aldeas de los alrededores, la estancia del viejo sastre en su propia casa se reducía, a menudo, a dos o tres días. Pronto se acostumbró a mis visitas cotidianas. Más aún, al expulsar al enjambre de pretendientes disfrazados de clientes, era el mejor cómplice de mi misión. No había olvidado las nueve noches que pasó en casa, escuchando *El conde de Montecristo*. La experiencia se repitió en su propia morada. Tal vez algo menos apasionado, aunque muy interesado aún, fue el oyente parcial de *El primo Pons*, una historia más bien negra, también de Balzac. Sin hacerlo adrede, se topó tres veces consecutivas con un episodio en el que aparecía Cibot el sastre, un personaje secundario muerto a fuego lento por Rémonencq el chatarrero.

Ningún poli del mundo habría puesto más empeño que yo en cumplir una misión. Entre capítulo y capítulo de *El primo Pons*, participaba de buena gana en los trabajos domésticos. Cada día me encargaba de traer agua del pozo común, con dos grandes cubos de madera en los hombros, para llenar el depósito familiar de la joven modista. A menudo le preparaba las comidas, y descubría humildes placeres en muchos detalles que exigían la paciencia del cocinero: limpiar y cortar las verduras o la carne, cortar leña con un hacha mellada, hacer que prendiera, mantener con astucia el fuego que podía apagarse en cualquier instante... A veces, sin vacilar y si era necesario, soplabla en las brasas, con la boca muy abierta, para atizar el fuego con el impaciente aliento de mi juventud, entre una humareda espesa, irrespirable, una polvareda asfixiante. Todo iba muy deprisa. Pronto, la cortesía y el respeto debidos a la mujer, revelados por las novelas de Balzac, me transformaron en lavandera que hacía a mano la colada, en el arroyo, incluso en aquel comienzo de invierno, cuando la Sastrecilla se sentía desbordada por los encargos.

Aquella domesticación perceptible y enternecedora me llevó a una más íntima aproximación a la feminidad. ¿Les dice algo la balsamina? Es fácil encontrarla en las floristerías y en las ventanas de las casas. Es una flor, amarilla a veces pero sangrienta a menudo, cuyo fruto se hincha, madura y estalla al menor contacto, proyectando sus semillas. Era la emperatriz emblemática de la montaña del Fénix del Cielo pues, en la forma de sus flores, es posible, según dicen, observar la cabeza, las alas, las patas e, incluso, la cola del fénix.

Cierta tarde nos encontramos los dos, cara a cara, en la cocina, al abrigo de miradas curiosas. Entonces, el policía, que reunía también los cargos de lector, narrador, cocinero y lavandera, enjuagó cuidadosamente en una jofaina de madera los dedos de la Sastrecilla; luego, suavemente, como una minuciosa esteticista, aplicó en cada una de sus uñas el espeso jugo obtenido de las flores de balsamina machacadas.

Sus dedos, que nada tenían que ver con los de las campesinas, no estaban deformados por los trabajos rudos; el dedo corazón de la mano izquierda mostraba una cicatriz rosada, sin duda producida por los colmillos de la serpiente de la poza del torrente.

—¿Dónde aprendiste este truco de muchacha? —me preguntó la Sastrecilla.

—Me lo contó mi madre. Según ella, cuando mañana te quites los pequeños pedazos de tela que cubren la punta de tus dedos, tus uñas estarán teñidas de color rojo vivo, como si te las hubieras pintado.

—¿Y durará mucho?

—Unos diez días.

Hubiera querido pedirle que me concediese el derecho de depositar un beso en sus uñas rojas, a la mañana siguiente, como recompensa por mi pequeña obra maestra, pero la cicatriz aún reciente de su dedo corazón me forzó a respetar las prohibiciones dictadas por mi estatuto y a mantener el compromiso caballeresco que había aceptado de quien me encomendó mi misión.

Aquella noche, al salir de su casa llevando **El primo Pons** en el cuévano de bambú, tomé conciencia de los celos que suscitaba en los jóvenes de la aldea. Apenas hube tomado el sendero cuando un grupo de unos quince campesinos apareció a mi espalda y me siguió en silencio.

Volví la cabeza y les lancé una mirada, pero la maligna hostilidad de sus jóvenes rostros me sorprendió. Aceleré el paso.

De pronto, tras de mí se alzó una voz que exageraba, ridículamente, el acento de la ciudad:

—¡Ah! Permítame, Sastrecilla, que haga la colada por usted.

Me ruboricé y comprendí, sin ambigüedad alguna, que estaban imitándome, parodiándome, que se burlaban de mí. Volví la cabeza para identificar al autor de aquella fea comedia: era el cojo del pueblo, el de más edad del grupo, que agitaba un tirachinas como si fuera una vara de mando.

Aparenté no haber oído nada y proseguí mi camino mientras el grupo me rodeaba, me empujaba, gritaba a coro la frase del cojo y soltaba una carcajada lúbrica, ruidosa y salvaje.

Muy pronto, la humillación se concretó todavía más en una frase asesina pronunciada por alguien que me puso el dedo bajo la nariz:

—¡Vete a lavar las bragas de la Sastrecilla!

¡Aquello fue un golpe bajo! ¡Y qué precisión por parte de mi adversario! No pude decir palabra, ni disimular mi turbación porque, en efecto, las había lavado.

En aquel instante, el cojo se adelantó, me cerró el paso, se quitó el pantalón y los calzoncillos, descubriendo su sexo encogido y enmarañado.

—Toma, quiero que laves también los míos —gritó con una risa provocadora, obscena, y un rostro deformado por la excitación.

Levantó al aire su calzoncillo amarillento, ennegrecido, remendado y mugriento, y lo agitó por encima de su cabeza.

Busqué todos los tacos que conocía, pero estaba tan lleno de cólera, había perdido de tal modo los nervios, que no conseguí «bramar» ni uno solo. Temblaba y tenía ganas de llorar.

No recuerdo muy bien lo que siguió. Pero sé que tomé un terrible impulso y, blandiendo mi cuévano, me lancé sobre el cojo. Quería golpearle en plena cara, pero consiguió esquivar el golpe y lo recibió sólo en el hombro derecho. En aquella lucha de uno contra todos, sucumbí a su número y fui dominado por dos jóvenes mocetones. Mi cuévano estalló, cayó, se volcó y vertió por el suelo su contenido, dos huevos aplastados gotearon sobre una hoja de col y mancharon la cubierta de *El primo Pons*, que yacía en el polvo.

Se hizo de pronto el silencio; mis agresores, es decir, el enjambre de dolidos pretendientes de la Sastrecilla, aunque todos analfabetos, quedaron pasmados ante la aparición de aquel extraño objeto: un libro. Se acercaron y formaron un círculo a su alrededor, a excepción de los dos que me sujetaban los brazos. El cojo sin calzoncillos se agachó, abrió la

cubierta y descubrió el retrato de Balzac, en blanco y negro, con larga barba y mostachos plateados.

—¿Es Karl Marx? —preguntó uno al cojo—. Debes de saberlo, has viajado más que nosotros.

El cojo vacilaba.

—¿O tal vez sea Lenin? —dijo otro.

—O Stalin, sin uniforme.

Aprovechando la vacilación general, solté mis brazos en un último respingo y me lancé, como si me zambullera, hacia *El primo Pons*, tras haber apartado a los campesinos que lo rodeaban.

—No lo toquéis —grité, como si se tratara de una bomba a punto de estallar.

Apenas el cojo comprendió lo que ocurría cuando le arranqué el libro de las manos, partí a toda velocidad y me adentré en el sendero.

Una granizada de piedras y gritos acompañó mi fuga durante un buen rato. «¡Lavador de bragas! ¡Cobarde! ¡Vamos a reeducarte!» De pronto, un guijarro lanzado por el tirachinas me golpeó la oreja izquierda y un violento dolor me hizo perder, de inmediato, parte de la audición. Por reflejo, llevé la mano a la herida y mis dedos se mancharon de sangre. A mis espaldas, las injurias aumentaban tanto en sonoridad como en obscenidad. Las piedras que golpeaban en las paredes rocosas resonaban en la montaña, se transformaban en amenaza de linchamiento, en advertencia de una nueva emboscada. De pronto, todo se detuvo y reinó la calma.

En el camino de regreso, el poli herido decidió, muy a su pesar, abandonar la misión.

Aquella noche fue particularmente larga. Nuestra casa sobre pilotes me parecía desierta, húmeda, más sombría que antes. Un olor a casa abandonada flotaba en el ambiente. Un olor fácilmente reconocible: frío, rancio, cargado de moho, perceptible y tenaz. Diríase que nadie vivía allí. Aquella noche, para olvidar el dolor de mi oreja izquierda, volví a leer mi novela preferida, *Jean—Christophe*, a la luz de dos o tres lámparas de petróleo. Pero ni siquiera su agresivo humo pudo expulsar aquel olor, que me hacía sentir cada vez más perdido.

La oreja no sangraba ya, pero estaba magullada, hinchada, seguía doliéndome y me impedía leer. La palpé suavemente y sentí, de nuevo, un fuerte dolor que me puso rabioso.

¡Qué noche! Aún hoy la recuerdo, e incluso tantos años después sigo sin conseguir explicarme mi reacción. Aquella noche, con la oreja dolorida, di vueltas y vueltas en la cama que parecía tapizada de alfileres y, en vez de imaginar cómo vengarme y cortarle las orejas al celoso cojo, me vi de nuevo asaltado por la misma pandilla. Estaba atado a un árbol, me linchaban o me infligían torturas. Los últimos rayos del sol hacían brillar un cuchillo. Éste, blandido por el cojo, no se parecía al tradicional cuchillo de carnicero; su hoja era sorprendentemente larga y puntiaguda. Con la yema de los dedos, el cojo acariciaba suavemente el filo; luego, levantaba el arma y, sin ruido alguno, me cortaba la oreja izquierda. Caía al suelo, rebotaba y volvía a caer, mientras mi verdugo limpiaba la larga hoja salpicada de sangre. La llegada de la Sastrecilla llorando interrumpía el salvaje linchamiento, y la banda del cojo huía.

Me veía entonces desatado por aquella muchacha con las uñas de color rojo vivo, teñidas por la balsamina. Ella dejaba que yo metiera sus dedos en mi boca y que los lami e-

ra con la punta de la lengua, sinuosa y ardiente. ¡Ah! El jugo espeso de la balsamina, aquel emblema de nuestra montaña coagulado en sus uñas brillantes, tenía un sabor dulzón y un olor casi almizclado que me procuraban una sensación sugestivamente carnal. En contacto con mi saliva, el rojo del tinte se hacía más fuerte, más vivo, y después se ablandaba, se convertía en lava volcánica, tórrida, que se hinchaba, silbaba, giraba en mi boca hirviente, como un verdadero cráter.

Luego el chorro de lava iniciaba libremente un viaje, una búsqueda; corría a lo largo de mi torso magullado, zigzagueaba por aquella llanura continental, rodeaba mis pezones, se deslizaba hacia mi vientre, se detenía en el ombligo, penetraba en su interior empujada por su lengua, la de ella, se perdía en los meandros de mis venas y mis entrañas, y acababa encontrando el camino que la llevaba a la fuente de mi virilidad conmovida, hirviente, anárquica, llegada a la edad de la independencia y que se negaba a obedecer las obligaciones, estrictas e hipócritas, que se había fijado el policía.

La última lámpara de petróleo vaciló y se apagó por falta de aceite, dejando al policía boca abajo en la oscuridad, entregándose a una traición nocturna y manchando sus calzones.

El despertador de números fosforescentes marcaba la medianoche.

—Estoy en un aprieto —me dijo la Sastrecilla.

Era al día siguiente de ser agredido por aquel enjambre de lúbricos pretendientes. Estábamos en su casa, en la cocina, envueltos por una humareda a veces verde y a veces amarilla, y por el olor del arroz que se cocía en la cacerola. Ella cortaba verduras y yo me encargaba del fuego, mientras que su padre, que había regresado de una gira, trabajaba en la estancia principal; se escuchaban los ruidos familiares y regulares de la máquina de coser. Al parecer, ni él ni su hija estaban al corriente de mi altercado. Ante mi sorpresa, no advirtieron la magulladura de mi oreja izquierda. Estaba yo tan absorto en la búsqueda de un pretexto para presentar mi dimisión que la Sastrecilla tuvo que repetir la frase para arrancarme de mi contemplación.

—Tengo grandes problemas.

—¿Con la pandilla del cojo?

—No.

—¿Con Luo? —pregunté, con la esperanza de un rival.

—Tampoco —dijo tristemente—. Me lo reprocho, pero es demasiado tarde.

—¿De qué estás hablando?

—Tengo náuseas. Esta mañana he vuelto a vomitar.

Y entonces vi, con el corazón en un puño, que brotaban lágrimas de sus ojos, le corrían silenciosamente por el rostro y caían, gota a gota, en las hojas de las verduras y en sus manos, cuyas uñas estaban pintadas de roja.

—Mi padre matará a Luo si lo sabe —dijo llorando suavemente, sin un sollozo.

Desde hacía dos meses no tenía la regla. No se lo había dicho a Luo, quien, sin embargo, era responsable o culpable de aquella disfunción. Cuando se marchó, un mes antes, ella no se preocupaba aún.

De momento, aquellas lágrimas inesperadas e insólitas me conmovieron más que el contenido de su confesión. Hubiera querido tomarla en mis brazos para consolarla, sufría

al verla sufrir, pero el pedaleo de su padre en la máquina de coser resonó como una llamada de la realidad.

Su dolor era difícil de consolar. A pesar de mi ignorancia casi total de las cosas del sexo, comprendía el significado de aquellos dos meses de retraso.

Muy pronto, contaminado por su desamparo, yo mismo derramé unas lágrimas sin que me viera, como si se tratara de mi propio hijo, como si fuera yo, y no Luo, quien había hecho el amor con ella bajo el magnífico ginkgo y en el agua límpida de la pequeña poza. Me sentía muy sentimental, muy cerca de ella. Habría dedicado mi vida a ser su protector, estaba dispuesto a morir soltero si eso hubiera podido atenuar su angustia. Me habría casado con ella, si la ley lo hubiera permitido, incluso de blanco, para que pariera legítimamente y con toda tranquilidad el hijo de mi amigo.

Lancé una ojeada a su vientre, oculto por un jersey rojo tejido a mano, pero sólo vi las convulsiones, rítmicas y dolorosas, debidas a su respiración difícil y a su llanto silencioso. Cuando una mujer comienza a llorar la ausencia de sus menstruos, es imposible detenerla. El miedo se apoderó de mí, y sentí que el temblor recorría mis piernas.

Olvidaba lo principal, es decir, preguntarle si quería ser madre a los dieciocho años. La razón del olvido era muy sencilla: la posibilidad de conservar al niño era nula, y tres veces nula. Ningún hospital, ninguna comadrona de la montaña aceptaría violar la ley trayendo al mundo al hijo de una pareja no casada. Y Luo sólo podría casarse con la Sastrecilla dentro de siete años, pues la ley prohibía el matrimonio antes de los veinticinco. Esta falta de esperanza se veía acentuada por la inexistencia de un lugar que escapara de la ley, hacia el que pudieran huir nuestros Romeo y Julieta encinta, para vivir al modo del viejo Robinson, ayudados por un ex policía reconvertido en Viernes. Cada centímetro cuadrado de este país estaba bajo el estricto control de la «dictadura del proletariado», que cubría toda China como bajo una inmensa red, de la que no faltaba ni la menor malla.

Cuando la Sastrecilla se calmó, enumeramos todas las posibilidades factibles de practicar un aborto, y las discutimos varias veces a espaldas de su padre, buscando la solución más discreta, la más tranquilizadora, la que salvara a la pareja de un castigo político y administrativo, y de un escándalo. La perspicaz legislación parecía haberlo previsto todo para atraparlos: no podían tener al niño antes de la boda, y la ley prohibía el aborto.

En aquel momento tan importante, no pude evitar admirar la previsión de mi amigo Luo. Afortunadamente, me había confiado una misión de protección, y en el desempeño de mi papel conseguí convencer a su ilegítima mujer de que no recurriera a los herbolarios de la montaña, que no sólo podían envenenarla sino también denunciarla. Luego, esbozándole el sombrío panorama de una lisiadura que la condenara a casarse con el cojo del pueblo, la convencí de que saltar desde el tejado de su casa, con la esperanza de abortar, era una pura idiotez.

A la mañana siguiente, tal como habíamos decidido la víspera, partí a explorar Yong Jing, la ciudad del distrito, para sondear las posibilidades del servicio de ginecología del hospital.

Yong Jing, sin duda lo recuerdan, es esa ciudad tan pequeña que, cuando la cantina del ayuntamiento sirve buey encebollado, toda la ciudad aspira su olor. En una colina, tras la cancha de baloncesto del instituto donde habíamos asistido a las proyecciones al aire libre, se hallaban los dos edificios del pequeño hospital. El primero, reservado a las consultas externas, estaba al pie de la colina. Decoraba la entrada un inmenso retrato del pre-

sidente Mao en uniforme militar, agitando la mano hacia el barullo de enfermos que hacían cola y niños que gritaban y lloraban. El segundo, que se levantaba en la cima de la colina, era un edificio de tres pisos, sin balcones, de ladrillos encalados; servía sólo para las hospitalizaciones.

Así pues, cierta mañana, tras dos días de camino y una noche en blanco pasada entre los piojos de una posada, me deslicé con toda la discreción de un espía en el edificio de las consultas. Para confundirme en el anonimato de la muchedumbre campesina, llevaba mi vieja chaqueta de piel de cordero. En cuanto puse los pies en aquel dominio de la medicina que me era familiar desde la infancia, me sentí incómodo y comencé a sudar. En la planta baja, al extremo de un pasillo oscuro, estrecho y húmedo, preñado de un olor subterráneo ligeramente nauseabundo, unas mujeres aguardaban sentadas en dos hileras de bancos dispuestos a lo largo de las paredes; la mayoría tenía el vientre grande, y algunas gemían suavemente de dolor. Allí encontré la palabra «ginecología», escrita con pintura roja en una tabla de madera colgada sobre la puerta de un despacho herméticamente cerrado. Unos minutos más tarde, la puerta se entreabrió para permitir que saliera una paciente muy flaca, con una receta en la mano, y le tocó a la siguiente introducirse en la consulta. Apenas divisé la silueta de un médico con bata blanca, sentado tras una mesa, cuando la puerta se había cerrado ya.

La mezquindad de aquella puerta inaccesible me obligó a esperar la próxima apertura. Necesitaba saber cómo era aquel ginecólogo. Pero, cuando volví la cabeza, ¡qué irritadas miradas me lanzaron las mujeres sentadas en los bancos! ¡Eran mujeres encolerizadas, se lo juro!

Lo que las sorprendía, me di cuenta, era mi edad. Hubiera debido disfrazarme de mujer y esconder un almohadón sobre mi vientre para simular una preñez, pues el joven de diecinueve años que yo era, con su chaqueta de piel de cordero, de pie en el pasillo de las mujeres, parecía un molesto intruso. Me observaban como a un pervertido sexual o a un mirón que intentaba espiar los secretos femeninos.

¡Qué larga fue mi espera! La puerta no se movía. Tenía calor, mi camisa estaba empapada en sudor. Para que el texto de Balzac que yo había copiado en el reverso de la piel permaneciese intacto, me quité la chaqueta. Las mujeres comenzaron a susurrar entre sí, misteriosamente. En aquel pasillo oscuro, parecían conspiradoras obesas maquinando en una luz crepuscular. Parecía que preparaban un linchamiento.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —gritó la voz agresiva de una mujer que me palmeó el hombro.

La miré. Tenía el pelo corto, llevaba una chaqueta de hombre y un pantalón, y se tocaba con una gorra militar verde decorada con un medallón rojo con la efigie dorada de Mao, signo exterior de su buena conciencia moral. Pese a su preñez, su rostro estaba casi por completo cubierto de granos, purulentos o cicatrizados. Me compadecí del niño que crecía en su vientre.

Decidí hacerme el idiota, sólo para fastidiarla un poco. Seguí mirándola hasta que repitió tontamente su pregunta; luego, poco a poco, como en una película a cámara lenta, coloqué mi mano izquierda detrás de la oreja, con el gesto de un sordomudo.

—Tiene la oreja morada e hinchada —dijo una mujer sentada.

—¡Lo de las orejas no es aquí! —rebuznó la mujer de la gorra, como si hablara con un sorderas—. ¡Vete arriba, a oftalmología!

¡Qué desorden! Y mientras ellas discutían sobre quién se encargaba de los oídos, si un oftalmólogo o un otorrino, la puerta se abrió. Esta vez tuve tiempo de grabar en mi memoria los largos cabellos canosos y el rostro anguloso y fatigado del ginecólogo, un hombre de unos cuarenta años con un cigarrillo en la boca.

Tras esta primera exploración, di un largo paseo, es decir, que anduve arriba y abajo por la única calle de la ciudad. No sé ya cuántas veces caminé hasta el extremo de la calle, atravesé la cancha de baloncesto y regresé a la entrada del hospital. No dejaba de pensar en aquel médico. Parecía más joven que mi padre. Ignoraba si se conocían. Me habían dicho que en ginecología visitaba los lunes y los jueves, y que, el resto de la semana, se encargaba sucesivamente de cirugía, urología y de enfermedades digestivas. Era posible que conociera a mi padre, al menos de nombre, pues antes de convertirse en un enemigo del pueblo había gozado de cierta reputación en nuestra provincia. Intenté imaginarme a mi padre o mi madre en su lugar, en aquel hospital de distrito, recibiendo a su hijo bienamado y a la Sastrecilla tras la puerta donde estaba escrito «ginecología». Sería, sin duda, la mayor catástrofe de su vida, ¡peor aún que la Revolución cultural! Sin ni siquiera dejarme explicar quién era el autor de la preñez, me pondrían de patitas en la calle, escandalizados, y nunca más volverían a verme. Era difícil de comprender, pero los «intelectuales burgueses», a quienes los comunistas habían infligido tantas desgracias, eran moralmente tan severos como sus perseguidores.

Aquel mediodía, comí en el restaurante. Lamenté inmediatamente aquel lujo que reducía de un modo considerable mi bolsa, pero era el único lugar en el que podía hablar con desconocidos. ¿Quién sabe? Tal vez iba a encontrarme con algún pillastre que conociera todos los trucos para abortar.

Pedí un plato de gallo salteado con guindillas frescas y un bol de arroz. Mi comida, puesto que la hice durar voluntariamente, fue más larga que la de un vejestorio desdentado. Pero, a medida que la carne disminuía en mi plato, mi esperanza se esfumó. Los pillastres de la ciudad, más pobres o más agarrados que yo, no pusieron los pies en el restaurante. Durante dos días, mi acecho ginecológico resultó infructuoso. El único hombre con el que conseguí hablar del tema fue el vigilante nocturno del hospital, un ex policía de treinta años, expulsado de su profesión un año antes por haberse acostado con dos chicas. Permanecí en su garita hasta medianoche, jugando al ajedrez y contándonos nuestras hazañas de aventureros. Me pidió que le presentara hermosas muchachas reeducadas de mi montaña, de la que yo afirmé ser un buen conocedor, pero se negó a echarle una mano a mi amiga que «tenía problemas con la regla».

—No me hables de eso —me dijo con espanto—. Si la dirección del hospital descubriera que me mezclo en este tipo de cosas me acusaría de reincidencia y me mandaría directamente a la cárcel, sin vacilación alguna.

Al tercer día, hacia las doce, convencido de que la puerta del ginecólogo era inaccesible, estaba dispuesto a regresar a la montaña cuando, de pronto, el recuerdo de un personaje me vino a la memoria: el pastor de la ciudad.

No conocía su nombre pero, cuando habíamos asistido a las proyecciones cinematográficas, sus largos cabellos plateados flotando al viento nos habían gustado. Había en él algo de aristocrático, incluso cuando limpiaba la calle vestido con una gran bata azul de basurero, con una escoba de larguísimo mango de madera, y todo el mundo, incluso los chiquillos de cinco años, lo insultaban, lo golpeaban o le escupían. Desde hacía veinte

años, le prohibían ejercer sus funciones religiosas.

Cada vez que pienso en él, recuerdo una anécdota que me contaron: cierto día, los guardias rojos registraron su casa y encontraron un libro oculto bajo la almohada, escrito en una lengua extranjera que nadie conocía. La escena no dejaba de parecerse a la de la pandilla del cojo en torno a *El primo Pons*. Fue preciso enviar el botín a la Universidad de Pequín para saber, finalmente, que se trataba de una Biblia en latín. Le costó muy caro al pastor pues, desde entonces, estaba obligado a limpiar la calle, siempre la misma, de la mañana a la noche, ocho horas diarias, hiciera el tiempo que hiciese. Acabó así convirtiéndose en un adorno móvil del paisaje.

Ir a consultar al pastor sobre un aborto me parecía una idea descabellada. ¿No estaría perdiendo los papeles por culpa de la Sastrecilla? De pronto, advertí con sorpresa que desde hacía tres días no había visto ni una sola vez la melena plateada del viejo limpiador de calle, con sus gestos mecánicos.

Pregunté a un vendedor de cigarrillos si el pastor había terminado con su tarea.

—No —me dijo—. Está a dos dedos de la muerte, el pobre.

—¿De qué está enfermo?

—Cáncer. Sus dos hijos regresaron de las grandes ciudades donde viven. Lo han ingresado en el hospital del distrito.

Corrí sin saber por qué. En vez de atravesar lentamente la ciudad, me lancé a una carrera que me hizo perder el aliento. Llegado a la cima de la colina donde se levantaba el edificio de las hospitalizaciones, decidí probar suerte y arrancarle un consejo al pastor moribundo.

En el interior, el olor de los medicamentos mezclado con la hediondez de las letrinas comunes, mal limpiadas y con el humo y la grasa, me subió a la nariz y me asfixió. Aquello parecía un campamento de refugiados de guerra: las habitaciones de los enfermos servían también de cocinas. Cacerolas, tablas para cortar, sartenes, verduras, huevos, botellas de salsa de soja, de vinagre, de sal esparcidos anárquicamente por el suelo junto a las camas de los pacientes, entre los orinales y los trípodes de los que colgaban las botellas de transfusión sanguínea. A la hora de comer, algunos pacientes, inclinados sobre humeantes cacerolas, metían dentro sus palillos y se disputaban los fideos; otros salteaban tortillas, que chisporroteaban y chasqueaban en el aceite hirviendo.

Aquel paisaje me desconcertaba. Ignoraba que en el hospital del distrito no hubiese cantina y que los pacientes tuviesen que arreglárselas solos para alimentarse, aunque estuvieran impedidos por sus enfermedades, por no hablar de aquellos cuyos cuerpos estaban quebrantados, deformes, incluso mutilados. Era un espectáculo tumultuoso, sin pies ni cabeza, el que ofrecían aquellos cocineros apayasados, coloreados por los emplastos rojos, verdes o negros, con sus apósitos medio deshechos que flotaban en el vapor sobre el agua hirviendo en las cacerolas.

Encontré al pastor agonizante en una habitación de seis camas. Llevaba un gota a gota, y estaba rodeado de sus dos hijos y sus dos nueras, todos de unos cuarenta años, y una mujer anciana que lloraba mientras le preparaba la comida en un hornillo de petróleo. Me deslicé junto a ella y me agaché.

—¿Es usted su mujer? —le pregunté.

Inclinó la cabeza afirmativamente. Su mano temblaba tanto que cogí los huevos y los casqué por ella.

Sus dos hijos, vestidos con chaquetas Mao azules, abotonadas hasta el cuello, tenían jeta de funcionarios o de empleados de pompas fúnebres, y sin embargo se daban aires de periodista, concentrados en la puesta en marcha de un viejo magnetófono chirriante y oxidado cuya pintura amarilla estaba muy desconchada.

«De pronto, un sonido agudo, ensordecedor, brotó del magnetófono, resonó como una alarma y estuvo a punto de hacer caer los boles de los demás pacientes de la habitación, que comían cada cual en su cama.

El hijo menor consiguió apagar aquel ruido diabólico, mientras su hermano acercaba un micrófono a los labios del pastor.

—Di algo, papá —suplicó el primogénito.

El pastor había perdido casi por completo su pelo plateado y su rostro era irreconocible. Había adelgazado tanto que sólo le quedaba la piel sobre los huesos, una piel delgada como una hoja de papel, amarillenta y apagada. Su cuerpo, robusto antaño, se había encogido considerablemente. Acurrucado bajo la manta, luchando contra el sufrimiento, acabó abriendo sus pesados párpados. Aquel signo de vida fue recibido con un asombro lleno de alegría por el entorno. Volvieron a acercarle el micrófono a la boca. La cinta magnética comenzó a girar con un chirrido de cristal roto, pisoteado por unas botas.

—Papá, haz un esfuerzo —dijo su hijo—. Grabaremos tu voz por última vez, para tus nietos.

—Si pudieras recitar una frase del presidente Mao, sería ideal. Una sola frase o una consigna, ¡vamos! Sabrán que su abuelo ya no es un reaccionario, que su cerebro ha cambiado —gritó el hijo reconvertido en ingeniero de sonido.

Un imperceptible temblequeo recorrió los labios del pastor, pero su voz no era audible. Durante un minuto, susurró palabras que nadie captó. Incluso la anciana reconoció, desamparada, su incapacidad para comprenderlo.

Luego cayó de nuevo en coma.

Su hijo hizo retroceder la cinta y toda la familia escuchó de nuevo el misterioso mensaje.

—Es latín —declaró el primogénito—. Ha dicho su última plegaria en latín.

—Eso es muy suyo —dijo la anciana, secando con un pañuelo la frente empapada en sudor del pastor.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta, sin decir una palabra. Por casualidad había descubierto la silueta del ginecólogo, en bata blanca, pasando ante la puerta, semejante a una aparición. Como a cámara lenta, lo había visto aspirar la última bocanada de su cigarrillo, exhalar el humo, arrojar la colilla al suelo y desaparecer.

Atravesé precipitadamente la habitación, golpeé una botella de salsa de soja y tropecé con una sartén vacía que estaba en el suelo. Aquel contratiempo me hizo llegar demasiado tarde al pasillo: el médico ya no estaba allí.

Lo busqué, puerta tras puerta, preguntando a todos los que se cruzaban conmigo. Por fin, un paciente me señaló con el dedo la puerta de una habitación, al final del pasillo.

—Lo he visto entrar allí, en la habitación individual —dijo—. Al parecer, a un obrero de la fábrica de mecánica de la Bandera Roja una máquina le ha cortado cinco dedos.

Al acercarme a la habitación, oí los doloridos gritos de un hombre, a pesar de la puerta cerrada. La empujé suavemente y se abrió sin resistencia, con silenciosa discreción.

El herido, al que el médico vendaba, estaba sentado en la cama, con el cuello rígido,

la cabeza echada hacia atrás, apoyada en la pared. Era un hombre de unos treinta años, con el torso desnudo, musculoso, atezado y el cuello vigoroso. Entré en la habitación y cerré la puerta a mis espaldas. Su mano ensangrentada estaba apenas velada por una primera capa de apósito. La gasa blanca estaba empapada en sangre, que caía en grandes gotas a una jofaina de esmalte, puesta en el suelo junto a la cama, con un ruido de reloj estropeado, tictaqueando entre sus gemidos.

El médico tenía el aspecto fatigado de un insomne, como la última vez que lo había visto en su consulta, pero se mostraba menos indiferente, menos «lejano». Desplegó un gran rollo de gasa, con la que vendó la mano del hombre sin prestar atención a mi presencia. Mi chaqueta de piel de cordero no le causó efecto alguno, la urgencia de su trabajo prevalecía.

Saqué un cigarrillo y lo encendí. Luego me acerqué a la cama y, con gesto casi des-
envuelto, coloqué el cigarrillo en la boca, no, entre los labios del médico, como un eventual salvador de mi amiga. Me miró sin decir palabra y comenzó a fumar mientras seguía vendando. Encendí otro y se lo tendí al herido, que lo tomó con su mano derecha.

—Ayúdame —me dijo el médico pasándome un extremo de la venda—. Aprieta fuerte.

Cada cual a un lado de la cama, tiramos de la venda, como dos hombres empaquetando un bulto con una cuerda.

El flujo de la sangre se hizo más lento y el herido ya no gimió. Dejando caer el cigarrillo al suelo, se durmió de pronto por efecto de la anestesia, según el médico.

—¿Quién eres? —me preguntó mientras enrollaba la venda alrededor de la mano herida.

—Soy el hijo de un médico que trabaja en el hospital provincial —le dije—. Bueno, ahora ya no trabaja.

—¿Cómo se llama?

Quise decir el nombre del padre de Luo, pero el del mío brotó de mi boca. Un molesto silencio siguió a esta revelación. Tuve la impresión de que no sólo conocía a mi padre, sino también sus sinsabores políticos.

—¿Y qué quieres? —me preguntó.

—Es por mi hermana... Tiene un problema... Dificultades con su regla, desde hace casi tres meses.

—No es posible —me dijo con frialdad.

—¿Por qué?

—Tu padre no tiene hijas. ¡Vete ya, mentiroso!

No gritó estas dos últimas frases, no me señaló la puerta con el dedo, pero advertí que estaba realmente enojado; estuvo a punto de tirarme a la cara la colilla del cigarrillo.

Con el rostro ruborizado por la vergüenza, me volví hacia él, tras haber dado unos pasos, y me oí diciendo:

—Le propongo un pacto: si ayuda usted a mi amiga, ella se lo agradecerá toda su vida y yo le daré un libro de Balzac.

Fue una conmoción para él oír este nombre mientras vendaba una mano mutilada en el hospital del distrito, tan alejado, tan lejos del mundo. Acabó abriendo la boca, tras un instante de desconcierto.

—Ya te he dicho que eras un mentiroso. ¿Cómo es posible que tengas un libro de

Balzac?

Sin responder, me quité la chaqueta de piel de cordero, le di la vuelta y le mostré el texto que había copiado en la parte sin pelo; la tinta estaba un poco más pálida que antes, pero seguía siendo legible.

Mientras comenzaba su lectura o, más bien, su examen de experto, sacó un paquete de cigarrillos y me tendió uno. Recorrió el texto fumando.

—Es una traducción de Fu Lei —murmuró—. Reconozco su estilo. Es como tu padre, el pobre, un enemigo del pueblo.

Aquello me hizo llorar. Hubiera querido contenerme, pero no pude. Berreé como un crío. Creo que aquellas lágrimas no eran por la Sastrecilla, ni por mi misión ya cumplida, sino por el traductor de Balzac, a quien yo no conocía. ¿No es ése el mayor homenaje, la mayor gracia que un intelectual puede recibir en este mundo?

La emoción que sentía en aquel instante me sorprendió a mí mismo y, en mi memoria, eclipsa casi los acontecimientos que siguieron a aquel encuentro. Una semana más tarde, un jueves, día fijado por el médico polivalente aficionado a la literatura, la Sastrecilla, disfrazada de mujer de treinta años con una cinta blanca en la frente, cruzó el umbral de la sala de operaciones mientras yo, no habiendo regresado aún el autor de la preñez, permanecía tres horas sentado en un pasillo, atento a todos los sonidos detrás de la puerta: ruidos lejanos, difusos, apagados, el chorro de agua del grifo, el grito desgarrador de una mujer desconocida, las voces inaudibles de las enfermeras, unos pasos precipitados...

La intervención fue bien. Cuando me autorizaron por fin a entrar en la sala de operaciones, el ginecólogo me aguardaba en una estancia empapada de olor a carbón, al fondo de la cual la Sastrecilla, sentada en una cama, se vestía con la ayuda de una enfermera.

—Era una niña, por si quieres saberlo —me susurró el médico.

Y, encendiendo una cerilla, comenzó a fumar.

Además de lo que habíamos acordado, es decir, *Úrsula Mirouët*, también regalé al médico *Jean—Christophe*, mi libro preferido por aquel entonces, traducido por el mismo señor Fu Lei.

Aunque la operada tenía ciertas dificultades para caminar, su alivio al salir del hospital se parecía al de un detenido amenazado con la cadena perpetua y que, reconocido inocente, abandona el tribunal.

Negándose a descansar en la posada, la Sastrecilla insistió en ir al cementerio donde el pastor había sido enterrado dos días antes. A su entender, él me había llevado al hospital y había arreglado, con su invisible mano, mi encuentro con el ginecólogo. Con el dinero que nos quedaba, compramos un kilo de mandarinas y las depositamos como ofrenda ante su tumba de cemento, anodina, casi mezquina. Lamentábamos no saber latín para dedicarle una oración fúnebre en esta lengua que había hablado en el momento de su agonía, para orar a su Dios o maldecir su vida de limpiador de calle. Casi juramos, ante su tumba, aprender latín un día u otro y volver para hablarle en esta lengua. Pero, tras una larga discusión, decidimos no hacerlo, pues ignorábamos dónde encontrar un manual (tal vez hubiera sido necesario perpretar un nuevo robo con fractura en casa de los padres del Cuatrojos) y, sobre todo, porque era imposible encontrar un profesor. Salvo él, ningún chino a nuestro alrededor conocía esta lengua.

En la losa sepulcral estaban grabados su nombre y dos fechas, sin referencia alguna a su vida ni a su función religiosa. Sólo habían pintado una cruz, en un rojo vulgar, como

si hubiera sido farmacéutico o médico.

Juramos que, si algún día éramos ricos y las religiones no estaban ya prohibidas, volveríamos para erigir en su tumba un monumento en relieve y de colores, en el que estaría grabado un hombre con los cabellos plateados, coronados de espinas como Jesús, pero no con los brazos en cruz. Sus manos, en vez de tener las palmas clavadas, sujetarían el largo mango de una escoba.

La Sastrecilla quiso, después, dirigirse a un templo budista, cerrado y precintado, para lanzar algunos billetes por encima de la cerca, en agradecimiento por la gracia que el Cielo le había concedido. Pero no nos quedaba ni un céntimo.

Y ya está. Ha llegado el momento de describirles la escena final de esta historia. La hora de hacerles oír el chasquido de seis cerillas en una noche de invierno.

Fue tres meses después del aborto de la Sastrecilla. El débil murmullo del viento y los ruidos de la pocilga circulaban en la oscuridad. Luo había regresado, hacía tres meses, a nuestra montaña.

El aire estaba cargado de olor a hielo. El ruido seco del frote de una cerilla chasqueó, resonante y frío. La negra oscuridad de nuestra casa sobre pilotes, petrificada a pocos metros de distancia, se vio turbada por aquel brillo amarillento, y tembló en el manto de la noche.

La cerilla estuvo a punto de apagarse a medio camino y ahogarse en su propio humo negro, pero recuperó el aliento, vacilando, y se acercó a *Papá Goriot* que yacía en el suelo, ante la casa sobre pilotes. Las hojas de papel, lamidas por el fuego, se retorcieron, se acurrucaron unas contra otras y las palabras se lanzaron hacia el exterior. La pobre muchacha francesa fue despertada de su sueño de sonámbula por este incendio; quiso huir pero era demasiado tarde. Cuando encontró a su amado primo, estaba ya sumida en llamas, con los fetichistas del dinero, sus pretendientes y su millón de herencia convertidos todos en humo.

Tres cerillas más encendieron, simultáneamente, las hogueras de *El primo Pons*, de *El coronel Chabert* y de *Eugenia Grandet*. La quinta alcanzó a Quasimodo que, con sus abultamientos óseos, huía por los adoquines de Notre—Dame de París, con Esmeralda a cuestas. La sexta cayó sobre *Madame Bovary*. Pero la llama tuvo de pronto un momento de lucidez en el interior de su propia locura, y no quiso comenzar por la página donde Emma, en la habitación de un hotel de Ruán, fumando en la cama con su joven amante acurrucado a su lado, murmuraba: «Me abandonarás...» Aquella cerilla, furiosa pero selectiva, decidió atacar el final del libro, la escena en la que Emma cree, justo antes de morir, escuchar a un cantor ciego:

*Suele hacer un buen día de frescor
que las niñas sueñen con el amor.*

Precisamente cuando un violín comenzaba a tocar una fúnebre melodía, una ráfaga de viento sorprendió a los libros que ardían; las recientes cenizas de Emma emprendieron el vuelo, se mezclaron con las de sus compatriotas carbonizados y se elevaron, flotando, en el aire.

Cenicientas, las crines del arco resbalaban por las brillantes cuerdas, en las que se reflejaba el fuego. El sonido de aquel violín era mío. El violinista era yo.

Luo, el incendiario, el hijo del gran dentista, el amante romántico que había reptado a cuatro patas por el peligroso paso, aquel gran admirador de Balzac, estaba ahora ebrio, agachado, con los ojos clavados en el fuego, fascinado, hipnotizado incluso por las llamas en las que palabras y seres que antaño anidaban en nuestros corazones danzaban antes de quedar reducidos a cenizas. Unas veces lloraba, otras se reía a carcajadas.

Ningún testigo asistió a nuestro sacrificio. Los aldeanos, acostumbrados al violín, prefirieron sin duda quedarse en sus lechos calientes. Habíamos querido invitar a nuestro amigo, el molinero, para que se uniera a nosotros con su instrumento de tres cuerdas y cantara sus «viejos estribillos» lúbricos, haciendo ondular las innumerables y finas arrugas de su vientre. Pero estaba enfermo. Dos días antes, cuando le habíamos hecho una visita, tenía ya la gripe.

El auto de fe prosiguió. El famoso conde de Montecristo, que antaño había conseguido evadirse del calabozo de un castillo situado en medio del mar, se resignó a la locura de Luo. Los demás hombres o mujeres que habían habitado la maleta del Cuatrojos tampoco pudieron escapar.

Aunque el jefe del poblado hubiera aparecido ante nosotros en aquel preciso momento, no hubiésemos tenido miedo de él. En nuestra embriaguez, tal vez lo habríamos quemado vivo, como si hubiese sido también un personaje literario.

De todos modos no había nadie, salvo nosotros dos. La Sastrecilla se había marchado y nunca regresaría.

Su partida, tan súbita como fulminante, había sido una sorpresa total. Habíamos tenido que hurgar durante mucho tiempo en nuestras memorias debilitadas por el impacto para encontrar ciertos presagios, a menudo en su indumentaria, que insinuasen que estaba preparándose un golpe mortal.

Unos dos meses antes, Luo me había dicho que ella se había confeccionado un sujetador, de acuerdo con un dibujo que había encontrado en Madame Bovary. Yo le hice observar que aquella era la primera lencería femenina en la montaña del Fénix del Cielo, digna de entrar en los anales locales.

—Su última obsesión es parecerse a una chica de la ciudad —me había dicho Luo—. Fíjate, ahora cuando habla imita nuestro acento.

Atribuimos la confección del sujetador a la inocente coquetería de una muchacha, pero no sé cómo pudimos olvidar las otras dos novedades de su guardarropa, ninguna de las cuales podían servirle en aquella montaña. Primero, había recuperado la chaqueta Mao azul, con tres botoncitos dorados en las mangas, que yo había llevado una sola vez, en nuestra visita al viejo molinero. La había retocado, acortado, y la había convertido en una chaqueta de mujer, que conservaba sin embargo cierto estilo masculino, con sus cuatro bolsillos y su pequeño cuello. Una obra encantadora pero que, por aquel entonces, sólo podía ser llevada por una mujer que viviera en la gran ciudad. Luego, le había pedido a su padre que le comprara en la tienda de Yong Jing un par de zapatillas deportivas blancas, de un blanco inmaculado. Un color incapaz de resistir más de tres días el omnipresente barro de la montaña.

Recuerdo también el Año Nuevo occidental de aquella temporada. No era realmente una fiesta, sino un día de descanso nacional. Como de costumbre, Luo y yo habíamos ido a

su casa. Estuve a punto de no reconocerla. Al entrar, creí estar viendo a una joven colegiala de la ciudad. Su larga trenza habitual, sujeta por una cinta roja, había sido sustituida por unos cabellos cortos, a ras de oreja, que le daban una belleza distinta, la de una adolescente moderna. Estaba terminando sus retoques a la chaqueta Mao. A Luo le alegró esa transformación que no esperaba. La ceguera de su gozo llegó al colmo durante la sesión de prueba de la deslumbrante obra que ella acababa de concluir: la chaqueta austera y masculina, su nuevo peinado, las zapatillas inmaculadas que sustituían a los modestos zuecos le conferían una extraña sensualidad, un aire elegante que anunciaba la muerte de la hermosa campesina algo torpe. Viéndola así transformada, Luo se zambulló en la felicidad de un artista al contemplar su obra concluida. Susurró a mi oído:

—Esos meses de lectura no han sido inútiles. El desenlace de esa transformación, de esa reeducación balzaquiana, resonaba ya inconscientemente en la frase de Luo, pero no nos puso en guardia. ¿Nos adormecía, acaso, la autosuficiencia? ¿Sobreestimábamos las virtudes del amor? ¿O, sencillamente, no habíamos captado lo esencial de las novelas que le habíamos leído?

Cierta mañana de febrero, la víspera de la enloquecida noche del auto de fe, Luo y yo, cada cual con un búfalo, labrábamos un campo de maíz recién convertido en arrozal. Hacia las diez, los gritos de los aldeanos interrumpieron nuestros trabajos y nos devolvieron a nuestra casa sobre pilotes, donde nos aguardaba el viejo sastre.

Su aparición, sin la máquina de coser, nos pareció ya de mal agüero, pero cuando estuvimos frente a él, su rostro, fruncido y surcado por nuevas arrugas, sus pómulos, que se habían vuelto salientes y duros, y sus enmarañados cabellos nos dieron miedo.

—Mi hija se ha marchado esta mañana, al amanecer —nos dijo.

—¿Se ha marchado? —le preguntó Luo—. No comprendo.

—Tampoco yo, pero eso es lo que ha hecho.

A su entender, su hija había obtenido en secreto del comité director de la comuna todos los papeles y certificados necesarios para emprender un largo viaje. Sólo la víspera le había anunciado su intención de cambiar de vida, para ir a probar suerte en una gran ciudad.

—Le pregunté si vosotros dos estabais al corriente —prosiguió—. Me dijo que no y que os escribiría en cuanto se hubiera instalado en alguna parte.

—Tendría que haber impedido que se marchara —dijo Luo con voz débil, apenas audible.

Estaba hundido.

—No había nada que hacer —le respondió el anciano, agotado—. Le dije, incluso, que si se marchaba no quería que volviera a poner aquí los pies.

Luo se lanzó entonces a una carrera desenfundada, desesperada, por los senderos escarpados para atrapar a la Sastrecilla. Al principio, lo seguí de cerca tomando un atajo por los roquedales. La escena recordaba uno de mis sueños en el que la Sastrecilla caía en el precipicio que flanqueaba el paso peligroso. Corríamos ambos, Luo y yo, por un abismo en el que no había ya sendero alguno; nos deslizábamos a lo largo de las paredes rocosas sin preocuparnos, ni por un momento, de que pudiéramos hacernos pedazos. Durante unos instantes, no supe ya si corría en mi antiguo sueño o en la realidad, o si corría mientras soñaba. Las rocas tenían, casi todas, el mismo color gris oscuro y estaban cubiertas de musgo húmedo y resbaladizo.

Poco a poco, Luo se distanció. A fuerza de correr, de caracolear entre las rocas, de dar brincos de piedra en piedra, el final de mi antiguo sueño me vino a la memoria con detalles precisos.

Los funestos gritos de un invisible cuervo de pico rojo, girando por los aires, resonaban en mi cabeza; tenía la sensación de que, en cualquier momento, íbamos a encontrar el cuerpo de la Sastrecilla yaciendo al pie de una roca, con la cabeza doblada sobre el vientre y dos grandes fisuras, exangües, abriéndose hasta su hermosa frente, tan bien dibujada. El movimiento de mis pasos me turbaba la cabeza. No sabía ya qué motivación me mantenía en aquella peligrosa carrera. ¿Mi amistad por Luo? ¿Mi amor por su novia? ¿O era sólo un espectador que no quería perderse el desenlace de una historia? No comprendía por qué, pero el recuerdo de este antiguo sueño me obsesionó a lo largo de todo el camino. Uno de mis zapatos se rompió.

Cuando después de tres o cuatro horas de carrera, de galope, de trote, de pasos, de resbalones, de caídas e, incluso, de revolcones, vi aparecer la silueta de la Sastrecilla, sentada en una piedra que dominaba unas tumbas en forma de montículos, me alivió la sensación de ver exorcizado el espectro de mi vieja pesadilla.

Reduje el paso y caí al suelo, en el borde del sendero, agotado, con el vientre vacío y rugiente y la cabeza dándome vueltas.

El paisaje me era familiar. Allí, pocos meses antes, había conocido a la madre del Cuatrojos.

Afortunadamente, me dije, la Sastrecilla había hecho un alto allí. Tal vez había querido, de paso, despedirse de sus antepasados maternos. A Dios gracias, aquello ponía, por fin, término a nuestra carrera antes de que mi corazón estallara o me volviera loco.

Me hallaba a unos diez metros por encima de la Sastrecilla, y la posición me permitió contemplar, desde lo alto, la escena del reencuentro, que comenzó cuando ella volvió la cabeza hacia Luo, que se aproximaba. Exactamente como yo, él cayó al suelo sin fuerzas.

No podía creer lo que estaba viendo: la imagen se congeló. La muchacha con chaqueta de hombre, cabellos cortos y calzado blanco, sentada en la roca, permaneció inmóvil mientras el muchacho, tendido en el suelo, contemplaba las nubes sobre su cabeza. Yo no tenía la impresión de que estuvieran hablando. Al menos, no oía nada. Me hubiera gustado asistir a una escena violenta, con gritos, acusaciones, explicaciones, llantos, insultos; pero nada. El silencio. Sin el humo del cigarrillo que salía de la boca de Luo, hubiera podido creerse que se habían transformado en estatuas de piedra. .

Aunque, en semejantes circunstancias, el furor y el silencio sean, a fin de cuentas, lo mismo, y sea difícil comparar dos estilos de acusación cuyo impacto es distinto, tal vez Luo se equivocara de estrategia o se resignase demasiado pronto a la impotencia de las palabras.

Bajo una arista rocosa que sobresalía, encendí una hoguera con ramas y hojas secas. Saqué unas patatas dulces de la pequeña bolsa que había llevado conmigo, y las metí en las cenizas.

Secretamente, por primera vez, me enfadé con la Sastrecilla. Aunque limitándome a mi papel de espectador, me sentía tan traicionado como Luo, no ya por su partida, sino por el hecho de que me había ignorado, como si toda la complicidad que habíamos mantenido durante su aborto se hubiera esfumado de su memoria y, para ella, yo sólo hubiera sido, y sólo seguiría siendo, un amigo de su amigo.

Con el extremo de una rama, pinché una patata dulce del montón humeante, la palmeé, soplé y la limpié de tierra y cenizas. De pronto, desde abajo, me llegó por fin un rumor de frases pronunciadas por las bocas de las dos estatuas. Hablaban en voz muy baja, pero airada. Escuché vagamente el nombre de Balzac y me pregunté qué tenía él que ver con esta historia.

Precisamente cuando me alegraba de la interrupción del silencio, la imagen fija comenzó a moverse: Luo se levantó y ella bajó de un brinco de su roca. Pero en vez de arrojarle en brazos de su desesperado amante, cogió su hatillo y partió, con paso decidido.

—Espera —grité blandiendo la patata dulce—. ¡Ven a comer una patata! Las he preparado para ti.

Mi primer grito la hizo correr por el sendero, el segundo la propulsó más lejos aún, y el tercero la transformó en un pájaro que emprendió el vuelo sin concederse ni un instante de reposo. Se hizo cada vez más pequeña y desapareció.

Luo se reunió conmigo junto al fuego. Se sentó, pálido, sin un lamento ni una protesta. Fue unas horas antes del auto de fe.

—Se ha marchado —le dije.

—Quiere ir a una gran ciudad —me dijo—. Me ha hablado de Balzac.

—¿Y qué?

—Me ha dicho que Balzac le había hecho comprender algo: la belleza de una mujer es un tesoro que no tiene precio.

ISBN 84—7888—650—8

'salamandra